

Ramón Gelpí



PEQUEÑA VIDA DE SAN JOSE
y la Sagrada Familia

EDICION PRIVADA

www.christusregnat.com

PEQUEÑA VIDA DE SAN JOSE

y la Sagrada Familia

Ramón Gelpí

PEQUEÑA VIDA DE SAN JOSE
y la Sagrada Familia

EDICION PRIVADA

www.christusregnat.com

Portada: Imagen de la Sagrada Familia.
Fresco de la Iglesia del Iesú, de Roma

INDICE GENERAL

	Págs.
1.- Presentación	9
2.- Introducción histórica	23
3.- Recomendaciones para leer el texto.....	41
4.- Vida de san José y la Sda. Familia	43
5.- Narración comentada	59
6.- Apéndices:	
1: De la estirpe de David	131
2: El Templo de Jerusalén	141
7.- Índice de puntos comentados	149
8.- Correo electrónico	151

Agradecimiento:

Al Dr. D. Francisco Canals. Eminente josefólogo, es guía y tutor de los que quieren acercarse al santo Patriarca del pueblo de Dios.

PRESENTACION

RAZON DEL LIBRO:

En nuestro anterior libro, «Vida de Jesús, evangelios concordados», tuvimos ocasión de comentar, dentro del contexto evangélico, una pequeña parte de la vida de san José. En esta obra ya se contemplaron algunos de los episodios que definen la vida del santo; así, analizando los hechos en relación con las circunstancias de lugar y tiempo, ya se pudo intuir algo de la misión paternal que ejerció sobre Jesús, el Hijo de Dios. Ahora pretendemos ampliar esto, dedicándonos exclusivamente al santo Patriarca, especialmente en relación con la Sagrada Familia. Esta es la parte de la vida de san José de la que, realmente, podemos conocer algo. San José merece por sí mismo un estudio que nos permita acercarnos a su vida. Hoy, pasados veinte siglos, la Iglesia lo venera con más devoción que nunca, y su figura va siendo cada vez más gloriosa en el Pueblo de Dios.

Debemos advertir que, al igual que en la Vida de Jesús, la propuesta que hacemos es la lectura contemplativa. Los comentarios, aunque procuran ser rigurosos y documentados, en realidad van encaminados a la composición de lugar, que como hemos dicho anteriormente, propone san Ignacio en sus Ejercicios espirituales.

Tampoco aquí haremos un estudio teológico, no está en nuestras posibilidades ni es nuestra intención. Pero en este sentido seremos fieles a las tesis sostenidas por el Dr. Francisco Canals, en su obra «San José, Patriarca del pueblo de Dios», cuya lectura, en todo caso, recomendamos.

El título que hemos elegido, tal vez merezca alguna aclaración. Hemos titulado «Pequeña vida de san José». Este califica-

tivo de *pequeña*, referido a la vida de san José, tiene una doble intencionalidad. En primer lugar, porque el texto narrativo ha de ser necesariamente pequeño en extensión. Y no porque fuera breve la vida del Patriarca del Nuevo Testamento, que no consta que lo fuera, sino porque se basa principalmente en los textos de los evangelios canónicos.

Pero además, también es pequeña la vida de de san José, por la propia humildad aparente de su patriarcado, que si fue grande por su misión ante Dios, humanamente pasaba desapercibida ante los hombres. Por esto se considera a san José, patrón de la vida cotidiana. También hemos añadido la referencia a la Sagrada Familia, porque como se verá, la narración de la vida de San José es inseparable de la de su esposa la Virgen Santísima, y su hijo Jesucristo nuestro Salvador.

Una de las cuestiones que más se ha discutido, y que ha dado lugar a propuestas equívocas, es la naturaleza de la paternidad de san José. Esto ocurre incluso entre los que, por defender la unión virginal de María y José, minimizan dicha paternidad cargándola de calificativos. Así se le llama padre adoptivo, padre nutricional, etc. O peor aún, se le ha considerado como un viudo de edad muy avanzada, para suponerle un simple guardián de la virginidad de María. Tal es el caso de los Apócrifos denominados «de la infancia de Jesús».

La virginidad de san José, en ningún caso disminuye su paternidad sobre Jesús; muy al contrario. La virginidad de san José es fecunda en grado sumo, porque al permitir al Espíritu Santo obrar la virginal concepción de María, actúa como verdadero “padre de Dios”. Por esto san José no es menos padre de Jesús (que es Dios) que lo que pueda serlo cualquier otro padre biológico, que siguiendo igualmente el plan divino, engendra hombres. Escribe el Doctor Canals en la obra citada (pag. 213) que la paternidad de san José es en extremo sublime porque forma parte de la **unión hipostática**. El autor, citando al P. Fco. de Paula Solá, comenta la, aparentemente atrevida, denominación de **padre de Dios**, mostrándola como muy propia.

La vida de san José tiene una dimensión que no se puede describir fácilmente, por esto nos ha parecido apropiado transcri-

bir un fragmento del capítulo «conclusión», del libro del Doctor Canals:

«El tratado teológico sobre san José, conocido como Josefología, tiene su razón de ser en la función que por designio divino tiene José *en el misterio de Cristo y de la Iglesia*. Aunque el nombre del *Esposo de María* no aparece nunca en enunciaciones realizadas hasta hoy de los artículos de la fe, el *sensus fidei* del Pueblo de Dios y el magisterio eclesiástico, como *testimonio* de la fe de la Iglesia, le reconocen como *Protector Universalis Ecclesiae*, en razón del oficio paterno que desempeñó en la familia de Nazaret, que contenía los principios de la Iglesia naciente.»

«La razón teológica de su singular excelencia y dignidad, reconocida modernamente en la Iglesia le hallamos en la pertenencia de José al *orden hipostático*, que afirmó Suarez con iluminada anticipación. Por esto mismo, el principio capital de la teología de san José hay que hallarlo *en su relación a la persona de Cristo, Salvador y Cabeza de la humanidad redimida*, por la que la vida de José sirve al misterio de la salvación de los hombres por Jesucristo.»

Pero ya hemos dicho que no haremos un estudio teológico, que no es de nuestra competencia, sino que nos acercaremos piadosamente a la vida de san José y la Sagrada Familia. Contemplar con la imaginación, la vida del santo Patriarca, si se hace con rigor y con devoción es una excelente manera de vivir la Fe, cerca de la Sagrada Familia. Naturalmente habrá de ser un texto breve, no excesivamente explícito en detalles, incluso con pasajes un tanto inconcretos en las situaciones de lugar y tiempo, que reservaremos mejor para los comentarios adjuntos. Como se verá, los comentarios son mucho más extensos que el texto narrativo; en ellos se analizarán las posibles variantes en estos detalles, que la narración no puede dar, para no correr el riesgo de entrar en la pura fantasía.

LAS FUENTES EVANGELICAS:

Escribir una vida de San José, basándose en los textos evangélicos, puede parecer una tarea imposible por lo escaso de la

narración. Tengamos en cuenta que dicha narración, ceñida exclusivamente a san Mateo y a san Lucas, es la única que podemos considerar fiable por ser textos canónicos y por lo tanto declarados por la Iglesia Católica como inspirados. Pese a ello existen más posibilidades de lo que a primera vista pueda parecer.

En «Vida de Jesús», ya se pudieron comprobar estas posibilidades, al realizar el análisis de las circunstancias de lugar y tiempo en episodios como la huida a Egipto, o la vuelta a Nazaret. San José, que en todo obedece la voluntad de Dios, tiene más libertad en sus decisiones de lo que se pudiera creer. Dios le inspira, a veces por medios extraordinarios, y otras, que no menciona el evangelio, seguramente de forma ordinaria a través de su propia entrega a la divina Providencia. José, como veremos, toma la decisión de instalarse en Belén cuando va a nacer Jesús, huye a Egipto al ser perseguido por Herodes, y vuelve a Nazaret cuando intuye, o se le indica, que hay peligro en Judea. Si se analiza con cuidado toda la narración, se vislumbra una personalidad que nada tiene que ver con esta imagen de debilidad paciente que a veces se ha dado del santo. Las ayudas extraordinarias que recibe de la Providencia, de ninguna manera se puede utilizar en «demérito» de su autoridad patriarcal.

No obstante, aquí no podemos hablar de una fidelidad narrativa absoluta, como, en cambio, se daba en la vida de Jesús. Desconocemos muchos de los datos biográficos, necesarios para escribir propiamente la vida de cualquier personaje histórico. Será por tanto preciso «novelar» algo el relato para que resulte medianamente acabado. En «Vida de Jesús» el texto era exclusivamente evangélico, y por tanto fidedigno; tan sólo los comentarios podían basarse en conjeturas y probabilidades, y así se hacía constar. En esta obra, sólo parte del texto es evangélico, y el resto, que se ha diferenciado tipográficamente de él para que sea reconocido por el lector, necesariamente ha tenido que ser creado en base a tradiciones, o deducciones más o menos certeras. Podrá ser atinado o no, pero lo que sí es verdad es que ha sido redactado con espíritu de acercamiento, al que cumplió con la mi-

sión paternal que, Dios mismo, le encomendó para su propio Hijo encarnado.

Observemos pues que, en el relato, hay que distinguir tres grados de fidelidad narrativa:

1.- Lo que es seguro: sólo el texto evangélico, y poco más.

2.- Lo que es probable: lo que a la luz de la Fe, puede deducirse sin gran riesgo de error.

3.- Lo que es posible: lo que piadosamente pensamos que pudo ser, sin alterar ni desmentir la narración evangélica ni la Verdad Revelada.

En el primer grupo, lo seguro, hay que considerar todos los textos de san Mateo y san Lucas que se han incorporado, narrando la Anunciación, Nacimiento, Magos, etc. Añadiremos otros detalles que pueden considerarse ciertos, aún sin estar en los evangelios, tales como los casi dos años transcurridos entre el Nacimiento de Jesús y la huída a Egipto, o la ascendencia judía de san José y la Virgen, a pesar de vivir en Galilea.

En el segundo, lo probable, hay que considerar la tradicional creencia de que la Virgen María hubiese estado consagrada al servicio del Templo de Jerusalén (aunque ya explicaremos en qué circunstancias es admisible), la idea de la decisión de san José de vivir establemente en Belén, tras el Nacimiento de Jesús, o la posibilidad de que san José ejerciera su trabajo en obras de construcción de cierta relevancia, en los alrededores de su lugar de residencia (Nazaret y Belén respectivamente). También entra dentro de lo probable que san José muriera algún tiempo antes de iniciar Jesús su vida pública, y que el mismo Jesús retomara su oficio hasta dicho momento.

Por último, entre lo que tan sólo se puede considerar posible, debemos mencionar el relato que hemos hecho de las circunstancias de la muerte del santo Patriarca. Hemos narrado una piadosa creencia, posible, aunque reconocemos que poco probable. Como se comentará en su momento, lo hemos basado en una tradición no muy conocida, pero que nos ha parecido real-

mente propia de un Patriarca. Según ésta, san José habría muerto en Jerusalén, en una celebración pascual y habría sido enterrado allí. Naturalmente hay otras cosas inventadas, como los dos breves diálogos, o algunas consideraciones que son fruto de una piadosa interpretación. Todo ello está escrito, no para ser creído sino, en todo caso para ser meditado; otras alternativas aparecen en los comentarios del texto.

Es muy importante que quede claro que san José actúa en todo caso como “cabeza de familia” y depositario de la ascendencia davídica. Teniendo en cuenta esto, lo afirmado por el Dr. Canals en el libro citado antes, nos hemos permitido resaltar, en la narración, la paternidad de san José, siguiendo una pauta muy sencilla:

1. Cuando se menciona «Padre» de Jesús, en mayúsculas, nos referimos a Dios Padre

2. Cuando se dice «padre» de Jesús, en minúsculas, nos referimos a san José

3. Cuando se nombra a la Sagrada Familia, con sus nombres, se hace por este orden: José, María y Jesús. Es decir, el orden jerárquico de una familia normal.

4. Después de la muerte de san José, suponiendo a Jesús mayor de edad, el orden cambia ligeramente: Jesús y María.

5. Jesús llamaría padre a san José, y éste en nuestra narración, llamará hijo a Jesús.

Se dice que el N.T. no habla casi de san José; esto es verdad, sólo hasta cierto punto, ya que es bastante lo que se puede deducir. Lo que sí es cierto es que, como dice el Dr. Canals, san José “no habla” en los evangelios. Nosotros, modesta y respetuosamente “haremos hablar” a san José, poco, pero lo suficiente dentro de lo que sería un texto evangélico. En cualquier caso es imprescindible, en primer lugar, aceptar la literalidad inspirada de los verdaderos textos evangélicos; en cambio si se aportan datos de las tradiciones piadosas, debe hacerse constar lo relativo de su fiabilidad.

Finalmente hay que considerar que tanto la vida de la Virgen María, como la de la infancia de Jesús, ha sido tratada en múltiples ocasiones y existen bastantes apócrifos sobre ello, en los que se menciona a san José, y generalmente de una forma muy impropia, por ello será conveniente estudiarlos brevemente.

LOS APOCRIFOS Y SAN JOSE:

Los evangelios llamados apócrifos, es decir no canónicos y por tanto no considerados por la Iglesia como inspirados, son muchos y no todos necesariamente perversos. Hay varios de ellos que son claramente heréticos y están clasificados como de inspiración gnóstica, es decir mezclados con ideología dualista influidos por las doctrinas del zoroastrismo. Estos evangelios apócrifos fueron condenados por la Iglesia, junto con las sectas gnósticas que los habían promovido durante los dos primeros siglos del Cristianismo. Entre ellos se cuenta un falso evangelio de Tomás y otro de María Magdalena; este último tristemente célebre por la difusión que han tenido algunas teorías cristológicas perversas en nuestro tiempo.

Los apócrifos que no son propiamente heréticos, son, sin embargo, en general bastante erróneos. Se diría al leerlos, que salta a la vista el acierto providencial de la Iglesia al proponer los cuatro canónicos que conocemos. Ciertamente no podía ser de otra manera. Entre estos se encuentran los llamados de «la infancia» y que se refieren a la infancia de Jesús y la natividad de María. Básicamente son los siguientes:

Evangelio de la infancia, de Tomás

Protoevangelio de Santiago

Evangelio del Pseudo-Mateo

Libro de la Natividad de María

Historias de José el carpintero

De ellos el más conocido sin duda es el llamado Protoevangelio de Santiago el menor, que data del siglo II y, evi-

dentamente no es del Apóstol. También es notable en éste, como en los demás apócrifos, una total ignorancia del autor en cuestiones geográficas (esto no ocurre en los evangelios canónicos), que mezcla de forma indiscriminada hechos que se supone que ocurren en Nazaret, con otros situados en Belén y Jerusalén. Da la sensación que todo son «barrios de una misma ciudad»

En él aparece por primera vez la idea absurda de que san José era viudo y de edad avanzada. Esto se dice también en los demás, y era una creencia relativamente extendida en las Iglesias de Oriente, especialmente los Coptos. Ciertamente nada de esto se trasluce en los evangelios de san Mateo y san Lucas, y es totalmente rechazable.

De estas narraciones data la conocida tradición de la vara florida de san José, tomada como cumplimiento de lo escrito en el Libro de los Números (17, 1 - 11), referido al designio divino del sacerdocio de Aarón. Según esta tradición, José, que sería el de mayor edad entre los viudos seleccionados para desposarse con María, es elegido al florecer espontáneamente su vara, al tiempo que una paloma se posa sobre él. Esta elección sería hecha por el Sumo Sacerdote, para resguardar el voto de virginidad de María. Lo inaceptable del relato está en que, según esto, el voto mutuo de virginidad de los esposos, sería un hecho públicamente conocido. Tengamos en cuenta, además, que la misión de José no es sacerdotal, sino Patriarcal, por lo que no hay gran similitud con la elección de Aarón en el Antiguo Testamento. La misión de san José es, además, superior a la del mencionado sacerdocio de Aarón.

Lo que sigue en el texto, es aún más impropio. Según esta narración, al quedar encinta la virgen María, provoca una serie de situaciones que podemos calificar de inaceptables; María y José son acusados públicamente de faltar a sus promesas por el Sumo Sacerdote, y sometidos a juicio, hasta que se concluye que la concepción de María es obra de Dios. Evidentemente, lo peor de todo, es que se presenta como hechos de alcance público, lo que sólo debió ser conocido por María y José en lo más íntimo de sus almas, como se entiende claramente en san Mateo y san Lucas.

Como se comprenderá, todo esto es rechazable, y por esta razón hemos determinado no tomar en consideración casi ninguno de los hechos narrados en estos Apócrifos. Sin embargo hay algo que sí se debe tener en cuenta, y es que, en general, estas narraciones no son otra cosa que recopilaciones de lo que se transmitía entre las gentes, y que mezclaba con mucha frecuencia el grano con la paja. Así pues, hemos creído conveniente clarificar aquí, cual de estas tradiciones se pueden considerar medianamente fiables, y en todo caso, no disconformes con la doctrina evangélica, con independencia de que estén o no incluidos, en los apócrifos de la infancia.

Se trataría de las siguientes:

- María nació de Joaquín (o Helí, según se desprende en Lc.3, 23) y Ana, a edad avanzada, tras una promesa angélica. Ellos habrían consagrado a María al servicio del Templo del Señor en Jerusalén, que habría permanecido allí hasta la pubertad.

- Fallecido su padre, y cumplidos los 15 años, es desposada con José, un varón calificado de justo en los evangelios, cuya edad sería la adecuada. La venerable María Jesús de Agreda le cree, en su visión mística, de unos 30 años, y sabemos por san Mateo que era descendiente de David. La elección de José, aunque obra de la Providencia, probablemente no fue debida a ninguna manifestación extraordinaria, dado lo discreto que debió ser el acontecimiento.

- María y José habrían hecho voto mutuo de virginidad. Esta decisión habría sido aceptada de común acuerdo por ambos esposos, de forma privada y sin que nadie tuviera conocimiento de ello.

Estas tradiciones serán explicadas en los comentarios del texto, analizando las posibles alternativas a la narración.

EL VALOR DE LAS VISIONES MISTICAS:

Hemos utilizado dos narraciones de la vida de la Virgen María, de origen místico: La de la Beata Catalina Emmerich, y otra de la Venerable Maria Jesús de Agreda (ver bibliografía).

La fiabilidad de las visiones místicas, aunque es bastante superior a la de los apócrifos que hemos explicado, no obstante no puede ser considerada de valor absoluto. Esto conviene explicarlo un poco, ya que no queremos de ninguna manera, minusvalorar la aportación de estas almas santas. En «Vida de Jesús, evangelios concordados» ya se pudieron constatar algunas discrepancias con la Beata Catalina Emmerich, en los comentarios referidos a la Santa Cena (Punto narrativo 280), y sin embargo, en otras narraciones da la sensación de un conocimiento, cuando menos extraordinario.

Es un tanto misterioso, pero las visiones místicas de algunas almas santas, tienen en ocasiones aciertos proféticos contrastables, en medio de otras descripciones que pueden calificarse más bien de piadosas fantasías. Es muy difícil discernir la veracidad de estas narraciones, pero hay que tener en cuenta que cuando la Iglesia las ampara, sólo significa que no hay nada que se oponga a la Fe en ellas, pero no son para ser tomadas como documentación informativa. Son siempre, eso sí, una vivencia personal, fruto de la oración y contemplación de almas consagradas.

Un ejemplo del grado de esta fiabilidad lo tenemos en una cuestión, muchas veces polémica, como son los estigmas de la Pasión que algunas almas, entre ellas Catalina Emmerich, han tenido en sus manos. En efecto, hoy sabemos con certeza que Jesucristo fue crucificado con clavos que le atravesaban las muñecas. Lo sabemos por la Sábana Santa, y por estudios forenses que han analizado con mucha atención los «mecanismos» fisiológicos que obraban en la Crucifixión. Uno de estos médicos, el Dr. Barbet, a raíz de sus ensayos sobre la Síndone, demostró la necesidad de una sujeción de este tipo.

¿Qué ocurre entonces? ¿Por qué los místicos como el Padre Pío, o Catalina Emmerich tienen los estigmas en la palma de la mano? Uno se pregunta si es que la visión extática no «informa» al místico de los hechos contemplados, y hay que reconocer que causa perplejidad. Pues bien, algo parecido ocurre con estas visiones de la vida de Jesús, o de la Virgen María: Dios le da al místico una visión, cercana a la beatífica, de lo que sabe o cree, pero no necesariamente le instruye, al menos de forma absoluta.

Por esto, aunque a veces se descubren extraordinarias clarivisiones, que el tiempo ha certificado, en otros casos no es así.

Esto hay que aceptarlo, tal como es, y valorarlo como corresponde a los hechos narrados. Por esto, en este trabajo, citaremos a las videntes cuando coincidan con otras fuentes, pero las omitiremos cuando nos parezcan poco probables, o incluso erróneas como ocurre alguna vez.

ALTERNATIVAS EN LA NARRACION:

El texto de la Vida de san José, cuya extensión es relativamente breve (12 páginas) se ha elaborado como una narración única, que contiene como hemos dicho, el texto íntegro de los evangelios canónicos, incorporando otros textos elaborados de acuerdo con lo probable, e incluyendo algunas de las tradiciones que hemos considerado aceptables.

Esto obliga, como ya advertimos, a estudiar las alternativas posibles a la narración. Se ha considerado incluso la posibilidad de hacer textos paralelos en forma sinóptica; esto podría afectar, por ejemplo, a las opciones sobre el nacimiento de la Virgen María, a la muerte de san José, a los desposorios, etc. No obstante, para no complicar la lectura, que conviene que sea fácil y directa, se ha optado por un texto único. Hemos preferido, al fin, incorporar todas las posibilidades en los comentarios adjuntos, al tiempo que sirve para estas consideraciones que queremos utilizar para acercarnos a la Sagrada Familia en la forma contemplativa que proponemos.

VERSION ELEGIDA:

Admitiremos, como tradición arraigada en la Iglesia, que la Virgen fue consagrada desde pequeña y fue desposada con José. Rechazamos, no obstante, las incorrecciones de los Apócrifos, incluido como hemos dicho, lo de la vara florida, porque va asociado a la idea errónea de suponer a San José un viudo de edad avanzada. Hay que advertir que sabemos y aceptamos que Dios puede valerse de hechos extraordinarios y sobrenaturales, que nuestro Señor se sirve de los milagros cuando quiere. Pero debemos considerar que estos hechos, previos a la Encarnación,

impedirían que el desposorio de José y María fuese un hecho privado y discreto, alejado de trascendencia pública, como parece claro convenía a los planes de Dios.

Nos hemos apoyado en la Venerable de Agreda para estimar la edad de san José, ya mencionada, y el hecho de que fuera elegido, hallándose accidentalmente en Jerusalén.

Respecto al nacimiento de María Santísima existen tres posibles versiones. Por razones de simplicidad narrativa, hemos tenido que elegir una, pero cualquiera de las tres serían aceptables tal como las vamos a describir de forma esquemática.

Nació en Nazaret o posiblemente en Séforis. Allí se desposó con san José, que vivía en Nazaret y trabajaba como artesano. Antes de la Boda se le apareció el arcángel san Gabriel.

Nació en Jerusalén, en la llamada casa de Santa Ana, cerca de la Piscina Probática. Estuviera o no en el servicio del Templo, fue desposada con san José y se trasladó a Nazaret, donde vivió, antes de la Boda, en la casa en la que se le apareció el arcángel san Gabriel.

Nació en Nazaret o en Séforis, y a los cinco años fue consagrada al servicio del Templo. Tras la muerte de su padre (Joaquín o Helí) su madre se trasladó a Jerusalén para estar cerca de ella (la casa estaba al lado del templo). Allí fue desposada con san José, y María, con su madre, volvió a Nazaret, a la casa paterna, donde recibió como hemos dicho, la Anunciación del ángel.

Esta última será la que vamos a utilizar, no sólo porque se apoya en tradiciones muy arraigadas, y nada sospechosas, sino porque es la más verosímil. La opción 2. no explicaría la estancia en Nazaret, en la casa donde se apareció el arcángel Gabriel, antes de la Boda con san José.

En los comentarios del texto incorporaremos ésta y otras comparaciones narrativas con algo más de desarrollo, sirva esto a modo de introducción.

INTRODUCCION HISTORICA

LOS DOS REINOS

Cuando en 933 a. C. tras la muerte de Salomón, el Reino se dividió entre sus dos hijos, la historia de Israel siguió rumbos distintos. El reino del norte, el de Jeroboam, localizado en la Galilea y Samaria, siguió denominándose Israel, y fue parcialmente influenciado por los pueblos paganos de los alrededores. El reino del sur, en cambio, agrupado bajo el mandato de Roboam los pueblos de las tribus de Judá y Benjamín, siguió bajo la sombra protectora de Jerusalén, que fue siempre su capital; y del Templo de Salomón que continuó siendo la casa de Yavé.

El reino de Israel cuya capital fue situada en distintas ciudades de Samaria, fue practicando ritos paganos durante mucho tiempo. Contra esta idolatría lucharon Elías y Eliseo y consiguieron en parte recuperar la fe de los israelitas, pero finalmente en el año 722 a. C. los asirios, tras un prolongado asedio, invadieron estas tierras de Israel del norte, deportando masivamente sus habitantes a Nínive y diseminándolos por Asia Menor.

Esto es, muy resumida, la historia de 211 años del reino secesionista de Israel, tras la muerte de Salomón. El resultado de esta debacle fue una pérdida total de sus raíces mosaicas y una proliferación de cultos paganos, la mayoría de origen babilónico. Israel quedó muy despoblado y olvidado por completo de la Ley de Moisés.

Entretanto el reino de Judá corrió una suerte, no exenta de infidelidades y sufrimientos, pero con distinto resultado. En efecto, Jerusalén, en tiempo del piadoso rey Ezequías resistió el asedio del asirio Senaquerib, que providencialmente renunció a efectuar el temido asalto. La Biblia lo describe como un hecho extraordinario realizado por un ángel.

No terminaron aquí sus penalidades. Después del reinado del también piadoso Josías, sus hijos dilapidaron gran parte del patri-

monio moral recibido, y tras un asedio muy cruel, Jerusalén cayó en manos de los ejércitos de Nabucodonosor. Los caldeos destruyeron el precioso Templo construido por Salomón, y deportaron a gran parte de los habitantes de Jerusalén a Babilonia. No obstante Dios se apiadó de su pueblo, y permitió su vuelta setenta años más tarde, por la providencial actitud de Ciro, rey de los persas. En efecto, Persia invadió caldea y liberó a los rehenes judíos que acampaban a orillas del Eufrates añorando su libertad.

Judá sufrió nuevas invasiones e influencias paganizantes. La más importante y de efectos más perniciosos fue la helenización, impuesta por los tiránicos monarcas Seléucidas que procedentes de Siria se apoderaron del reino de Judá. Antíoco Epífanes instaló en el Templo, parcialmente reconstruido, un altar a Zeus.

Así llegó el momento de la guerra liberadora de los Macabeos, y la posterior monarquía Asmonea que, aunque de influencia helénica en lo social, eliminó completamente las costumbres paganas. En esta introducción histórica nos detenemos aquí, porque es en este momento cuando se inició la colonización de los despoblados reinos del norte, por parte de familias enteras de judíos fieles. Entre estas familias se contaban sin duda los ascendientes respectivos de san José y de la Virgen María, como vamos a ver.

SITUACION GEOGRAFICA:

Como es bien conocido, Nazaret era una muy pequeña aldea de Galilea, cuya única virtud era su proximidad con Séforis, la capital. En la actualidad cuesta un poco de imaginar, porque Nazaret sí es una gran ciudad, en tanto que, de Séforis, existen tan sólo unas ruinas. Entre ambas, un poco al este, está Caná (actualmente Kefr' Kanna) donde, como sabemos, Jesús habría de realizar el primer milagro. (Ver mapa pag. 39)

En tiempo de Cristo, Caná era más importante que Nazaret, por esto no es extraño que la Sagrada Familia tuviera familiares allí, como probablemente en otros muchos lugares, incluyendo Cafarnaum y el entorno del lago Genesaret o de Tiberíades, donde Jesús predicaría durante más de dos años.

- Descripción de Galilea, Samaria y Judea

Como es sabido Palestina se dividía, en tiempo de Cristo, en tres regiones principales: Galilea, Samaria y Judea. En realidad, el antiguo reino se extendía igualmente hacia el otro lado del Jordán, en Perea, y las regiones paganas del norte, en dirección a Siria.



Mapas de Palestina en tiempo de Cristo

Galilea, la región del norte, más verde y fértil que las otras dos, ha tenido siempre el pulmón hidráulico que representa el lago de Genesaret. A sus orillas existió siempre una importante actividad agropecuaria, al tiempo que al norte, donde estuvo situada Cafarnaum, en el camino que unía la costa mediterránea con Damasco, la denominada «vía maris» el comercio le daba riqueza a esta región. No en vano, a orillas del lago se edificó Tiberíades, una ciudad completamente romana que pasó a ser la capital, en lugar de la helenizada Séforis.

Ya hemos explicado cómo Galilea, que estaba completamente despoblada y paganizada, se repobló de judíos fieles que se extendieron por toda la región. Esta circunstancia permitió que una parte importante de la gentilidad del norte adquiriera una forma de vivir propia de los judíos, que a pesar de la gran distancia, se mantenían vinculados al Templo y a las celebraciones anuales. Todos los galileos fieles iban por Pascua a Jerusalén, e incluso muchos de ellos en otoño por la Fiesta de los Tabernáculos.

Esta colonización no fue posible en Samaria, por la resistencia que opusieron los samaritanos. Estos, que habían evolucionado hacia una religión propia, mezclando las creencias paganas con algunos de los antiguos ritos del Israel de la fe, sustituían el Templo, por el monte Garzim en Siquem, donde celebraban sus sacrificios y donde adoraban a Dios. De ahí procedía la animadversión entre judíos y samaritanos que aparece claramente en el evangelio (Jn 4, 9). Como sabemos, cuando los Judíos de Galilea, iban a Jerusalén a celebrar la Pascua, evitaban atravesar Samaria (sobre todo los grupos numerosos), y preferían descender por el valle del Jordán, por la orilla oriental, y subir luego a la Ciudad Santa desde Jericó. En el mapa orográfico de la pag. 29, se ve claramente esta ruta, que debe atravesar dos veces el río, por sendos vados existentes en la época.

- El Reino de Herodes el Grande

Jesús nació bajo el reinado de Herodes el Grande, aunque éste murió cuando el Niño tenía alrededor de dos años. Pese a todo, como sabemos, el cruel monarca tuvo una destacada actuación contra El, tan pronto conoció su existencia y su ascendencia davídica.



Herodes el Grande se hizo con el poder en toda la Palestina, porque aprovechando la desunión de la dinastía asmonea, heredera de los Macabeos, ayudó a los Romanos a consolidar el Imperio en Oriente. Roma en agradecimiento le nombró tetrarca y le permitió extender su influencia por las armas. Herodes se apodera de Jerusalén, y casado con Mariamne I nieta de Aristóbulo, se convierte en rey de Judea, Galilea, Perea, etc. es el primer monarca absoluto y funda la dinastía herodiana.

No obstante, este poder absoluto sólo lo podía ejercer bajo la supervisión de Roma, y Herodes, que era tan astuto y hábil como cruel, supo granjearse la amistad del César. Mantuvo buenas relaciones con el Imperio permitiendo que sus hijos se educaran en Roma. Sus súbditos, en cambio, le consideraban un monarca ilegí-

timo, y los más religiosos odiaban su helenismo. En efecto, su origen Idumeo y su educación pagana, de origen griego, no era lo más propicio para ser querido por los judíos y por esto, su desconfianza le llevaba a la paranoia, cometiendo actos de una crueldad extrema incluso con su propia familia. Asesinó a su esposa Mariamne, y a sus hijos Antipatros, Aristóbulo y Alejandro.

A pesar de todo fue un político hábil y un constructor infatigable. Reconstruyó y embelleció Samaría, edificó Jericó y Cesarea marítima, dotándolas de palacios, teatros, templos, hipódromo y otros lujos. Construyó para sí mismo un magnífico palacio en Jerusalén e inexpugnables fortalezas a lo largo del desierto de Judea (Maqueronte, Masada, Herodión, y otros).

Su obra más sobresaliente, no obstante, fue la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Esta obra, que duró todo su reinado, no fue concluida totalmente hasta algunos años después. Este templo, que superaba en tamaño al suntuoso de Salomón, ocupaba como éste la gran explanada en la que hoy están las mezquitas. Probablemente el Santo de los Santos estaba aproximadamente en el lugar ocupado por la mezquita de la Roca, en tanto que la que se denomina de Al - Aksa se sitúa donde estaba el pórtico Real. En la base de esta explanada se conservan todavía dos o tres hileras de sillares de piedra, sobre las que rezan y lloran los judíos creyentes, especialmente la víspera del Sábado. Es el llamado «muro de los lamentos»

San José vivió gran parte de su vida durante el reinado de Herodes. Este, fue nombrado rey en el año 39 a. C. probablemente antes de nacer José, pero para los habitantes de Galilea sus atrocidades quedaban muy lejos. Sus ambiciones eran más propias de los centros de poder, y estos estaban principalmente en Cesarea, donde residía habitualmente, y en Jerusalén donde solía tener más enemigos. Como veremos en la narración, San José con la Sagrada Familia, sufrieron los celos criminales del tirano, precisamente en su estancia en Judea, en la ciudad de Belén.

Herodes murió en el año 4 a.C. y fue enterrado en Herodión. Esta fecha no debe sorprender porque Jesús nació en realidad el 6 a.C. como se verá en el comentario del punto narrativo nº 10. A su

El Jordán nace en el monte Hermón, de nevadas cumbres, en la actual frontera sirio-libanesa, y que tras atravesar el pequeño lago *e/ Hule* (actualmente seco), desciende hasta 210 m. bajo el nivel del mar, embalsando en el lago Genesaret. Allí se encuentra la zona más fértil de Palestina, la antigua región de los Filisteos, y que habrá de ser el escenario de la mayor parte de la predicación de Jesús. San José y la Sagrada Familia vivían algo alejados de esta región, pero probablemente tendrían parientes en ella.

Después descenderá hasta más de 400 m. bajo el nivel del Mediterráneo, en el mar Muerto. Este gran lago, sin desagüe, es un fenómeno único en el mundo, al menos con esta magnitud. Este embalse se produce porque en algún momento de la prehistoria, un cataclismo de origen geológico produjo la tremenda depresión, impidiendo que el Jordán llegara al mar desaguando por el golfo de Aqaba. Durante muchos milenios, el nivel del mar se ha mantenido por un raro equilibrio entre el agua que fluye del Jordán y la evaporación; en tanto que la salinidad del agua aumenta hasta la saturación. Por esto es un mar «muerto».

En la actualidad, debido al mayor consumo de agua de la vida moderna (y pese a una gran racionalización de los consumos agrícolas), el Mar Muerto tiende a bajar de nivel, al tiempo que se acumulan los residuos salinos en las orillas. Pero no sólo por esto este mar está muerto. Es llamado también «mar de asfalto», y son conocidos los barros bituminosos de sus playas. Al sur, existen yacimientos de alquitrán que son los causantes de estos lodos negros y en parte, también, del reflejo negruzco de las aguas. Este hundimiento del sur, se relaciona hoy. con un segundo cataclismo, más reciente, que aumentó la depresión en esta zona. Esto, y la localización posible de las ruinas de Sodoma, dentro de esta hundimiento, da una idea muy verosímil de lo que debió ocurrir. Recordemos que el Génesis habla de fuego y en este cataclismo volcánico, el alquitrán que aflora a la superficie debió ocasionar, sin duda, enormes incendios.

El escritor, de origen judío, Franz Werfel, en su novela histórica *Escuchad la Voz* sobre la vida del profeta Jeremías, describe poéticamente el aspecto de este mar, con este significativo texto:

«... el indefinible elemento de que se compone el Mar Muerto, llegaba pesadamente hasta allí, donde los rayos de un nuevo y

joven sol pascual, envuelto en un atavío de vaporosas brumas, ofrecían una cambiante e iridiscente lucha polícroma las montañas que encierran como presa al Lago de Asfalto, al este y oeste, le daban reposo. Pero, ¿eran en realidad montañas, o nubes petrificadas? ¿No se trataría más bien del cristalizado vapor de los hirvientes arroyos que se vertían en la cuenca de Sodoma y Gomorra? ...»

- Judea, el desierto, Jericó

En la orilla del Jordán, cerca de su desembocadura en el Mar Muerto, se encuentra la ciudad de Jericó, muy nombrada en los evangelios, y lugar de paso para los grupos de peregrinos que iban a Jerusalén procedentes de Galilea. En esta zona se encuentra el vado que utilizaban para cruzar el Jordán, lugar en el que san Juan Bautista bautizaba. La Sagrada Familia debió utilizar esta ruta cuando, por Pascua, iban a Jerusalén. En la narración será comentada esta circunstancia.

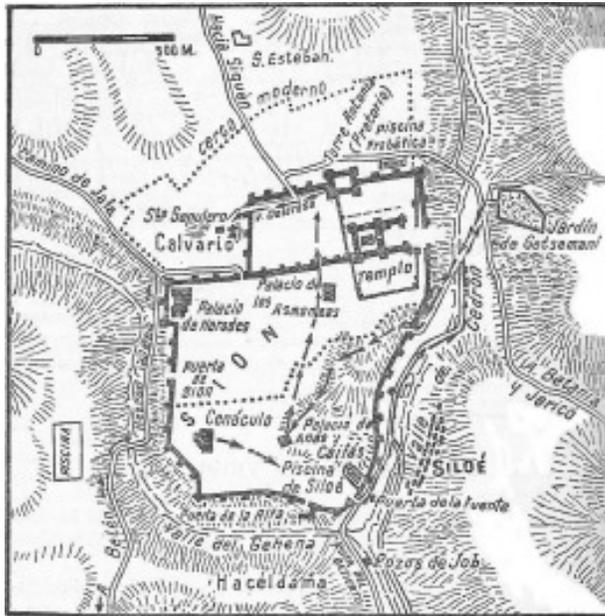
Jericó es un oasis dentro del desierto de Judea. Llama la atención el verdor de la ciudad y sus alrededores, en contraste con lo desértico del paisaje que bordea el Mar Muerto. Este desierto, que se extiende especialmente hacia el sur, llega hasta las poblaciones cercanas a Jerusalén ascendiendo entre ondulaciones y quebradas para salvar los casi mil metros de desnivel.

- Jerusalén

En tiempo de Herodes el Grande, antes del nacimiento de Jesús, en Jerusalén se estaba construyendo el Templo y todo el conjunto de grandes mansiones palaciegas de la ciudad alta. Esto se observa con gran claridad en la conocida maqueta del Hotel Holy land, que los peregrinos de Tierra Santa suelen visitar. Es decir, Sión era habitado por familias ricas, mientras que en la ladera que descendía hacia Siloé, donde se encontraba el depósito de agua, estaba poblado por viviendas modestas de una sola planta.

Para que el Templo pudiera superar al de Salomón, Herodes mandó ampliar la plataforma en la que estaba edificado, prolongando hacia el sur la gran explanada. Hubo de construirse unos tremendos contrafuertes que apuntalaban los muros situados sobre el

Cedrón. El famoso pináculo se alzaba a 45 m. sobre el fondo del valle, lo que constituía además una defensa natural por el sureste de la ciudad.



Jerusalén en tiempo de Cristo

Fue un trabajo colosal que se empezó en el año 20 a. C. y que no estuvo totalmente terminado hasta el 62 d. C., mucho después de la muerte de Herodes y ya próxima su destrucción por las legiones romanas (año 70). La construcción necesitó permanentemente 10.000 obreros, de los cuales 1.000 eran sacerdotes, pues para no profanar el templo en algunas zonas sólo podían trabajar sacerdotes. La calidad de la obra, su estilo arquitectónico, el tallado de las piedras, necesitaron de técnicos romanos. En este opúsculo hemos dado como posible que san José pudiera trabajar en este tipo de obras durante los dos años de la estancia de la Sagrada Familia en Belén.

La ciudad, contaba con una muralla exterior, y un muro interno que la dividía en dos partes. Perpendicular a este muro (ver figura)

transcurría un arroyo canalizado, el Tiropeón, que descendía hacia la ciudad baja (Siloé) y acababa desembocando en el valle del Cedrón. Junto al muro oeste, el grandioso palacio de Herodes destacaba por sus dimensiones y sus torres. En la Jerusalén actual, en la puerta de Jafa hay una torre, cuya base se cree perteneció a dicho palacio, probablemente la torre llamada de Fasael.



Vista del barrio de Siloé, al fondo el complejo de construcciones señoriales de la ciudad alta, junto al palacio de Herodes (Maqueta de Holy Land).

Esta sería la Jerusalén que conoció la Sagrada Familia, especialmente durante su estancia de unos dos años en Belén, y también durante las celebraciones pascuales a las que asistían regularmente, desplazándose desde Nazaret (Lc 2, 41) como vamos a ver a continuación.

LAS COSTUMBRES

- Los desplazamientos, el camino

Como ya hemos comentado, aunque la vida de los judíos en Galilea era muy estable, agrupados principalmente por clanes fami-

liares en una región que habían colonizado, de hecho se desplazaban a Jerusalén al menos una vez al año, para celebrar la Pascua. Había también otras fiestas, como veremos, a las que también asistían a veces los galileos, pero la peregrinación realmente masiva era la celebración pascual.

El camino era duro y largo (entre 140 y 160 Km. según la zona de Galilea de la que procedían) y lo recorrían mayoritariamente a pie. Solía durar unos cinco o seis días y la dificultad principal estaba en que el camino más recto, a través de Samaria, no podía ser utilizado por grupos numerosos debido a la oposición de los samaritanos. Como ya hemos explicado, se cruzaba el Jordán y se descendía el curso del río por su orilla izquierda. Los peregrinos formaban caravanas más o menos espontáneas y se agrupaban por pueblos, familias, amistades, etc. A este respecto es muy ilustrativo el texto de san Lucas, que describe el episodio del niño Jesús perdido en un desplazamiento a Jerusalén por Pascua: «... pensando que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos ...» (Lc 2, 44).

Sólo los ricos podían permitirse utilizar una cabalgadura. Los judíos nunca tenían caballos, este tipo de animal era prácticamente privativo de los soldados y más concretamente los oficiales romanos, por esto, los que poseían bienes de fortuna, montaban en asno para viajar. Probablemente debía haber muy pocos en estas peregrinaciones pascuales de los galileos porque la mayoría eran familias modestas.

En Jerusalén, donde había palacios, y personajes poseedores de grandes riquezas, sería más frecuente ver carruajes y palanquines transportados por esclavos.

Las paradas nocturnas, por lo general, se realizaban acampando junto al camino, pero también había posadas, en las que se hospedaban los viajeros que disponían de más recursos económicos. También en estas posadas se pernoctaba generalmente en grandes salas comunes y se dormía sobre esterillas en el suelo. Existe un ejemplo de una de estas posadas, situada en el camino de Jerusalén a Jericó, que recuerda la que se menciona en la parábola del buen samaritano.

- Las fiestas de los judíos

Las fiestas se celebraban en Jerusalén, y tenían su fundamento en el culto religioso. Estas fiestas vinculaban a todos los judíos, incluyendo claro está a los que vivían en Galilea, como era el caso de san José y la Sagrada Familia. Estas fiestas eran principalmente las siguientes:

- Pascua
- Fiesta de los Tabernáculos
- Fiesta de Pentecostés o *Shavuot*
- La Dedicación del Templo

La primera, la más importante, recordaba como se sabe la liberación de los israelitas de Egipto, con el «Paso» del Señor, hiriendo a los primogénitos de los súbditos del Faraón. La ceremonia de la cena pascual, con el sacrificio del cordero y el rito del pan ácimo y las hierbas amargas, fue continuada a lo largo de los siglos. En tiempos de san José, los judíos residentes en Galilea, se desplazaban como ya hemos dicho, todos los años a Jerusalén para celebrar allí la Pascua.

La Pascua se celebraba, y se sigue celebrando actualmente, el día 14 del mes de Nisán, según el calendario Judío. En este calendario, de origen caldeo, estaba el año dividido en meses lunares de 29 y 30 días alternativamente. El 14 de los meses de 29 días coincidía lógicamente con el plenilunio, tal era el caso del mes de Nisán al comienzo de la primavera. La Pascua se celebraba, por tanto, en la primera luna de dicha estación. Para los cristianos también se sigue este criterio lunar, pero se desplaza hasta el siguiente domingo, porque celebramos la Resurrección de Nuestro Señor.

La Fiesta de los Tabernáculos era la segunda fiesta en importancia, en las celebraciones judaicas. Se celebraba en Otoño, coincidiendo con la vendimia, y recordaba los cuarenta años que los judíos vivieron bajo tiendas en el desierto, antes de tomar posesión de la Tierra Prometida. Durante este tiempo, el Santo de los Santos estaba en una tienda grande o Tabernáculo (de ahí el uso de esta

palabra, referida hoy al Santísimo Sacramento). De hecho, cuando el rey David se instaló en Jerusalén, montó de forma estable dicho Tabernáculo en la explanada, en la que Salomón construiría después el primer Templo.

Esta fiesta ha sido siempre muy popular. Durante la semana que duraba, la ciudad se adornaba con ramas verdes, y las familias construían cabañas o tiendas en patios, plazas y azoteas. En tiempo de Jesucristo, dos enormes candelabros de siete brazos, de 25 metros de altura, daban a la noche en Jerusalén, un aspecto sobrenatural.

No sabemos cuantos galileos irían habitualmente a Jerusalén para celebrar la fiesta de los Tabernáculos, pero seguramente eran muchos menos que por la Pascua. Sí sabemos que Jesús, al final de su predicación en Galilea, aprovechó esta fiesta para trasladarse ya definitivamente a Judea y completar allí su vida pública. Dice san Juan (Jn 7, 8 - 10) que sus parientes fueron también, lo que demuestra que no era ciertamente infrecuente para los galileos esta Peregrinación.

La Fiesta, que los cristianos denominamos de Pentecostés, coincide con la denominada *Shavuot* por los judíos, y esto se debe a que el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles y María Santísima, precisamente durante esta celebración judía

Se celebra a finales de verano durante el mes hebreo del *Sivan*, siete semanas después de la Pascua, es decir, cuarenta y nueve días. En tiempos bíblicos se conmemoraba para dar gracias por la cosecha. Más tarde, la tradición asocia la festividad con la entrega de la Ley en el monte Sinaí.

Finalmente, otra festividad importante, y que se menciona en el evangelio de san Juan, es la de la Dedicación del Templo, que se celebraba en Diciembre y conmemoraba el acto de purificación realizado por Judas Macabeo, después de la profanación de los marnarcas Seléucidas.

De todas estas festividades, cuya celebración se centraba principalmente en Jerusalén, sólo en la de la Pascua hay constancia del desplazamiento de la Sagrada Familia, en peregrinación al Tem-

plo. Respecto a la Fiesta de los Tabernáculos, hay que decir que, aunque ya hemos dicho que sólo algunos galileos realizaban el viaje, sí se sabe que en muchas poblaciones esta festividad se celebraba de una manera más sencilla.

- Las Bodas

El Matrimonio entre judíos solía realizarse con dos ceremonias separadas en el tiempo: Los desposorios, y las nupcias. Los primeros eran algo así como la petición de mano, y los desposados seguían viviendo con sus padres. La boda se celebraba algún tiempo después (podían ser semanas, o incluso algunos meses más tarde). A pesar de ello, desde los desposorios, a los contrayentes se les consideraba ya casados, aunque se tratase de un matrimonio no consumado. Y esto era de tal modo, que en caso de fallecimiento de uno de los contrayentes, el otro contrayente se le consideraba viudo, y podía heredar.

A este respecto, leemos en “Vida de Jesucristo” de Giuseppe Ricciotti, Punto 231: “... Entre los judíos, el matrimonio legal se realizaba, después de alguna gestiones preparatorias, mediante dos procedimientos sucesivos, que son los desposorios y la nupcias. Los desposorios no eran, como entre nosotros, la simple promesa de matrimonio futuro, sino el perfecto contrato legal de matrimonio, o sea el verdadero *matrimonium ratum*. Por lo tanto, la mujer desposada era ya esposa, podía recibir el acta de repudio de su desposado-marido, a la muerte de éste pasaba a ser viuda en toda regla, y en caso de infidelidad era castigada con arreglo a las normas del *Deuteronomio* (Dt. 22, 23-24) ... Cumplido este desposorio-matrimonio, los dos desposados-cónyuges permanecían algún tiempo todavía con sus respectivas familias. Semejante tiempo, habitualmente, se extendía hasta un año si la desposada era virgen y hasta un mes si viuda, y se empleaba en los preparativos de la nueva casa ...”

“... Las nupcias (hebr. *Nissu'in*) se celebraban una vez transcurrido el tiempo susodicho, y consistía en la introducción solemne de la esposa en casa del esposo. Empezaba entonces la convivencia pública y con esto, las formalidades legales del matrimonio estaban cumplidas ...”

Esto es muy conveniente conocerlo, para entender todo lo que se refiere a san José y la Virgen María, sus desposorios, las nupcias y el nacimiento de Jesús. Todo ello se analizará en nuestra narración.

- Los banquetes y celebraciones

Los judíos, desde los tiempos de la helenización, habían adoptado las costumbres griegas en la situación ante la mesa, para comer. Así, se colocaban ante ella, recostados en divanes. Los hebreos antiguos comían sentados en esteras, con los pies cruzados, como se hace aún hoy entre los orientales, pero en el tiempo de la Sagrada Familia, los convidados seguían la costumbre de griegos y romanos. En torno a una mesa cuadrada o rectangular, se disponía una renglera de divanes dejando un lado libre para efectuar el servicio. Los comensales se recostaban, con los pies hacia atrás.

Hay que pensar, que las poblaciones como Nazaret tenían unas costumbres básicamente rurales, y por tanto, poco dadas a novedades. Sin embargo su proximidad con Séforis y la ruta de Damasco, hacía de Galilea una región helenizada, y precisamente por esto, los judíos allí establecidos se adaptaron a estos usos, en tanto no contaminados de idolatría.

Se comía con las manos, aunque ya existía la cuchara para los alimentos líquidos. En las casas ricas, para facilitar la toma de los alimentos a los comensales, estos eran troceados por los sirvientes antes de servirlos a la mesa.

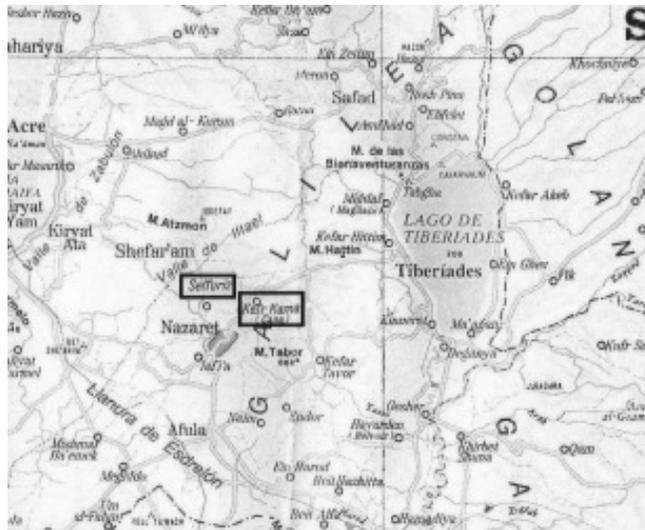
Otra cuestión interesante está en el vino. En las celebraciones judías era fundamental, especialmente en la Pascua, pero también en los banquetes y en las bodas. Los vinos de la época y de de la región no eran suaves y refinados como los que hoy conocemos, eran ásperos y de alta graduación. Tanto es así, que solían servirse mezclados con agua para suavizarlos. El rito eucarístico, en el que se mezcla el vino con un poco de agua antes de la Consagración, tiene su origen en esta costumbre judía: Así debió hacerse en la Santa Cena.

Cada comensal tenía sus preferencias a este respecto, y por

esto, en las casas palaciegas existía un Copero que realizaba la mezcla al gusto de su señor.

CONCLUSION

Hasta aquí, lo más resumido que nos ha sido posible, el entorno histórico, geográfico y social en el que debemos situar a san José y a la Sagrada Familia. Este entorno no variará prácticamente durante toda la vida de nuestro Señor Jesucristo, que culminó el año 30 con su Muerte y Resurrección. A este respecto nos remitimos a los dos capítulos introductorios de «Vida de Jesús, evangelios concordados», en los que ya se comentaron estos datos ambientales y de costumbres, incluyendo la cuestión de las lenguas utilizadas. Vamos ahora a analizar esta vida del santo Patriarca, y su propio entorno familiar: Su esposa María Santísima y su hijo Jesús.



Mapa de los alrededores de Nazaret
(Situación de Caná y Séforis)

RECOMENDACIONES PARA LEER ESTE OPUSCULO

Como se ha dicho en la presentación, la narración está dividida en dos partes claramente definidas:

1.- Texto narrativo breve

Esta primera parte es un relato simple y con pocos detalles, al estilo de la narración evangélica, que contiene una única versión de los hechos, escogida entre las posibilidades analizadas en dicho capítulo de presentación.

Para facilitar la lectura se ha dividido en treinta puntos narrativos, cuyo índice permitirá la búsqueda.

Los textos de los evangelios de san Mateo y san Lucas, que contienen la narración que afecta a la vida de san José, se han incorporado íntegramente al relato utilizando letra cursiva, y con la notación correspondiente, para que se reconociera la procedencia. En ocasiones se complementa este texto con fragmentos de relato añadido, que para evitar confusión se realiza en letra redondilla como el resto de la narración.

2.- Texto comentado

La segunda parte contiene los comentarios correspondientes a los puntos narrativos del Texto de la primera parte. Estos comentarios, como ya se ha dicho, contemplan no sólo las circunstancias de lugar y tiempo que pueden ser conocidas, sino también las alternativas posibles a la narración en aquellos puntos que no se pueden conocer con seguridad.

A fin de facilitar la correspondencia entre el comentario y el punto narrativo comentado, éste se añade al principio, en un tipo de letra pequeño. El texto narrativo, por tanto, aparece por segunda vez, intercalado con los comentarios. Este tamaño de

letra puede resultar de lectura incómoda, pero no está para su lectura completa sino sólo para que pueda ser reconocido al leer el texto comentado.

3.- Finalidad contemplativa:

Conviene tener en cuenta que, salvo los textos extraídos de los evangelios de san Mateo y san Lucas, ni el texto narrativo ni los comentarios se pueden tomar como absolutamente fidedignos. Son, como ya hemos dicho, una referencia para la oración contemplativa, para que el lector se acerque con la imaginación y los sentimientos, a la Sagrada Familia, y como tal deben tomarse.

Léase pues con este espíritu y pensemos que, cuando nos encomendamos a san José, lo estamos haciendo a un Santo, que siendo tan grande, vivió en el tiempo trabajó en la humildad de su oficio, y cuidó de los suyos con la solicitud del mejor de los padres, modelo que debemos imitar.

**PEQUEÑA VIDA DE SAN JOSE
y la Sagrada Familia**

Pag. 45: Texto narrativo

Pag. 59: Comentarios a la narración



4.- VIDA DE SAN JOSE (Texto breve)

1.- José, hijo de Jacob:

Había en Israel un varón justo, de la familia de David, que vivía en una pequeña aldea de Galilea llamada Nazaret. Lleno de Gracia desde su niñez, cumplió siempre como buen judío sus obligaciones para con Dios, asistiendo regularmente a la sinagoga. Cuando tuvo uso de razón, ofreció a Yavé voto de virginidad, y esperaba con firme convicción la venida del Mesías prometido.

Su padre Jacob, le había instruido, tanto en las cosas de Dios como en el trabajo artesano. Le transmitió el conocimiento de la Ley y los Profetas y le enseñó a trabajar el hierro y la madera. Ricos en virtudes pero pobres en bienes, la familia de José carecía de hacienda. Por esto José debió trabajar, construyendo enseres domésticos y de labranza, y ayudando a la construcción de viviendas en Nazaret y pueblos de los alrededores.

La familia de José vivía en su mayor parte en Galilea, aunque sus antepasados eran judíos. Como muchos habitantes de Judea sus familiares fueron a colonizar la gentilidad del norte, que se había apartado de Dios. Sus hermanos María y Cleofás vivían asimismo en Galilea.

2.- José, hijo de David:

José descendía de David por vía de su primogénito Salomón, siendo judíos todos sus antepasados.

David engendró, de la que fue mujer de Urías, a Salomón, Salomón engendró a Roboam, Roboam engendró a Abías, Abías engendró a Asaf, Asaf engendró a Josafat. Josafat engendró a Joram. Joram engendró a Ozías. Ozías engendró a Joatam. Joatam engendró a Acaz. Acaz engendró a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés. Manasés engendró a Amón. Amón engendró a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el tiempo del destierro a Babilonia. Y después del destierro en Babilonia: Jeconías

engendró a Salatiel. Salatiel engendró a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud. Abiud engendró a Eliacim. Eliacim engendró a Azor. Azor engendró a Sadoc. Sadoc engendró a Aquim. Aquim engendró a Eliud. Eliud engendró a Eleazar. Eleazar engendró a Matan. Matan engendró a Jacob. Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. (Mt. 1, 6 - 16).

José esperaba el Mesías, como todos los buenos judíos, aunque su humildad le impedía pensar siquiera en la posibilidad de que naciera en el seno de su familia. Albergaba en su corazón el propósito de consagrarse a Dios, ofreciéndole su propia vida.

3.- José, esposo de María

Había entre las vírgenes consagradas al servicio del Templo de Jerusalén, una joven llamada María. Sus padres, Helí y Ana, que vivían en Galilea, habían sido favorecidos por Dios con su nacimiento cuando ya creían ser estériles. En agradecimiento, la presentaron a la edad de cinco años para que sirviera al Señor en el Templo.

Cuando María llegó a la edad núbil, su padre Helí había ya descansado en el Seno de Abraham. Decidió el Sacerdote responsable de las vírgenes consagradas, que María fuera desposada con un judío virtuoso, y recayó la elección en José, que se hallaba a la sazón en Jerusalén. José era judío, de unos treinta años y su casa en Nazaret no estaba lejos de la familia de María, que también eran judíos habitantes en Galilea.

Se celebraron los desposorios en Jerusalén, en la casa de Dios, ante la familia de José y la madre de María, y ambos esposos volvieron a Galilea donde, según la costumbre, fueron a vivir cada cual a la casa de sus padres, hasta el momento en que se celebraran las nupcias. Ambos esposos habían acordado permanecer vírgenes incluso después de que se consumara legalmente el matrimonio.

4.- Isabel, prima de María, concibe un hijo:

A poca distancia al suroeste de Jerusalén, en una ciudad de la montaña de Judea denominada Ain Karem, vivía Zacarías, sacerdo-

te del Señor, *del turno de Abías, casado con una mujer llamada Isabel, descendiente de Aarón* (Lc 1, 5) y pariente de María, la esposa de José. Isabel era estéril, y ambos de edad avanzada, pero Zacarías recibió de parte del Señor la promesa de engendrar un hijo, que sería el Precursor del Mesías. *Días después concibió su mujer Isabel, y estuvo retirada durante cinco meses, y se decía a sí misma: Así me ha favorecido el Señor al dignarse poner sus ojos en mí para quitar lo que era motivo de ignominia entre los hombres.*(Lc 1, 24 - 25).

5.- Y el Verbo se hizo carne:

Cuando ya Isabel estaba en el sexto mes, fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Y entrando donde ella estaba, la saludó así: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Ella al oír estas palabras, se turbó y empezó a pensar qué significaba este saludo.

Le dijo el ángel: No temas María, pues has hallado gracia a los ojos de Dios. Por eso concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Este será grande y llamado hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.

Dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? El ángel contestó: El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por esto el que nacerá de ti será santo e hijo de Dios. Mira, ahí tienes a tu prima Isabel que en su vejez también ha concebido un hijo, y la que tenían por estéril está ya en el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible. Replicó María: He aquí la esclava del Señor, cúmplase según tu palabra-. Y el ángel desapareció de su presencia. (Lc 1, 26 - 38).

María guardó estas cosas en su corazón y nada dijo a su esposo, con el que no convivía pues no se habían celebrado las nupcias, y tomó la decisión de encaminarse pronto a Ain Karem para atender a su prima Isabel hasta el nacimiento de su hijo.

6.- La Boda de José con María:

Antes de la partida de María hacia Ain Karem, decidieron celebrar la Boda en Nazaret a fin de que el desposorio fuera ya completo. Carentes de hacienda y riquezas, este fue un acto familiar sencillo, que duró solamente una jornada, pero José y María quedaron unidos ante Dios con absoluta plenitud legal. Solamente ellos conocían su determinación al matrimonio virginal, y ambos esposos guardaban en silencio esta decisión.

7.- El viaje a Ain Karem:

Por aquellos días, María se puso en camino, dirigiéndose presurosa a la montaña, -a la ciudad de Ain Karem-. Y entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos de gozo en su seno, y quedó Isabel llena del Espíritu Santo. Y exclamó en alta voz: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que venga la madre de mi Señor a mi casa? Porque, fíjate, al percibir tu saludo, el niño ha saltado de alegría en mi seno. Dichosa la que creyó que se cumplirá cuanto se le ha anunciado de parte del Señor.

Luego exclamó María: Mi alma glorifica al Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque puso sus ojos en la humillación de su esclava. Pues bien: desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones; porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo;

Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón; ha derrocado de su trono a los potentados y ensalzado a los humildes; ha colmado de bienes a los indigentes y despedido a los ricos con las manos vacías. Ha tomado bajo su amparo a Israel su siervo, conforme a los planes de su misericordia, como lo había anunciado a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre jamás.

María permaneció con ella como unos tres meses y se volvió a su casa (Lc. 1, 39 - 56). Entretanto Isabel dio a luz al hijo de Zacarías, al que éste puso el nombre de Juan.

8.- A la vuelta de Ain Karem:

María volvió a Nazaret, junto a su esposo, mas el embarazo era ya evidente pues estaba en el cuarto mes. *José, su esposo, -ignoraba la causa, pero,- siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto.*

Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice:

«He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, y se le pondrá por nombre Emmanuel», que quiere decir «Dios con nosotros».

Al despertar de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa (Mt. 1, 19 - 24). María pues, abandonando su casa familiar, entró en la de José y se dispuso a ser la madre del Mesías.

9.- José y María en Nazaret:

José, después de recibir en su casa a María, aceptando el último encargo de ser el padre del Mesías, siguió trabajando en su labor de artesano, en Nazaret y en los alrededores, llegando su trabajo hasta la ciudad de Séforis, en la que debía realizar obras en hierro y en madera, ayudando en las importantes construcciones de esta populosa urbe.

Siempre que sus actividades se lo permitían, acudía José a la pequeña sinagoga de Nazaret en los días de la semana que no eran preceptivos, y escuchaba con atención las lecturas de los Profetas, que señalaban al Mesías, del que él mismo iba a ser padre en la tierra.

10.- Se anuncia un censo:

En aquel tiempo salió un edicto de César Augusto mandando empadronar a todo el mundo. (Lc 2, 1). En Nazaret se recibió la

noticia, que se hizo pública en la sinagoga cuando María ya estaba en el octavo mes. José y María oyeron el anuncio y volvieron a casa pensando lo que convenía hacer, porque José, de la casa de David, debía empadronarse en Belén, en la Judea junto a Jerusalén.

Le dijo José a su esposa: Mujer, conviene que vayamos a Belén antes de que nazca el Niño. Respondió María a su esposo: -José, ya sabes que no es necesario que yo vaya, pero sea como tú dices- José, inspirado por el Espíritu Santo, pensó en su corazón: «Nuestro hijo Jesús será el Mesías, debe nacer en la Ciudad de David. Somos judíos, y Dios se sirve de este edicto para que cumplamos lo dicho por los Profetas». José le explicó a María todos sus pensamientos, y ambos decidieron trasladarse a Belén, el pueblo de los antepasados de José, para establecerse allí cuando naciera el Niño. Enseguida comenzaron los preparativos para el viaje.

Este empadronamiento primero, tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria. E iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. (Lc 2, 3 - 3). José reunió todo lo que tenían y compró un asno para hacer el viaje; en él descansará María pero también servirá para trasladar los enseres que José y María necesitarán para establecerse en Belén.

11.- El viaje a Belén, nace Jesús:

José y María se incorporaron a una de las caravanas de judíos que iban a empadronarse, e hicieron el viaje con las dificultades propias, al estar María encinta.

*Al llegar a Belén, estando allí, se cumplieron los días del parto (Lc 2, 6). José no podía buscar alojamiento, pues no tenían casa y María no debía dar a luz en una sala común, por esto *no había para ellos lugar en la posada.* (Lc 2, 7). José y María se pusieron en manos de Dios, y encontraron una cueva natural que servía para recoger el ganado, entraron allí y María *dio a luz a su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre.* (Lc 2, 7).*

Los esposos se dirigieron a Dios en acción de gracias, y se dispusieron a pasar la noche.

12.- Angeles y pastores:

Había en la región, -no lejos de la cueva donde estaban José, María y el Niño,- unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando el rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y les envolvió la luz de Dios y quedaron ellos sobrecogidos de gran temor. Díjoles el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría para todo el pueblo: os ha nacido, en la ciudad de David, un salvador que es el Mesías, el Señor. Esto tendréis por señal: encontraréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al instante se unió al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 8 - 14).

13.- Adoración de los pastores:

Así que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado. Fueron con presteza y encontraron a María, a José y al Niño -en la cueva,- acostado en un pesebre, y viéndole, contaron lo que se les había dicho acerca del Niño. Y cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores.

María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. - Entretanto- los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había anunciado -por el ángel- (Lc 2, 15-20).

14.- Encuentran alojamiento en una casa:

José tenía parientes en Belén, que le ayudaron a conseguir un lugar donde alojarse. José y María, dejando la cueva en la que había nacido el Niño, fueron a vivir a una casa de la ciudad y se dispusieron a permanecer allí. José, entretanto, empezó a buscar donde ejercer su trabajo como artesano y mantener a su familia. En la cercana Jerusalén abundaban las grandes obras y José pudo ganarse pronto el sustento.

15.- Circuncisión del Niño:

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al

Niño, le pusieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido. (Lc 2, 21).

16.- Presentación:

Y cuando se cumplieron los días de la Purificación conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, según está escrito en la Ley del Señor que «todo varón primogénito sea consagrado al Señor» (Ex 13, 2), y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones. (Lc 2, 22-23).

17.- Profecía de Simeón:

Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría antes de ver el Ungido del Señor. Movidado del Espíritu, vino al templo, y al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El, Simeón le tomó en sus brazos y bendiciendo a Dios, dijo: Ahora Señor puedes dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel.

Su padre y su madre estaban asombrados de las cosas que se decían de El. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones. (Lc 2, 25-35).

18.- Profecía de Ana:

Estaba también la profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanzada en días, que había vivido con su marido siete años desde su virginidad y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Como viniese en aquella misma hora, alabó también a Dios y hablaba de El a cuantos esperaban la redención de Jerusalén. (Lc 2, 36-38).

19.- Transcurren dos años:

El Niño Jesús crecía y se desarrollaba, en el seno de su familia. María le enseñaba y le ayudaba en sus primeros pasos y en sus balbuceos infantiles. José, entretanto, fue encontrando donde ejercer su trabajo, incluso en Jerusalén. Allí entre las muchas construcciones, estaban las obras del Templo, no terminado aún. En ellas era necesario incorporar puertas, ventanas, y gran cantidad de elementos de madera y de hierro, en los que José pudo participar.

Transcurrieron dos años desde el nacimiento de Jesús.

20.- Adoración de los Magos:

Habiendo pues, nacido Jesús en Belén de Judá en los días del Rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos Magos, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén, y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde debía nacer el Cristo. Ellos le contestaron: En Belén de Judá, pues así fue escrito por el profeta «Y tú, Belén, en el país de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre las ciudades principales de Judá; pues de tí saldrá el príncipe que será el pastor de mi pueblo Israel» (Miq 5, 2).

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó diligentemente de ellos acerca del tiempo de la aparición de la estrella y, encaminándoles a Belén, les dijo: Id e informaos exactamente acerca de este niño, y, cuando le halléis, comunicádmelo, para que vaya también yo a adorarlo. Después de haber oído al rey, se fueron, y la estrella que habían visto en oriente les precedía, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo, y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra.

Advertidos en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino. (Mt 2, 1-12).

21.- Huida a Egipto:

Después de su partida, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al Niño para matarlo.

Levantándose de noche, tomó al Niño y a su Madre y se retiró hacia Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: «De Egipto llamé a mi hijo». (Mt 2, 13-15).

22.- Inocentes:

Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y sus alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia se había informado de los magos. Entonces se cumplió la palabra del profeta Jeremías que dice: «Una voz se oye en Ramá, lamentación y gemido grande; es Raquel, que llora a sus hijos y no quiere ser consolada porque ya no existen (Jr 31, 15)». (Mt 2, 16-18).

Además de Jesús, también Juan el hijo de Zacarías, por la Gracia de Dios, escapó de la persecución de Herodes. Más tarde, siendo mayor de edad, se retiró al desierto viviendo con gran austeridad y consagrándose al Señor, a la espera de su misión de precursor del Mesías.

23.- Regreso a Nazaret:

Poco tiempo después, muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño. Levantándose, tomó al niño y a la madre y partió hacia la tierra de Israel.

Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, -sabiendo que había grandes matanzas,- temió ir allá y, advertido en sueños se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo

dicho por los profetas: «Será Nazareno». (Mt 2, 19-23).

Así, José y María, con el Niño Jesús, fueron a vivir nuevamente en la casa que José tenía en Nazaret, donde vivió y trabajó durante la mayor parte de su vida. El Niño seguía creciendo, y cuando tuvo edad, comenzó a acudir regularmente a la Sinagoga. María le enseñaba y educaba en las cosas de Dios, en las que Jesús tenía, por su naturaleza, una disposición singular.

24.- En el Templo:

El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la Gracia de Dios estaba en Él. Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, a cumplir el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo advirtieran.

Pensando que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya.

Con gran angustia recorrieron toda la ciudad y alrededores, preguntando entre los familiares que tanto José como María tenían allí. Ellos confiaban en Dios, sabiendo lo que el ángel Gabriel les había dicho, pero su sufrimiento era grande porque pasaba el tiempo y no le hallaban.

Al cabo de tres días le encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres le vieron, quedaron sorprendidos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía. (Lc 2, 40-50).

25.- Vida oculta:

Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres. (Lc 2, 51-52).

José y María le llevaban a la sinagoga donde, oculta su sabiduría, compartía con los jóvenes de su edad, la instrucción en las cosas de Dios y de los hombres. Teniendo edad, comenzó Jesús a compartir el trabajo de artesano de su padre, aprendiendo con diligencia el oficio.

26.- Jesús mayor de edad:

Siendo ya Jesús mayor de edad, le dijo un día su padre: -Jesús, hijo, en Judea ya no reina Herodes ni ningún descendiente suyo, podemos volver a Jerusalén, o a Belén a la casa de nuestros antepasados; Tú estarás más cerca de la Casa del Padre y podrás ocuparte de sus cosas- Jesús le respondió: -No conviene, padre, que adelantemos la hora; en Judea está Juan, en el desierto, preparando los caminos de Dios, ya vendrá el día en que el Padre me llame y entonces iré allí, pero ahora El nos quiere en Galilea- José no insistió, y Jesús, siguió sujeto a su padre junto a María, su madre, en Nazaret donde vivían.

José continuó su trabajo de carpintero en Nazaret y los alrededores, y Jesús le ayudaba con el vigor propio de su juventud.

27.- Jesús habla con sus padres:

María, la madre de Jesús guardaba en su corazón todas las cosas que Jesús hacía y decía, y las compartía con su esposo, José. Jesús no hablaba siempre de las cosas del Padre, pero cuando estaban los tres juntos se ponían en manos de Dios y esperaban con fidelidad y confianza el pronto comienzo de su misión en la tierra. Jesús, en los momentos más íntimos les hablaba de la Misericordia de Dios y de la buena nueva que, muy pronto, comenzaría a predicar.

Entretanto en Judea Juan había comenzado a bautizar a orillas del Jordán, cerca de Jericó.

28.- La última Pascua de José:

Cada año, por Pascua, iban a Jerusalén para celebrar el Sacrificio del cordero. En una ocasión, José se sintió desfallecer en el viaje. Nada dijo a María y a Jesús, pero ofreció su esfuerzo para la

Misión que pronto iniciaría su hijo, el Hijo de Dios.

Al llegar a Jerusalén, su sufrimiento aumentó, pero se dispuso a celebrar la Pascua. Al final, María y Jesús, conociendo que llegaba la hora de su retorno al Padre, le recostaron en un lecho y se pusieron en oración, confortándole amorosamente.

29.- La santa muerte de José:

José entregó su alma a Dios, atendido corporal y espiritualmente por María, su esposa y por Jesús. Al día siguiente le enterraron en Jerusalén y estuvieron en oración unos días más, después de celebrada la Pascua. Jesús y María acudieron al Templo varias veces, para dar gracias al Padre por todo que, por medio de José, habían recibido, y finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el Seno de Abraham, cerca de Dios Padre.

30.- Jesús y María en Nazaret. Epílogo:

Jesús siguió trabajando en el taller de José, su padre, al que ya ayudaba desde hacía algún tiempo, y realizando trabajos en las poblaciones cercanas. María atendía como siempre la casa, y ambos seguían en oración, en manos del Padre, a la espera del momento en que Jesús iniciara la predicación de la Buena Nueva al pueblo de Dios. Así fue, hasta que Jesús cumplió la edad de treinta años. Entonces se despidió de María, su madre, y se encaminó hacia Judea y Perea, al otro lado del Jordán, para ser bautizado por Juan.

4.- NARRACION COMENTADA



**El nacimiento de Jesús en la cueva de Belén.
Fresco del Campo de los Pastores (Beth-Sahur)**

4.- NARRACION COMENTADA

1.- José, hijo de Jacob:

Había en Israel un varón justo, de la familia de David, que vivía en una pequeña aldea de Galilea llamada Nazaret. Lleno de Gracia desde su niñez, cumplió siempre como buen judío sus obligaciones para con Dios, asistiendo regularmente a la sinagoga. Cuando tuvo uso de razón, ofreció a Yavé voto de virginidad, y esperaba con firme convicción la venida del Mesías prometido.

Su padre Jacob, le había instruido, tanto en las cosas de Dios como en el trabajo artesano. Le transmitió el conocimiento de la Ley y los Profetas y le enseñó a trabajar el hierro y la madera. Ricos en virtudes pero pobres en bienes, la familia de José carecía de hacienda. Por esto José debió trabajar, construyendo enseres domésticos y de labranza, y ayudando a la construcción de viviendas en Nazaret y pueblos de los alrededores.

La familia de José vivía en su mayor parte en Galilea, aunque sus antepasados eran judíos. Como muchos habitantes de Judea sus familiares fueron a colonizar la gentilidad del norte, que se había apartado de Dios. Sus hermanos María y Cleofás vivían asimismo en Galilea.

COMENTARIO:

José es llamado «*varón justo*» en el evangelio de san Mateo (Mt 1, 19). En el texto le hemos calificado como «lleno de Gracia desde la niñez» porque ciertamente se puede afirmar así, sin ninguna dificultad, pero siendo piadosamente audaces, cabría la posibilidad de suponerle «lleno de Gracia desde el seno de su madre». Así lo han considerado algunos comentaristas, aduciendo la participación en la Unión Hipostática de que habla Suarez.

Algunos exegetas han visto significativa la salutación de Isabel en la Visitación: «... Al oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos de gozo en su seno, y quedó Isabel llena del Espíritu Santo. ... *Porque, fíjate, al percibir tu saludo, el niño ha saltado de alegría en mi seno. ...*» (Lc 1, 41 y 44) También había dicho el ángel: «estará lleno del Espíritu Santo, ya desde el seno de su madre» (Lc 1, 15). Muchos han pensado que Juan Bautista nació libre del pecado original, como consecuencia de esta acción del Espíritu Santo. Pues bien, si Suarez tiene razón (y así lo afirma, en este caso, el Dr. Canals) san José tendría, por su misión paternal, mayor nivel de Gracia incluso, que el santo Precursor.

Nosotros, que no nos hemos atrevido a ser tan audaces, sin duda por nuestra limitada competencia en teología, hemos situado la plenitud de Gracia en la niñez con una frase, tal vez un tanto ambigua, pero en todo caso totalmente bien intencionada. Añadiremos que se cree que el voto de virginidad de san José es anterior a su desposorio con la Virgen María, por esto lo hemos vinculado al uso de razón.

El nombre de su padre, Jacob, aparece en la genealogía de Jesús en el evangelio según san Mateo (Mt 1, 16). En el texto hemos supuesto que el trabajo de José, como artesano, es motivo para suponer la carencia de patrimonio económico. En la época, este tipo de trabajo no era especialmente valorado, aunque naturalmente un buen artesano podía ganarse dignamente su sustento. La riqueza y el bienestar estaban siempre ligados a la posesión de una hacienda, generalmente agropecuaria.

No consta que Jacob, el padre de san José, hubiera sido igualmente artesano, pero sin duda no tenía hacienda familiar, que hubiera permitido a san José otros medios de subsistencia. Por esto, la frase sobre las enseñanzas que recibió, de su padre, el santo Patriarca, es una suposición bastante razonable. Que san José era artesano, es algo muy claro en los evangelios (Mc 6, 3; Mt 13, 55). Hay motivos para creer incluso, que fuera un artesano ciertamente cualificado. El escritorista dominico Lagrange, analiza la expresión griega *Teknos* y la latina *Faber* :

« *Teknos* significa normalmente un trabajador de la madera, es decir, lo que normalmente denominamos carpintero. La expresión latina *faber* significa más bien herrero. De ahí la explicación mística de san Hilario: *Fabri erat filius ferrum igne vincentis, omnem saeculi virtutem iudicio decoquentis.*» (J. Lagrange, en su comentario a san Mateo 13, 53 y ss.). Por esto hemos indicado que los trabajos son en hierro y madera. Es decir, herrero y carpintero, y esto es lo que probablemente abarcaba el tipo de trabajo de san José.

Hay otra cuestión muy importante que conviene recalcar. Como ya se ha explicado en el capítulo de Introducción histórica, desde los Macabeos, una vez asentada la dinastía asmonea, muchos judíos fueron a colonizar el antiguo reino de Israel, especialmente

Galilea (porque Samaria no aceptó el Judaísmo). La familia de san José sin duda se contaba entre estos colonos, aunque probablemente no fuera el propio José sino sus inmediatos ascendientes los que se establecieron en Nazaret.

De todas formas, siendo Nazaret una población muy pequeña, (se cree que vivirían unas 15 ó 20 familias como máximo), cabe suponer que los familiares próximos de san José estarían más o menos diseminados por los pueblos de Galilea. Igual debió pasar con los de la Virgen María, que como veremos vivía también en Nazaret, y también era de ascendencia judía. Recordemos que al principio de la vida pública de Jesús, su Madre es invitada en Caná a unas bodas, en las que Jesús realiza el primer milagro. Los contrayentes debían ser sin duda parientes próximos de la Virgen María. En cuanto a los hermanos de san José, Cleofás y María de Alfeo, y sus hijos, no consta que vivieran concretamente en Nazaret; Recordemos que en los evangelios, estos hijos de Alfeo y Cleofás, aparecen como discípulos de Jesús en el entorno del lago de Genesaret. De ellos hablaremos nuevamente en el punto 2.

2.- José, hijo de David:

José descendía de David por vía de su primogénito Salomón, siendo judíos todos sus antepasados.

David engendró, de la que fue mujer de Urías, a Salomón, Salomón engendró a Roboam, Roboam engendró a Abías, Abías engendró a Asaf, Asaf engendró a Josafat. Josafat engendró a Joram. Joram engendró a Ozías. Ozías engendró a Joatam. Joatam engendró a Acaz. Acaz engendró a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés. Manasés engendró a Amón. Amón engendró a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el tiempo del destierro a Babilonia. Y después del destierro en Babilonia: Jeconías engendró a Salatiel. Salatiel engendró a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud. Abiud engendró a Eliacim. Eliacim engendró a Azor. Azor engendró a Sadoc. Sadoc engendró a Aquim. Aquim engendró a Eliud. Eliud engendró a Eleazar. Eleazar engendró a Matan. Matan engendró a Jacob. Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. (Mt. 1, 6 - 16).

José esperaba el Mesías, como todos los buenos judíos, aunque su humildad le impedía pensar siquiera en la posibilidad de que naciera en

el seno de su familia. Albergaba en su corazón el propósito de consagrarse a Dios, ofreciéndole su propia vida.

COMENTARIO:

San José es quien le da la descendencia davídica a Jesús, el Mesías. San Mateo lo entiende así y proporciona, desde Abraham, todo el linaje patriarcal que llega hasta el rey David, y desciende por vía directa (Salomón era primogénito de David) hasta José, padre de Jesús. En el texto se ha incorporado la parte del texto de san Mateo que va desde David hasta el final (Mt 1, 6 - 16).

Ya se ha dicho en el punto anterior, que José tenía hecho voto de virginidad. Pese a ello, él espera sin duda al Mesías, pero no piensa que pueda nacer de su familia. Hemos creído que por humildad, porque no cabe aquí ninguna clase de conocimiento previo, ni siquiera inspirado providencialmente. Cuando María quede encinta, san Mateo relata su sorpresa y perplejidad; ya se verá esto en el punto narrativo número 8. Hemos supuesto, por tanto, teniendo en cuenta la plenitud de Gracia que se ha mencionado en el comentario del punto 1. que san José consagra su vida por la venida del Mesías, pero no lo espera de su misión patriarcal, que aún ignora.

Conviene aquí hacer una referencia a la ascendencia davídica que algunos suponen también a la que va a ser su esposa, la Virgen María.

Esta ascendencia de la Virgen es aducida por algunos comentaristas al analizar la genealogía de Jesús que aporta san Lucas. El Dr. Canals, en el libro anteriormente citado, explica cómo esta ascendencia, suponiéndola cierta, no tiene ninguna repercusión en la vinculación legal de Jesús a la Casa de David: ésta le viene, en todo caso, por vía paterna, es decir, de san José. Sin embargo parece claro que san Lucas, tal vez por su origen no judío, busca esta vinculación a través de la maternidad de María.

Veamos pues el mencionado texto de san Lucas:

23 Tenía Jesús al comenzar, unos treinta años, que se suponía hijo de José, el cual fue hijo de Helí, que lo fue de Mathat.

24 Este fue hijo de Leví, que lo fue de Melchi, que lo fue de Janne,

que lo fue de José.

25 Este fue hijo de Matatías, que lo fue de Amós, que lo fue de Nahum, que lo fue de Hesli, que lo fue de Nagge.

26 Este fue hijo de Mahat, que lo fue de Matatías, que lo fue de Semei, que lo fue de José, que lo fue de Judas.

27 Este fue hijo de Joanna, que lo fue de Resa, que lo fue de Zorobabel, que lo fue de Salatiel, que lo fue de Nerí.

28 Este fue hijo de Melchi, que lo fue de Addi, que lo fue de Cosan, que lo fue de Elmadan, que lo fue de Her.

29 Este fue hijo de Jesús, que lo fue de Eliezer, que lo fue de Jorim, que lo fue de Matat, que lo fue de Leví.

30 Este fue hijo de Simeon, que lo fue de Judas, que lo fue de José, que lo fue de Jonás, que lo fue de Eliaquim.

31 Este lo fue de Melea, que lo fue de Menna, que lo fue de Matata, que lo fue de Natan, que lo fue de David.(Lc 3, 23-37)

Sorprende la frase: «... que se suponía hijo de José, el cual fue hijo de Helí...». En primer lugar porque si está dando la genealogía por vía de varón, no es propio decir «que se suponía», y en segundo lugar, porque el progenitor que adjudica a san José (Helí), es diferente del que cita san Mateo (Jacob). El resto de la genealogía, hasta David, tampoco coincide, y sólo vuelve a ser igual entre David, y Abraham, el primer Patriarca. Probablemente san Lucas, al decir «... se suponía hijo de José...», en realidad lo que pretende es hacer hincapié en la obra del Espíritu Santo, pero no tiene en cuenta propiamente la ascendencia davídica de José, al menos tal como la considera san Mateo.

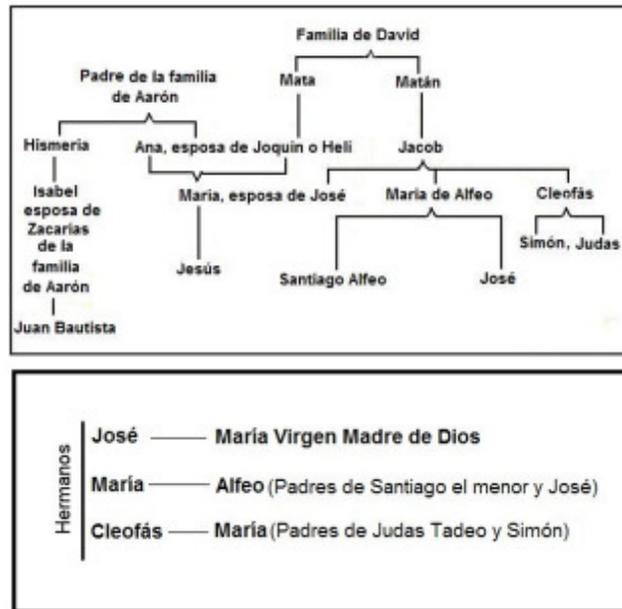
Observemos que, según esta genealogía de san Lucas, el tal Helí desciende de David, no por Salomón, el primogénito, sino por Natán, su segundo hijo. De todo esto se deduce lo siguiente: Helí no es padre de san José sino de la Virgen María, a la que san Lucas cree, incorrectamente según la Ley judía, depositaria de los derechos de la Casa de David. Helí, por tanto es suegro de san José, es decir, se trataría del comunmente denominado san Joaquín, esposo de santa Ana (estos nombres no son absolutamente fiables porque proceden de los apócrifos).

De todas formas, no todos los comentaristas están de acuerdo con esta explicación, y algunos Santos Padres aducen otras posibilidades, como por ejemplo que se trata de una genealogía referida

a un padre adoptivo que habría tenido san José (opinión de san Agustín). Se dice también que la Virgen María, emparentada con una familia sacerdotal como la de Zacarías, sería descendiente de Aarón y de la tribu de Leví. Esta posibilidad existe, pero no es la única posible, ya que San Joaquín (o Heli) podría proceder de una familia no sacerdotal, y esta es la línea por vía de varón.

En el siguiente cuadro se puede entender la culminación de estas dos genealogías, así como la relación entre los parientes inmediatos de Jesús, que aparecen en los evangelios, relacionados con los dos hermanos conocidos de san José: Cleofás, y María de Alfeo.

Estos cuadros se deducen de los evangelios (Ver «Vida de Jesús, evangelios concordados» pág. 49), y de ahí el conocimiento que se puede tener de los parientes de Jesús, que aparecen entre los discípulos, e incluso los propios Apóstoles.



Aun que se suele considerar María de Cleofás, madre de San-

tiago y de Judas, en realidad es citada como María, madre de Santiago, y no se dice nada de Judas, que aparece como hijo de Cleofás. Por esto, la única posibilidad de «cuadrar» todas las referencias es admitiendo que Cleofás y Alfeo, no sólo no son la misma persona, sino que son «cuñados». Hay que notar que la mayoría de los comentaristas unifican Alfeo con Cleofás, es decir los consideran ambos como la misma persona, hermano de San José, eso sí. Sin embargo, analizando con cuidado el pasaje del evangelio de san Juan: «... Estaban también junto a la Cruz de Jesús, su Madre, la hermana de su Madre, y María de Cleofás y María Magdalena ...»(Jn 19, 25). Aquí aparece, además de María de Cleofás, «la hermana de su Madre», referido a la Virgen María, que sería en realidad su cuñada, al igual que Helí era suegro de san José, como hemos dicho.

Conviene mencionar aquí una tradición, aunque de poca consistencia, por la cual, la madre de los Zebedeo también sería familia de la Virgen María, a través de dos sucesivos matrimonios de santa Ana, después de la muerte de san Joaquín. Esta tradición nace del siglo XV, fruto de una visión mística de una monja de Gante, santa Coleta. Algunos comentaristas de la época la daban por cierta, pero se observa que en esta visión no se distingue la dualidad entre Alfeo y Cleofás que hemos mencionado, y se fuerza mucho la explicación de los llamados «hermanos de Jesús», es decir, sus primos.

No vamos a desarrollar todo este árbol genealógico, bastante complejo por cierto, porque no parecen probables las repetidas nupcias de santa Ana. Después del Concilio de Trento, que desautorizó las tradiciones legendarias, paralelas a la Sagradas Escrituras, esta genealogía fue desestimada.

3.- José, esposo de María:

Había entre las vírgenes consagradas al servicio del Templo de Jerusalén, una joven llamada María. Sus padres, Helí y Ana, que vivían en Galilea, habían sido favorecidos por Dios con su nacimiento cuando ya creían ser estériles. En agradecimiento, la presentaron a la edad de cinco años para que sirviera al Señor en el Templo.

Cuando María llegó a la edad núbil, su padre Helí había ya descansado en el Seno de Abraham. Decidió el Sacerdote responsable de las vírgenes

consagradas, que María fuera desposada con un judío virtuoso, y recayó la elección en José, que se hallaba a la sazón en Jerusalén. José era judío, de unos treinta años y su casa en Nazaret no estaba lejos de la familia de María, que también eran judíos habitantes en Galilea.

Se celebraron los desposorios en Jerusalén, en la casa de Dios, ante la familia de José y la madre de María, y ambos esposos volvieron a Galilea donde, según la costumbre, fueron a vivir cada cual a la casa de sus padres, hasta el momento en que se celebraran las nupcias. Ambos esposos habían acordado permanecer vírgenes incluso después de que se consumara legalmente el matrimonio.

COMENTARIO:

Nacimiento de la Virgen María:

Hemos admitido como probable, la estancia de la Virgen María entre las vírgenes consagradas al servicio del Templo, entre los cinco años (algún apócrifo lo cifra en los tres años) y los 12 o 13 años en que llegara a la pubertad. Sus padres son llamados comunmente Joaquín y Ana, aunque ya hemos explicado la denominación «Helí» que se desprende del evangelio de san Lucas. Transcribimos de la obra «El Santo de cada día» de Edelvives, citada en la bibliografía, un fragmento del texto correspondiente a santa Ana (26 de Julio):

«... El Señor, que preparaba a María una madre conforme a su dignidad, escogió igualmente al varón dichoso que había de ser su padre. Era Joaquín natural de Galilea, de la casa y familia de David. El fue (dice san Juan Damasceno) el que mereció recibir en matrimonio a Ana, mujer escogida por Dios y adornada de las más excelentes virtudes, cuando apenas contaba veinticuatro años ...»

«... *Eran ambos justos a los ojos de Dios* (dice san Lucas hablando de los padres de san Juan Bautista), *guardando como guardaban todas las leyes del Señor irreprensiblemente*. ¿Podían ser de otra manera los padres de la augusta Madre de Jesucristo, Hijo de Dios?. San Jerónimo dice también que eran en extremo caritativos con sus bienes ...»

Dice la tradición que llegaron a edad avanzada sin tener descendencia, por lo que sufrían y rogaban a Dios para que algún día su esterilidad fuera remediada. Todos los descendientes de David,

deseaban tener, a su vez sucesión, y aspiraban en su fuero interno ser progenitores del Mesías. Nuestro Señor escuchó sus oraciones, y les envió por medio de un ángel (probablemente Gabriel) la promesa de una hija, «que sería objeto de predilección de Dios, y veneración de los ángeles». ¿Qué otra cosa se podría decir de la que iba a ser concebida Inmaculada?.

Sobre el lugar del nacimiento de María hay importantes discrepancias. En Jerusalén, junto a la piscina Probática existe una «iglesia de Santa Ana» en la que se venera el nacimiento de María Virgen. Sin embargo la tradición que apunta a Nazaret, o incluso más probablemente Séforis, es muy importante. La visión de Catalina Emmerich no aclara mucho las cosas, porque sitúa la casa cerca de Nazaret, y sin embargo, sus habitantes aparecen continuamente en el Templo de Jerusalén, es decir, algo parecido a lo que ocurre con algunos de los Apócrifos.

Si debemos tomar partido, podemos pensar ciertamente que residían en Galilea, siendo judíos como otros muchos habitantes de la región, y en todo caso la casa de santa Ana en Jerusalén pudo ser su residencia al enviudar, estando María consagrada en el Templo; como se ve en el plano, la iglesia de Santa Ana está cerca de donde estaba el muro norte del Templo.

En el capítulo presentación, ya explicamos las tres alternativas posibles sobre el lugar donde nació la Virgen María. Las recordaremos brevemente:

Nació en Nazaret o posiblemente en Séforis. Allí se desposó con san José, que vivía en Nazaret y trabajaba como artesano. Antes de la Boda se le apareció el arcángel san Gabriel.

Nació en Jerusalén, en la llamada casa de Santa Ana, cerca de la Piscina Probática. Estuviera o no en el servicio del Templo, fue desposada con san José y se trasladó a Nazaret, donde vivió, antes de la Boda, en la casa en la que se le apareció el arcángel san Gabriel.

Nació en Nazaret o en Séforis, y a los cinco años fue

consagrada al servicio del Templo. Tras la muerte de su padre (Joaquín o Helí) su madre se trasladó a Jerusalén para estar cerca de ella (la casa estaba al lado del templo). Allí fue desposada con san José, y María, con su madre, volvió a Nazaret, a la casa donde recibió, como hemos dicho, la Anunciación del ángel.

Desposorio con san José

María debía desposarse al llegar a la pubertad, y este desposorio, en una joven consagrada, debía ser propiciado por el Sumo Sacerdote. Existen muchas tradiciones sobre esta cuestión, pero ya las hemos descartado anteriormente en el capítulo Presentación, por esto vamos a suponer que José es elegido por ser soltero, y de una edad adecuada. La Venerable de Agreda cifra en treinta y tres años la edad de José, pero pensemos que la Ley Judía situaba en 24 años el límite de edad para desposarse con una doncella (Ricciotti, punto 231), no es descartable por tanto, que fuera incluso más joven.

¿Por qué sería escogido san José?. La Providencia pudo valerse de cualquier medio, incluso extraordinario, pero probablemente debió ser, como hemos dicho, un hecho discreto y alejado de notoriedad. Si pensamos en el hecho evidente de que ambos eran descendientes de David y, según pensamos, sus familias vivían en Nazaret, parece razonable la elección. Sólo Dios sabe, además, de qué medios se valió para que el Sumo Sacerdote, o sus ministros pudieran conocer a José y saber de sus virtudes. La Venerable de Agreda dice que José se encontraba en Jerusalén, sin aclarar por qué, por esto lo hemos descrito así.

Los desposorios se debieron celebrar en el Templo, donde aún estaba María, ante el Sacerdote y ante los familiares que como hemos explicado en el capítulo Introducción, solían concertar las condiciones de la unión matrimonial. Por esto, suponiendo aún viva a la madre de la Virgen, que probablemente habitaba en la casa que se venera junto a la piscina Probática, hemos descrito la escena con santa Ana presente. Más difícil es conocer la presencia de los familiares de san José (no sabemos si vivía aún su padre, Jacob).

Finalmente, el voto mutuo de virginidad, que no podía ser sin consentimiento previo de ambos contrayentes, lo hemos situado en este momento. Por supuesto, como ya se ha dicho, hubo de ser conocido únicamente por Ellos; nadie tenía derecho a saberlo y por tanto son rechazables todas las creencias que, basadas en los Apócrifos, ponen en conocimiento del Sumo Sacerdote la existencia del matrimonio virginal, y el posterior embarazo de María.

4.- Isabel, prima de María, concibe un hijo:

A poca distancia al suroeste de Jerusalén, en una ciudad de la montaña de Judea denominada Ain Karem, vivía Zacarías, sacerdote del Señor, *del turno de Abías, casado con una mujer llamada Isabel, descendiente de Aarón* (Lc 1, 5) y pariente de María, la esposa de José. Isabel era estéril, y ambos de edad avanzada, pero Zacarías recibió de parte del Señor la promesa de engendrar un hijo, que sería el Precursor del Mesías. *Días después concibió su mujer Isabel, y estuvo retirada durante cinco meses, y se decía a sí misma: Así me ha favorecido el Señor al dignarse poner sus ojos en mí para quitar lo que era motivo de ignominia entre los hombres.*(Lc 1, 24 - 25).

COMENTARIO:

María Virgen tenía, como se ve, parientes también en Judea. Su madre santa Ana, tenía según se cree, una hermana llamada Hismeria, madre a su vez de santa Isabel (Ver NOTA 2). Isabel estaba casada con Zacarías, sacerdote del templo de Jerusalén. Este, pertenecía al turno de Abías, que era el octavo de los 24, que desde los tiempos de David, se distribuían en el servicio semanal del Templo (1 Cr 24-19).

Vivían ambos esposos en una pequeña localidad muy cercana, al suroeste de Jerusalén. No hay una seguridad absoluta, pero se cree que se trataba de la denominada «Ain Karem» (fuente del viñedo), que hoy es casi como un barrio de la Jerusalén moderna, pero distante unos 6 Km. de la puerta de Jafa, junto al que fue el palacio de Herodes el Grande. Zacarías, durante el tiempo de su servicio, residía toda la semana en el Templo, y después podía ir a su casa, como se ve, a poco más de una hora de camino. En el texto de la vida de san José, para no apartarnos del hilo narrativo principal, hemos resumido mucho la referencia al nacimiento de san Juan Bautista. El evangelio de san Lucas describe la promesa del Pre-

cursor con bastante más detalle, por esto lo vamos a transcribir aquí, fuera del texto, a fin de comentar las circunstancias que nos pueden ilustrar:

«5 En tiempo de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, casado con una mujer llamada Isabel, descendiente de Aarón.

6 Ambos eran justos a los ojos de Dios, observando irrepreensiblemente todos los mandamientos y disposiciones del Señor.

7 Y no tenían hijos por ser Isabel estéril y ambos de edad avanzada.

8 Ejerciendo él su ministerio sacerdotal delante de Dios, según el turno a que pertenecía,

9 le tocó en suerte, conforme al ceremonial litúrgico, entrar en el santuario del Señor para ofrecer el incienso.

10 Y todo el pueblo aglomerado permanecía fuera, en oración, durante la oblación del incienso.

11 Y se le apareció un ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso.

12 Al verlo, Zacarías se turbó y el miedo se apoderó de él.

13 Mas el ángel le dijo: Serénate Zacarías, pues tu oración ha sido atendida; y tu mujer Isabel te dará un hijo, a quien pondrás el nombre de Juan;

14 y será tu gozo y tu alegría, y su nacimiento será motivo de regocijo para todos.

15 porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni licor alguno, y estará lleno del Espíritu Santo, ya desde el seno de su madre,

16 y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor, Dios de ellos;

17 y caminará delante de El revestido del espíritu y del poder de Elías, para establecer la concordia entre los padres y los hijos (Mal 4, 5-6) e infundir en los contumaces la cordura de los buenos, preparando así al Señor un pueblo debidamente dispuesto.

18 Dijo Zacarías al ángel: ¿Cómo podré cerciorarme de esto? Porque yo soy viejo y mi mujer de edad avanzada.

19 Le respondió el ángel: yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios y he sido enviado a hablarte y a darte esta grata noticia.

20 Pues bien, estarás en silencio y sin poder hablar hasta el día en

que se cumplan estas cosas, por cuanto no has dado fe a mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo.

21 El pueblo estaba aguardando a Zacarías y se extrañaba de que se demorase tanto en el santuario.

22 Y cuando salió no podía hablarles, por lo que comprendieron que había tenido alguna visión en el santuario. Y él les hablaba por señas, pues se había quedado mudo.

23 Cuando acabó el tiempo que tenía de servicio, se marchó a su casa.

24 Días después concibió su mujer Isabel, y estuvo retirada durante cinco meses, y se decía a sí misma:

25 Así me ha favorecido el Señor al dignarse poner sus ojos en mí para quitar lo que era motivo de ignominia entre los hombres.» (Lc 1, 5-25).

El ministerio más honroso de los Sacerdotes que ejercían el turno, era el de quemar el incienso sobre el altar de los perfumes, situado en el centro del «Sancta», delante del velo que cerraba el «Sancta Sanctorum». Los sacerdotes ofrecían el holocausto todos los días, mañana y tarde, y entretanto el pueblo esperaba fuera. A Zacarías, pues, le había correspondido entrar en el Tabernáculo aquel día, y allí se le apareció el arcángel Gabriel.

En la localidad de Ain Karem se veneran dos casas, sobre las que se han edificado sendas iglesias. Dentro de la zona urbana está la iglesia de san Juan, que se supone la casa de Zacarías, y en ella se cree nació Juan Bautista. Hay otra iglesia, en lo alto de una colina cercana, que se llama de la Visitación. Se supone que Isabel se refugió allí durante el embarazo, ya que como dice san Lucas, estuvo retirada porque «era motivo de ignominia entre los hombres»; allí también se produjo, probablemente, la Visitación de María Santísima a su prima santa Isabel. En el punto 7, con motivo de este episodio, volveremos sobre el tema.

5.- Y el Verbo se hizo carne:

Cuando ya Isabel estaba en el sexto mes, fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Y entrando donde ella estaba, la saludó así: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es

contigo. Ella al oír estas palabras , se turbó y empezó a pensar qué significaba este saludo.

Le dijo el ángel: No temas María, pues has hallado gracia a los ojos de Dios. Por eso concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Este será grande y llamado hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.

Dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? El ángel contestó: El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por esto el que nacerá de ti será santo e hijo de Dios. Mira, ahí tienes a tu prima Isabel que en su vejez también ha concebido un hijo, y la que tenían por estéril está ya en el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible. Replicó María: He aquí la esclava del Señor, cúmplase según tu -palabra-. Y el ángel desapareció de su presencia. (Lc 1, 26 - 38).

María guardó estas cosas en su corazón y nada dijo a su esposo, con el que no convivía pues no se habían celebrado las nupcias, y tomó la decisión de encaminarse pronto a Ain Karem para atender a su prima Isabel hasta el nacimiento de su hijo.

COMENTARIO:

María desposada con José, vive en su casa de Nazaret, probablemente con su madre, santa Ana. Aún no se han celebrado las nupcias; san José por su parte vive a su vez en su casa paterna donde ejerce de carpintero (y tal vez de herrero), y con alguna frecuencia se ausenta para realizar trabajos en otras poblaciones. Es en este contexto cuando se produce la Anunciación, y la Virgen recibe la visita del Arcángel Gabriel.

No lo dice propiamente el evangelio, pero esta visita del ángel ocurre, como hemos dicho, en la casa donde María vivía con su madre. Esta casa es objeto de veneración, como se sabe, en la propia Nazaret, y también en Loreto, en Italia. En efecto, en las poblaciones pequeñas de Galilea, como Nazaret, edificadas sobre una ladera, la mayor parte de las viviendas se construían sobre grutas, naturales o excavadas, a las que se añadía una parte de obra convencional.

Como ya se ha explicado en el capítulo introducción, en Nazaret existe una gran basílica, la de la Anunciación, edificada sobre la casa en la que vivió la Virgen María. En la cripta se venera la cueva, es decir, la parte subterránea de la casa.

Respecto de la parte edificada, ésta se venera en Loreto. En efecto, dice una arraigada tradición, que la casa de Nazaret (la de la Anunciación) fue transportada desde Galilea a la población de

Loreto, en Italia, por una acción milagrosa realizada por ángeles, que en 1291 efectuaron la traslación bajo la atenta mirada de la Virgen María. La autenticidad del hecho es discutida por algunos, porque piensan que Dios no hace milagros inútiles, es decir, aceptan que los milagros son posibles, pero necesitan que se vea claramente por qué nuestro Señor realiza tal acción. Respecto a esto hay que decir que, aunque es cierto que Dios no «suele» hacer milagros innecesarios, la realidad es que no somos nosotros quienes hemos de juzgar su oportunidad.

De todas formas, para los reticentes, existe una versión menos extraordinaria del hecho, según la cual, las piedras habrían sido transportadas en naves, por los cruzados, al abandonar definitivamente Tierra Santa. Tal es la acción evocada por una Xilografía del siglo XVI que adjuntamos: Obsérvese la imagen de la Virgen con el Niño, contemplando el viaje desde una nube. Hoy se sabe que tales piedras son muy probablemente de Nazaret, y de la época, por lo que su autenticidad es perfectamente creíble.

Dice María «... *no conozco varón* ...». Esta frase resulta incomprendible si no se tienen en cuenta las costumbres judías en las ceremonias nupciales, pero hoy sabemos que entre el desposorio y las nupcias transcurría un tiempo de incluso varios meses. María, por tanto, no ha convivido con José porque, además, viven ambos esposos en casas diferentes. Y esto es tan así, que la Virgen tampoco le dice nada a san José sobre el anuncio del ángel, cuyas consecuencias le afectan sin ninguna duda.

Como veremos, José la recibirá más tarde en su casa, es decir una vez celebrada la boda. Ya relataremos no obstante, que entretanto María visitará a su prima Isabel; y esta separación de su esposo tendrá una importancia notable. Por esto, en la narración de la vida de san José, hemos indicado la decisión de María, que toma en el acto mismo de la Anunciación, de visitar a su prima Isabel lo más pronto posible.

6.- La Boda de José con María:

Antes de la partida de María hacia Ain Karem, decidieron celebrar la Boda en Nazaret a fin de que el desposorio fuera ya completo. Carentes de

hacienda y riquezas, este fue un acto familiar sencillo, que duró solamente una jornada, pero José y María quedaron unidos ante Dios con absoluta plenitud legal. Solamente ellos conocían su determinación al matrimonio virginal, y ambos esposos guardaban en silencio esta decisión.

COMENTARIO:

No dicen los evangelios cuándo se celebraron las nupcias entre José y María. Por esta razón, y por lo que ocurrirá al observar José el embarazo de María, probablemente al volver de la Visitación, los comentaristas han debatido mucho sobre el momento de dichas nupcias. Muchos creen, y no es inverosímil que fuera entonces, tras la aceptación de José (al que se le aparece un ángel en sueños), cuando se celebró la boda.

A nosotros nos cuesta un poco admitir la posibilidad de que María quede en entredicho. Según el escritor Ricciotti no era infrecuente que los desposados, antes de las nupcias, tuviesen contacto conyugal (de hecho ya eran esposos), pero en todo caso era considerado una irregularidad. Es posible, por tanto, que esta irregularidad pudiera ser atribuida a José y María, pero nosotros, aceptando no obstante que Dios pudo permitirlo así, hemos buscado una alternativa.

Alternativa 1: La boda se celebra antes.

La Boda (modesta, de un solo día sin duda) podría haberse celebrado antes del viaje a Ain Karem. Los esposos pudieron decidirlo, o tal vez providencialmente estaba previsto así, poco antes de la separación de tres meses que ahora se presenta. El único problema que parece plantearse se centra en la necesaria convivencia previa de los esposos, tras la boda, antes de la partida de María hacia la Visitación. Naturalmente esta convivencia, aunque fuera breve, debería existir para asegurar una posibilidad aparente de consumación matrimonial. Sólo ellos conocerían la verdad. Pero queda claro que cuando, tres meses más tarde, José «recibe» en su casa a María, esta recepción se refiere a que acepta la concepción divina de su esposa, porque entrar propiamente en la casa ya lo habría hecho en la boda, y durante los pocos días que durara la preparación del viaje.

Al volver de Ain Karem, a nadie pudo extrañar la gravidez de María, casada antes del viaje. Solamente José se sorprende, y es necesario que por medios extraordinarios conozca la acción del Espíritu Santo. En el punto 8, volveremos sobre ello.

No obstante, la boda entre José y María debió de ser discreta, y con una celebración modesta como correspondía a su estatus social. Las bodas entre judíos, incluso en las zonas rurales, se celebraban con un convite que, en familias ricas, duraba varios días. De todas formas, aunque en familias más modestas podrían ceñirse a una sola jornada, lo cierto es que el banquete era lo más espléndido que los familiares de los esposos podían permitirse. Recordemos las bodas de Caná (Jn. 2, 1 - 11), en las que la Virgen María estuvo invitada, con Jesús: cuando faltó el vino, nuestro Señor convirtió más de doscientos litros de agua en vino, y hay que contar con que no sabemos cuantos litros se habían gastado hasta entonces; ¡es mucho vino!

Sin duda la boda de José con María fue más íntima, y probablemente no hizo falta tanto vino, pero no hay ninguna razón para pensar que fuera una celebración distinta de las habituales. Recordaremos un fragmento de «Vida de Jesús, evangelios concordados», en el comentario correspondiente a la Parábola de las diez vírgenes (pág. 303):

«Cuando entre los judíos se celebraba una boda, al llegar la noche iba el consorte, con sus compañeros, a buscar a la esposa a casa de sus padres; y ella les seguía con sus compañeras, las diez vírgenes de la parábola. Así ordenado el cortejo, se ponía en marcha muy alegre al resplandor de las lámparas. Llegados al lugar donde se celebraba el banquete, entraban los invitados, se cerraba la puerta y empezaba el festín».

Pues bien, transcurrido dicho festín, se volvían a reunir ambos cortejos, y al son de los instrumentos populares en uso, acompañaban a los esposos hasta la casa del esposo, que «recibía» a la esposa. Si la casa del esposo era lo suficientemente grande, se celebraba el banquete allí, y entonces el cortejo acompañaba a los esposos hasta la alcoba. Las casas modestas no podían tener al-

coba, porque constaban de una sola pieza que servía para todo, y en todo caso, la parte subterránea o excavada serviría de almacén. Por esto el esposo debía recibir a una esposa que venía de fuera. De la casa de san José, el «taller de Nazaret» volveremos a hablar en el punto 9.

Es por todo esto que hemos hecho especial hincapié en que esta celebración, en la boda de José con María, debía celebrarse necesariamente antes del viaje a Ain Karem, y cumplir con la ceremonia de la recepción del esposo. Sólo de esta forma quedaba a cubierto la reputación de la Virgen María.

Es por todo esto que hemos escogido una versión en que esta celebración, en la boda de José con María, debía celebrarse necesariamente antes del viaje a Ain Karem, y cumplir con la ceremonia de la recepción del esposo. Sólo de esta forma quedaba a cubierto la reputación de la Virgen María. Finalizada la boda, y probablemente tras unos pocos días de preparación del viaje, María debió ir a visitar a su prima Isabel, donde pasa tres meses hasta el nacimiento de Juan Bautista.

Alternativa 2: La boda se celebra después.

En este caso, tomaríamos al pie de la letra la frase de san Lucas «... *Por aquellos días, María se puso en camino, dirigiéndose presurosa ...*» (Lc 1, 39). En efecto, María tras la Anunciación pudo haberse marchado presurosa, antes de que se celebraran las nupcias. Naturalmente José ignoraba en todo momento que la Virgen acababa de concebir virginalmente a nuestro Señor, por obra del Espíritu Santo.

Las consecuencias que podría tener esta versión, serán comentadas en la nota correspondiente al punto narrativo 8.

7.- El viaje a Ain Karem:

Por aquellos días, María se puso en camino, dirigiéndose presurosa a la montaña, -a la ciudad de Ain Karem-. Y entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos de gozo en su seno, y quedó Isabel llena del Espíritu Santo. Y exclamó en alta voz: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que venga la madre de mi Señor

a mi casa? Porque, fíjate, al percibir tu saludo, el niño ha saltado de alegría en mi seno. Dichosa la que creyó que se cumplirá cuanto se le ha anunciado de parte del Señor.

Luego exclamó María: Mi alma glorifica al Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque puso sus ojos en la humillación de su esclava. Pues bien: desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones; porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo;

Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón; ha derrocado de su trono a los potentados y ensalzado a los humildes; ha colmado de bienes a los indigentes y despedido a los ricos con las manos vacías. Ha tomado bajo su amparo a Israel su siervo, conforme a los planes de su misericordia, como lo había anunciado a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre jamás.

María permaneció con ella como unos tres meses y se volvió a su casa (Lc. 1, 39 - 56). Entretanto Isabel dio a luz al hijo de Zacarías, al que éste puso el nombre de Juan.

COMENTARIO:

Como hemos visto, en esta primera versión, se ha supuesto que la Virgen María parte hacia Ain Karem muy poco después de la boda. En «Vida de Jesús» al referir la Visitación de María a Isabel, se planteó la disyuntiva sobre la presencia o no de san José en este viaje: «La Virgen, para visitar a santa Isabel, recorrió más de 150 Km. desde Nazaret hasta Ain Karem. Nada se dice de san José y no consta que la acompañara en el viaje. Más bien es creíble que, no habiendo convivido según se desprende de la narración de san Mateo, hiciera el viaje sola, probablemente incorporándose a alguna de las muchas caravanas que se debían desplazar desde Galilea a Jerusalén. Hay quien supone no obstante, que san José, desposado ya con María, hizo el viaje como acompañante siendo hospedado por Zacarías.»

Según esto, y puesto que en este caso, hemos considerado probable la celebración de las nupcias antes del viaje, parece que debiéramos decantarnos por la segunda opción, es decir: san José habría acompañado a la Virgen María a Ain Karem. Sin embargo, la opción primera, no sólo no es descartable, sino que, si se piensa bien, sigue siendo la que más probabilidades tiene de ser cierta. En efecto, la Virgen se desplaza por tres meses, y va a atender a su prima, segu-

ramente hasta el parto. San José no sólo no puede ayudar en esto, sino que al estar tanto tiempo fuera de Nazaret, quedaría desatendido su trabajo como artesano.

Sobre esta cuestión conviene reflexionar un poco, porque como veremos, los galileos se desplazaban con alguna frecuencia a Jerusalén para las celebraciones religiosas. Esto era particularmente generalizado en la Pascua, aunque había también otras, como los Tabernáculos, la Dedicación, o Pentecostés. Ya se explicó en el capítulo de Introducción que los viajes en caravana (a pie o en asno) desde Galilea a Jerusalén duraban cuatro o cinco días, y dado que las celebraciones eran de una semana (desde la fiesta hasta la octava), la ausencia de sus casas y de sus ocupaciones sería de unos quince días como máximo.

Esto, que siendo una vez al año, tampoco resultaría difícil de asumir en la forma de trabajar que tenemos en nuestro tiempo, era también perfectamente normal en tiempo de Cristo. Pero ningún artesano podría ausentarse por tres meses, sin tener consecuencias en su trabajo. Ya veremos, en su momento, que cuando José y María se desplazan a Belén, donde va a nacer Jesús, lo que pretenden casi con seguridad, es establecerse definitivamente allí, al lado de Jerusalén, donde sin duda no le iba a faltar trabajo al santo carpintero. Después, como sabemos, ha de salir de allí, huyendo de Herodes; no lo hace voluntariamente, y desde luego su labor de artesano sufrirá las consecuencias de estos desplazamientos. Debemos concluir por tanto, que seguramente lo que se dice en «Vida de Jesús» sigue teniendo vigencia, aún después de la cronología de la boda que hemos adoptado en este opúsculo, de la que estamos contemplando también dos alternativas.

María, pues, debió incorporarse a alguna caravana hacia Jerusalén. No era anormal que una mujer viajara sola en aquel tiempo, porque las caravanas ofrecían una cierta seguridad. No es que los caminos fueran realmente seguros; había asaltantes que podían atemorizar a los viajeros aislados. Pero generalmente se viajaba en caravana, y en ellas existía un código no escrito, que permitía a los viajeros agruparse por familias, amistades, etc. Las mujeres no viajaban realmente solas, porque se agrupaban y, además, entre judíos, el respeto a las mujeres era una norma más de la Ley. María,

pues, pudo ir a visitar a su prima sin la compañía de su esposo, como pensamos, y así se ha escrito en esta vida de san José.

La Virgen María llega a Ain Karem, es recibida primero por Zacarías, que la acompaña al lugar en el que estaba retirada Isabel, y se produce la extraordinaria escena que describe san Lucas: «Al oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos de gozo en su seno, y quedó Isabel llena del Espíritu Santo». Después, Isabel, la esposa del sacerdote Zacarías le dice, a la que viene a servirla: «... ¿Quién soy yo para que venga la madre de mi Señor a mi casa? ...»

La clarividencia profética de Isabel, es contestada por el cántico, también profético de la Madre de Dios: «... Mi alma glorifica al Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque puso sus ojos en la humillación de su esclava ...» No vamos a analizar el Magníficat con detenimiento, aunque sí nos permitimos recomendar su lectura contemplativa. Situémonos en la escena con los ojos de la imaginación y pensemos en la grandeza de lo que María ensalza, desde la bajeza en la que a sí misma se sitúa: «la humillación de su esclava»; es para ser meditado con devoción.

Después de este recibimiento, la Virgen María estuvo atendiendo a Isabel durante unos tres meses. Después de este tiempo, dice el Evangelista que María se fue a su casa; no dice propiamente si atendió a su prima en el parto. Es muy probable que, aunque en Ain Karem pudiera haber una matrona que ayudara a ello, la Virgen estuviera presente, colaborando o procurando aliviar los dolores de Isabel. Lo que sí parece claro es que cuando circuncidan a Juan Bautista, María ya no está. María vuelve a Nazaret, junto a su esposo José, a la espera del nacimiento del Hijo de Dios.

8.- A la vuelta de Ain Karem:

María volvió a Nazaret, junto a su esposo, mas el embarazo era ya evidente pues estaba en el cuarto mes. *José, su esposo, -ignoraba la causa, pero,- siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto.*

Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice:

«He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, y se le pondrá por nombre Emmanuel», que quiere decir «Dios con nosotros».

Al despertar de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa (Mt. 1, 19 - 24). María pues, abandonando su casa familiar, entró en la de José y se dispuso a ser la madre del Mesías.

COMENTARIO:

Hemos supuesto que José se sorprende, porque él no ha estado en Ain Karem. Esta circunstancia es la más verosímil y que, además, es fácil de comprender. San José recibe a la Virgen y descubre la preñez. Sólo él sabe que no puede ser por su causa, pero no le es posible creer en la culpabilidad de María. Por esto «... siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto ...».

San José al no «denunciar», deja de cumplir, según la Ley, con su obligación. Si el santo Patriarca hace esto, es porque no cree realmente culpable a María; no puede saber la causa, porque no le ha sido aún revelada la obra del Espíritu Santo, pero sin duda piensa que en la concepción de su esposa hay algo misterioso que sólo Dios conoce. Fijémonos que este *repudio en secreto*, si se piensa con detenimiento, en realidad implica que José deberá irse de Nazaret. ¿De qué manera si no, iba a ser secreto el «repudio»? No debía ser María, la madre, quien abandonara la casa, puesto que ello supondría el conocimiento público del hecho. Por esto queda claro que, en palabras de san Mateo, san José evita en todo momento que su esposa quede en entredicho.

Pero Dios no abandona al santo Patriarca, y le da a conocer por medios extraordinarios su planes: «... se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados ...» La explicación de ángel es muy clara: María ha concebido por obra del Espíritu Santo, en tanto que el hijo al que él, como Patriarca, pondrá el nombre de Jesús, salvará a su pueblo de los pecados, es decir, será el Mesías, Hijo de Dios.

1ª Alternativa: José y María ya estaban casados.

Y José recibió en su casa a su esposa María. Recordemos que en el comentario del punto 6, con ocasión de las nupcias, en la primera de las dos alternativas, debimos admitir que la recepción de María en casa de José se habría ya producido. Pero ahora, tiene un carácter de «aceptación» de la voluntad de Dios: san José acepta la concepción virginal de María, su esposa y por esto la «recibe» nuevamente en su casa.

2ª Alternativa: La boda se celebra a la vuelta de Ain Karem.

Es creencia de muchos, que los santos Esposos pasaron por la maledicencia y las habladurías propias de las poblaciones pequeñas, al ser conocido el embarazo. Es cierto que las narraciones de los apócrifos en este sentido, son rechazables, pero no es imposible que se pensara que el hijo que esperaba María fuera fruto de una unión anticipada de los contrayentes ya desposados, pero antes de las nupcias.

También podrían haber sido las nupcias a la vuelta de Ain Karem, y sin embargo no ser conocido públicamente el embarazo de la Virgen María (estaba de tres meses). Es poco probable porque se habrían dado cuenta, al menos las mujeres de Nazaret. No obstante, si tenemos en cuenta que en realidad el nacimiento fue finalmente en Belén, cabe aún la posibilidad de que pasara desapercibido.

Finalmente, podemos considerar que san José, informado ya por el ángel, pudo hablar después con la Virgen María con naturalidad, sobre la altísima misión que Dios les ha confiado. En el punto narrativo siguiente analizaremos brevemente esta cuestión.

9.- José y María en Nazaret:

José, después de recibir en su casa a María, aceptando el altísimo encargo de ser el padre del Mesías, siguió trabajando en su labor de artesano, en Nazaret y en los alrededores, llegando su trabajo hasta la ciudad de Séforis, en la que debía realizar obras en hierro y en madera, ayudando en las importantes construcciones de esta populosa urbe.

Siempre que sus actividades se lo permitían, acudía José a la pequeña sinagoga de Nazaret en los días de la semana que no eran preceptivos, y escuchaba con atención las lecturas de los Profetas, que señalaban al Mesías, del que él mismo iba a ser padre en la tierra.

COMENTARIO:

José y María inician su vida matrimonial en común: acaba de fundarse la Sagrada Familia. María atiende la casa y José trabaja en su pequeño taller.

José es un carpintero muy bueno y un herrero magnífico. Ya hace años que se ha ganado una buena reputación en Nazaret y sus alrededores, y su ámbito de trabajo se extiende por la región llegando incluso a la cercana capital, Séforis. Los artesanos de la época trabajaban también en la construcción de edificios, en los que la madera intervenía, no sólo en la carpintería clásica, sino que en los edificios importantes tenía una función estructural. Hemos de suponer que san José pudo intervenir en este tipo de obras, como artesano realmente cualificado; no sería lógico que sus virtudes morales, que por la gracia de Dios poseyó en grado sumo, quedaran al margen de su trabajo profesional.

El trabajo de san José, que contemplamos, tiene para nosotros, un valor de ejemplo que nos puede hacer mucho bien. También para él y para la Santísima Virgen, su esposa, debió de ser motivo de santificación, pero lo principal de la vida de san José, no es propiamente su trabajo, sino su función patriarcal que habrá de culminar con el nacimiento de Nuestro Señor. José y María se preparan para ello durante los cinco meses que aún faltaban para el virginal parto, y su vida cotidiana en la pequeña villa de Nazaret transcurre dentro de la más absoluta normalidad. Salvo el natural reflejo de sus extraordinarias virtudes, que sin duda debió ser perceptible, nada debió trascender exteriormente de la elevadísima misión que Dios Padre les había confiado.

La vida social en Nazaret, como en casi todas las poblaciones judías de la época, se centraba primordialmente en la Sinagoga. Los Judíos se reunían en ella para rezar, recibir instrucción religiosa y también para realizar obras de caridad, en ayuda de los más necesitados.

También José y María debieron asistir regularmente a la pequeña sinagoga que había en Nazaret. Sabemos de su existencia por

los tres evangelios sinópticos (Lc 4, 16; Mt 13, 54; Mc 6, 2), pero sin duda debía ser de dimensiones muy modestas. De esta Sinagoga no existen restos arqueológicos, a diferencia de la que se venera en Cafarnaum, sin duda mucho más importante que la de Nazaret, pero el dibujo y la descripción adjuntos son igualmente válidos para entender su funcionamiento.

Como explica esta descripción, aunque sólo era obligatoria la asistencia en Sábado, los judíos piadosos (y en este caso, los Galileos de ascendencia judía) asistían también los Lunes y los Jueves. Por esto, y dada la plenitud de Gracia del Santo matrimonio de José y María, debemos dar por cierto que acudirían siempre que les fuera posible. La única salvedad que podemos contemplar, se podría deber, por parte de san José, a su trabajo. En efecto, se ha supuesto que san José pudiera ser solicitado para trabajar en poblaciones más o menos cercanas a Nazaret (se suele mencionar Séforis, a sólo diez o doce kilómetros), y esto podría naturalmente impedirle su asistencia a la Sinagoga en los días no obligatorios. Podemos contemplar, entonces, a la Virgen María orando piadosa y místicamente por los dos.

¿Cómo sentirían en sus corazones las lecturas proféticas de las Sagradas Escrituras?. Ellos se sabían padres del Mesías y es verdaderamente inenarrable el gozo interior que ello les debía causar. Para intuirlo, aunque sea vagamente, pensemos en santos místicos como santa Teresa o san Juan de la Cruz. José y María, conscientes de su misión, pero ignorando aún sus circunstancias, debieron poner toda su confianza en la Providencia, como así se ha visto ya, pero aunque hablaran de ello en la intimidad de su hogar, sin duda debió de ser bastante menos de lo que nosotros solemos pensar. Probablemente lo harán más tarde, y siendo ya Jesús mayor de edad, como veremos más adelante.

10.- Se anuncia un censo:

En aquel tiempo salió un edicto de César Augusto mandando empadronar a todo el mundo. (Lc 2, 1). En Nazaret se recibió la noticia, que se hizo pública en la sinagoga cuando María ya estaba en el octavo mes. José y María oyeron el anuncio y volvieron a casa pensando lo que convenía hacer, porque José, de la casa de David, debía empadronarse en Belén, en la Judea junto a Jerusalén.

Le dijo José a su esposa: **Mujer, conviene que vayamos a Belén antes de que nazca el Niño. Respondió María a su esposo: -José, ya sabes que no es necesario que yo vaya, pero sea como tú dices- José, inspirado por el Espíritu Santo, pensó en su corazón: «Nuestro hijo Jesús será el Mesías, debe nacer en la Ciudad de David. Somos judíos, y Dios se sirve de este edicto para que cumplamos lo dicho por los Profetas». José le explicó a María todos sus pensamientos, y ambos decidieron trasladarse a Belén, el pueblo de los antepasados de José, para establecerse allí cuando naciera el Niño. Enseguida comenzaron los preparativos para el viaje.**

Este empadronamiento primero, tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria. E iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. (Lc 2, 3 - 3). José reunió todo lo que tenían y compró un asno para hacer el viaje; en él descansará María pero también servirá para trasladar los enseres que José y María necesitarán para establecerse en Belén.

COMENTARIO:

El censo de Augusto:

Este censo descrito en el evangelio de san Lucas, tiene una enorme trascendencia como dato histórico. Así se comentó en nuestra «Vida de Jesús» y para orientar al lector lo vamos a explicar brevemente.

En el Imperio Romano existía una administración muy perfeccionada para la época, y a fin de controlar a los súbditos y ajustar el cobro de impuestos, se realizaban periódicamente censos de la población así como de sus bienes y patrimonio. Se sabe por el historiador Flavio Josefo, que Roma realizó un importante censo en el año 6 de nuestra era y que duró hasta bien entrado el 7. Este censo no puede ser el del evangelio, porque como se sabe, Jesús no nació en el año cero de nuestra era (que no existió, en realidad, porque se pasa de -1 a +1 en el cómputo) sino que se calcula fue alrededor del año -6. Volveremos sobre ello con ocasión de la matanza de los santos Inocentes.

Lo cierto es que si, como se cree, la periodicidad de dichos censos era de unos doce o catorce años, evidentemente debió haber uno en el tiempo mencionado por san Lucas. Obsérvese que el propio evangelista afirma que se trata de un «... empadronamiento primero ...», porque sin duda debió conocer el que se produjo después y que describe Josefo, y que al parecer tuvo una gran impor-

tancia con vistas al control de bienes de las persona censadas (Ant. Jud. 18, 1-10 y 18, 26-27).

Pero este censo, además, tuvo una trascendencia especial en la obra de la Providencia. En efecto, por medio de él, el nacimiento de Jesús se produjo en Belén, la cuna del rey David, de cuya estirpe había de nacer el Mesías. Sabemos por la narración de san Lucas, que José y María fueron allí, a empadronarse, y que fue precisamente al llegar cuando tuvo lugar el Nacimiento, y esta circunstancia no se produjo por casualidad. Veamos por qué.

Lo que más llama la atención es que María tuviera que hacer el viaje, siendo José el cabeza de familia, y teniendo en cuenta, además, la circunstancia del embarazo. Podrá aducirse que san José no quiso dejar sola a la Virgen, que se hallaba próxima al parto, pero esto no parece demasiado razonable debido a la propia dureza del viaje. En este caso, es más creíble que san José pudiera haber esperado al nacimiento del Niño, antes de su partida, porque sin ninguna duda los plazos para cumplir con la Administración romana debían permitirlo. En el censo que describe Josefo, se habla de un tiempo bastante largo, tal vez un año.

Nosotros nos hemos inclinado a pensar que san José llevó consigo a la Virgen María, con la decisión de trasladarse a vivir allí, aprovechando para ello la ocasión del censo. Es decir, Jesús habría nacido en Belén por expresa voluntad de Dios, que inspiraría la decisión de José, contando naturalmente con la aceptación de María. Cómo fue esta inspiración, no podemos saberlo porque, en esta ocasión, nada nos dice el evangelista; sí podemos pensar que Dios le inspira a san José esta determinación, ya que el santo Patriarca supedita siempre su propia iniciativa al cumplimiento fiel de la voluntad de Dios.

En nuestra narración hemos imaginado un pequeño diálogo entre los santos esposos, cuya brevedad no empece para que queden claros los motivos que impulsan este viaje, relatado por san Lucas.

Como se observa en la narración, hemos supuesto que el anuncio del censo, o edicto de empadronamiento, fue dado a conocer en la Sinagoga. Lo hemos creído así, porque no parece que entre los

judíos existiera la institución medieval del «pregonero», máxime teniendo en cuenta que la Administración era cien por cien romana. Como hemos explicado, la Sinagoga era un centro «social» de reunión, y sin duda el mejor sitio para que las autoridades, puestas en contacto con los jefes locales consiguieran llegar a toda la población. El jefe de la Sinagoga, normalmente no era hostil a las autoridades romanas, porque podía ser destituido por éstas.

Preparativos del viaje:

Muchos artistas han representado este viaje a Belén, con María montada en un asno, conducido diligentemente por san José. Sin duda debió de ser así, porque para la Virgen, en el octavo o noveno mes del embarazo, un viaje de más de 140 kilómetros a pié no sería muy recomendable. Ya hemos explicado en el capítulo INTRODUCCION cómo realizaban sus desplazamientos los judíos, en tiempo de Jesús. La mayor parte de ellos iban andando en grupos más o menos numerosos, formando improvisadas caravanas; esto era lo habitual especialmente entre los galileos que iban por Pascua a Jerusalén. Eran muy pocos los que podían disponer de una cabalgadura, y ésta era normalmente un asno, de la raza que se denomina africana y que era de mayor tamaño y fortaleza que los que conocemos hoy en occidente.

Pero como ya hemos dicho, la posesión de un jumento era un verdadero lujo para la gente humilde de los pueblos de Galilea. Por esto hemos supuesto que José debió reunir todos sus bienes para comprarlo.

Hemos de pensar, y así podemos contemplarlo, que el animal debió ser especialmente útil para llevar sobre sus lomos la preciosa carga de María Santísima, embarazada de nuestro Redentor; pero también pudo haber servido para transportar los enseres que pudieron llevar a Belén los santos esposos.

Existe una conocida tradición sobre la presencia de un buey, junto al asno, en la cueva en la que nació Jesús. Hay quien cree que, de la misma manera que el asno pudo haber venido de Nazaret, con José y María, también el buey pudo haber tenido utilidad en el transporte de enseres, ya que el asno tendría como misión princi-

pal, como hemos dicho, el ser la cabalgadura de la Virgen María
¿Qué grado de fiabilidad tiene esta tradición?

El profeta Isaías escribió: «... el buey reconoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor ...» (Is 1, 3). Todos los comentaristas lo refieren al nacimiento de Jesús. Pero, además, examinando el libro de los Ejercicios de san Ignacio, en el punto 111 dice textualmente: «... será aquí, cómo desde Nazaret salieron Nuestra Señora grávida de quasi nueve meses, como se puede meditar píamente, asentada en una asna, y Joseph y una ancila, levando un buey para ir a Bethlém ...»

Naturalmente esto es una piadosa composición de lugar que hace san Ignacio, pero no deja de ser interesante comprobar que coincide con nuestro comentario. Fijémonos que además habla de una *ancila* (criada o sirvienta). Se comprende que san Ignacio interpreta este traslado como lo que hoy llamaríamos una «mudanza».

11.- El viaje a Belén, nace Jesús:

José y María se incorporaron a una de las caravanas de judíos que iban a empadronarse, e hicieron el viaje con las dificultades propias, al estar María encinta.

Al llegar a Belén, *estando allí, se cumplieron los días del parto* (Lc 2, 6). José no podía buscar alojamiento, pues no tenían casa y María no debía dar a luz en una sala común, por esto *no había para ellos lugar en la posada*. (Lc 2, 7). José y María se pusieron en manos de Dios, y encontraron una cueva natural que servía para recoger el ganado, entraron allí y María *dio a luz a su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre*. (Lc 2, 7).

Los esposos se dirigieron a Dios en acción de gracias, y se dispusieron a pasar la noche.

COMENTARIO:

El viaje de los santos esposos no debió ser especialmente penoso, salvo naturalmente los cuidados requeridos por la Virgen María, porque era un camino habitual para los judíos, y porque al viajar en caravana existía una compañía natural que añadía seguridad. Recordemos el comentario del punto 7, con ocasión del viaje de María a Ain Karem. Algo muy distinto contemplaremos en el episodio de la huída a Egipto, que debieron realizar en solitario.

Al llegar a Belén, a la Virgen María le llegó la hora del parto (...se cumplieron los días del parto... dice san Lucas), y debieron buscar un lugar adecuado para ello. Las hosterías de la época no disponían de habitaciones individuales, o en todo caso, había muy pocas; la mayor parte de los huéspedes se alojaban en grandes salas comunes, mientras los animales eran recogidos en un patio. Se ha dicho a menudo que habría mucha afluencia de viajeros, a causa del empadronamiento, y es posible que fuese así, pero ya hemos comentado que estos censos se realizaban a lo largo de bastante tiempo. Lo más probable es que José buscara una estancia discreta, simplemente porque «no había lugar» lo bastante íntimo en Belén. Así se acogieron en la Cueva que hoy se venera, y que debía ser refugio de animales, porque como sabemos, Jesús fue recostado en un pesebre.

Podemos suponer que San José buscaría encontrar un lugar para instalarse a vivir en Belén, como ya hemos explicado. Es decir, si hubieran estado en la posada, ello habría sido de modo provisional, a la espera de encontrar una vivienda digna, pero probablemente el Nacimiento se anticipó a ello, y por esto debieron alojarse en la santa Cueva. Si analizamos el texto de san Lucas con detalle, podemos observar que, en realidad no nos dice que «*se cumplieron los días del parto*» al llegar a Belén, sino «*estando allí (cum esset ibi)*» Es por tanto posible que sólo acudieran a la cueva para dar a luz, apartándose de los lugares concurridos. En cualquier caso, José y María sí debieron buscar una casa donde alojarse, después de nacer Jesús. Esto lo podremos estudiar en el punto narrativo 14.

Para explicar la cueva venerada en Belén, y su entorno, transcribiremos un fragmento de «Vida de Jesús, evangelios concordados» referente al mismo pasaje del Nacimiento:

«... Belén significa «casa del pan», es una pequeña ciudad, a ocho kilómetros al sur de Jerusalén. En la actualidad, debido al crecimiento de la ciudad nueva, no hay casi solución de continuidad entre ambas, salvo los controles y separaciones fronterizas debidos a los enfrentamientos judeo-palestinos. ...»

«No menciona el evangelio, propiamente la cueva. Dice simplemente que «*le envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre*». En

la zona hay bastantes grutas, y sin duda serían utilizadas para albergar ganado; de ahí la existencia del pesebre. De hecho la cueva de Belén se comunica interiormente con otras (ver plano), una de las cuales fue ocupada por san Jerónimo durante el tiempo en que estuvo viviendo allí, documentándose para escribir la Vulgata.»

«Como es frecuente en Tierra Santa, los Lugares que se veneran pertenecen a distintas confesiones cristianas, y así, la basílica de la Natividad es de titularidad ortodoxa, mientras que la mencionada de san Jerónimo, custodiada como es habitual por los franciscanos, ocupa los sótanos de la iglesia de santa Catalina, de culto católico.»

«Como casi todos los Lugares de Tierra Santa, Belén sufrió continuos ataques y destrucciones. Los primeros cristianos recordaron siempre con veneración el lugar donde nació Jesús, y así fue hasta que en el año 134 los romanos lo convirtieron en un bosque sagrado en honor de Adonis. Con los años, fue precisamente este culto a Adonis, que se corresponde con un culto anterior relacionado con el nacimiento de un dios, el que permitió el hallazgo. Se cree, que como en otros casos, esta acción paganizante de los romanos, ha permitido que perdurara en el tiempo la localización del lugar; en este caso la cueva de Belén.»

«La actual basílica, destruida y restaurada varias veces, es una de las más antiguas de la Cristiandad, y fue originariamente edificada por Constantino, y consagrada con la presencia de santa Elena. La última reconstrucción, realizada por los cruzados, data de 1169, aunque ha sido saqueada varias veces. Es curiosa la puerta de entrada, tan baja que es preciso agacharse, realizada para protegerla del acceso de invasores a caballo.»

En la narración, hemos finalizado el punto narrativo contemplando a los santos Esposos dirigiéndose en oración al Altísimo, dando gracias por el nacimiento del Salvador del mundo. Aquella cueva natural, que servía para albergar ganado, se convirtió en un instante en el Tabernáculo en el que acababa de hacerse presente la segunda Persona de la Santísima Trinidad. José y María, como sabemos, eran conscientes de ello y por esto, y por la Gracia que habían recibido, su oración debió de ser ciertamente sublime.

12.- Angeles y pastores:

Había en la región, -no lejos de la cueva donde estaban José, María y el Niño,- unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando el rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y les envolvió la luz de Dios y quedaron ellos sobrecogidos de gran temor. Díjoles el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría para todo el pueblo: os ha nacido, en la ciudad de David, un salvador que es el Mesías, el Señor. Esto tendréis por señal: encontraréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al instante se unió al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 8 - 14).

COMENTARIO:

San Lucas refiere un hecho extraordinario: Unos humildes pastores son anunciados por un ángel, del Nacimiento del Mesías. Ocurre a poca distancia, por la ladera abajo, en una zona en que el terreno es propicio y varias grutas naturales permiten imaginar perfectamente la situación. En una de estas grutas, los peregrinos suelen oír Misa cuando visitan el llamado «campo de los pastores», rememorando este anuncio angélico, a los pastores de Belén.

Es de noche, de pronto «*les envolvió la luz*», es un hecho extraordinario dentro de un entorno ordinario, lo sobrenatural dentro de lo más natural: el Mesías es anunciado con gloria y poder, en la comunidad más humilde, entre unos pastores que guardan el ganado al raso.

Dios se hace asequible a los hombres sencillos, que podrán ir corriendo a adorarle, porque El también ha nacido humilde y sencillo. Nadie más sabrá de su existencia, pero el anuncio del ángel y la multitud angélica que le aclama, excederá toda comprensión humana. Como dirá más tarde el propio Jesús: «... *Yo te alabo y te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos ...*» (Mt 11, 25).

13.- Adoración de los pastores:

Así que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado. Fueron con presteza y encontraron a María, a José y al Niño -en la cueva,- acostado en un pesebre, y

viéndole, contaron lo que se les había dicho acerca del Niño. Y cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores.

María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. - Entretanto- los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había anunciado -por el ángel- (Lc 2, 15-20).

COMENTARIO:

Los pastores, siguiendo la narración de san Lucas: «Así que los ángeles se fueron al cielo», fueron a la cueva y adoraron al Niño. La imaginería navideña, nos proporciona excelentes referencias para contemplar esta escena: buscan al Niño, acostado en un pesebre, le obsequian a El y a sus padres con la sencillez de las gentes del campo, y explican «... lo que se les había dicho acerca del Niño ...»

La narración del evangelio denota entusiasmo, «cuantos los oían se maravillaban» y también se dice que «los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto». En tanto que «María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón».

Esta última frase, san Lucas la volverá a repetir, así como otras similares. Este evangelista, muy probablemente, conoció a la Virgen María en Jerusalén. Con motivo del encarcelamiento de san Pablo, relatado en los Hechos de los Apóstoles, san Lucas, que era colaborador suyo, permaneció esperando en la capital de Judea. Se cree que empleó este tiempo en redactar su evangelio, y para ello consultó con «*quienes desde un principio fueron testigos oculares*» (Lc 1, 2).

Testigo de excepción fue, sin duda la Madre de Dios. Por esto sabemos todos estos detalles que sólo Ella podía conocer; también esto es una consideración muy evocadora, cuya contemplación proponemos.

14.- Encuentran alojamiento en una casa:

José tenía parientes en Belén, que le ayudaron a conseguir un lugar donde alojarse. José y María, dejando la cueva en la que había nacido el Niño, fueron a vivir a una casa de la ciudad y se dispusieron a permanecer allí. José, entretanto, empezó a buscar donde ejercer su trabajo como arte-

sano y mantener a su familia. En la cercana Jerusalén abundaban las grandes obras y José pudo ganarse pronto el sustento.

COMENTARIO:

La estancia en la cueva de Belén debió de durar muy poco, tal vez unos días, o incluso sólo unas horas. Está claro que sirvió para acoger a la Sagrada Familia en la intimidad del parto, pero no parece que fuera a constituir un alojamiento estable. En esto hay que diferir de nuestros tradicionales belenes navideños, en los que también la adoración de los Magos se representa allí, en una bellísima composición llena del encanto propio de las tradiciones populares.

La realidad fue sin duda más normal, y san José debió encontrar pronto una casa donde alojarse. Hay comentaristas que suponen que san José, al llegar a Belén, se encaminó a la casa de sus antepasados. Incluso la visión mística de la beata Catalina Emmerich lo supone así. Sin embargo, según estos comentaristas, debido al censo de Augusto la casa podía estar realmente ocupada por mucha gente, y José debió de instalarse en los bajos, donde se albergarían los animales. Estos bajos serían, en este caso, la cueva que veneramos.

Fuese así, o fuese una cueva alejada de la casa, lo razonable es que san José, finalmente, se alojara en la vivienda de sus ancestros, la casa de David, o en otra que sus parientes de Belén le proporcionaran. No podemos saber si la vivienda fue compartida con otros parientes, o se trataba de una casa, más modesta, pero sólo para ellos; lo que sí debemos considerar, es que en ella se debió instalar el Taller de san José, el que durante tantos años sirvió al santo Patriarca para ganarse el sustento.

Es muy curiosa la descripción que hace la beata, de la casa de David en Belén, en tiempos de san José. Recordemos, no obstante, lo dicho en el capítulo PRESENTACION respecto de la fiabilidad de las visiones místicas. Catalina cree que san José había nacido en Belén, y piensa asimismo que su padre Jacob nunca salió de allí, opinión que, sinceramente, no compartimos, pero la descripción que hace de la vivienda es digna de ser contemplada porque se corresponde bastante bien con las casas importantes de la época:

«... Sus padres vivían en un gran edificio que había antes de llegar a Belén, casa solariega de David, a cuyo padre Isaí o Jesé había pertenecido. En tiempos de José, del viejo edificio no quedaba mucho, aparte de las paredes maestras ...»

«... La casa tenía delante una atrio rodeado de columnatas cubiertas de una especie de enramadas, igual que las de la antigua Roma... ..Encima la casa tenía alrededor una galería ancha que en sus cuatro esquinas tenía torreones parecidos a columnas cortas y gruesas, terminadas en grandes cúpulas esféricas con banderolas. Desde las mirillas de las cúpulas, a las que se subía por escaleras en el interior de los torreones, se podía ver todo el contorno sin ser visto. El el palacio de David en Jerusalén hubo también torreones de éstos; desde la cúpula de uno de ellos observó el baño de Betsabé ...»

«... Todos dormían en el centro del piso que tenía la galería alrededor... ..Sus dormitorios, que consistían en alfombras que se apoyaban, enrolladas, contra la pared, estaban separadas por tapices que también podían quitarse ...»

Nuestra opinión es que, aunque seguramente la casa de David en Belén pudo realmente ser así, tanto san José como su padre Jacob, emigrados a Galilea como ya se ha explicado, debían tener un estatus social más modesto que el que se correspondería con este tipo de vivienda (la beata describe, además, la existencia de un preceptor y varios sirvientes). Ahora bien, el santo Patriarca tenía sin duda parientes, que podían habitar en una casa como esta, y que le podrían proporcionar, allí mismo o en otro lugar, una vivienda adecuada.

Respecto del trabajo que podría desarrollar José, hemos explicado en el punto 9 los motivos que nos inducen a pensar en la elevada cualificación profesional de José, al que hemos supuesto carpintero y herrero. Por esta razón se apunta en el texto narrativo la posibilidad de que pudiera intervenir en trabajos importantes en Jerusalén.

15.- Circuncisión del Niño:

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le pusieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido. (Lc 2, 21).

COMENTARIO:

Jesús es circuncidado al octavo día de su nacimiento, como todos los niños hebreos desde el tiempo de Abraham. Esta práctica, cuyo origen se pierde en el tiempo, y es realizada por distintos pueblos, adquiere bajo el patriarcado de Abraham, y tras la Alianza con Dios, un significado especial: Dios quiere, en el que va a ser su pueblo, una señal indeleble: «... *Circuncidaréis vuestra carne en señal de la alianza contraída entre Mí y vosotros ... Entre vosotros, todos los infantes del sexo masculino serán circuncidados, a los ocho días de nacer ...*» (Gen. 17, 11 - 12), y también en el Levítico: «... *Y al octavo día será circuncidado el niño ...*» (Lev. 12, 3).

Humanamente, las razones de la circuncisión han sido (y son aún) de carácter médico e higiénico. Los pueblos de la antigüedad, que carecían por completo de los conocimientos anatómicos y fisiológicos actuales, tenían sin embargo una visión intuitiva y experimental, que en muchos casos, les hacía comprender lo que podía ser conveniente. Estas prácticas eran asimiladas a rituales más o menos vinculadas a las creencias religiosas, y en los pueblos paganos, frecuentemente han derivado en aberraciones inaceptables. En el caso del pueblo de Israel esto no es así; esta práctica es realizada claramente como señal de la Alianza que Dios propone a Abraham y será observada escrupulosamente generación tras generación hasta la venida del Mesías.

Dios, frecuentemente se adapta a las maneras de los hombres, y confiere a dichas maneras el carácter de ofrenda o sacrificio. Observemos, por ejemplo, el caso de la prohibición del consumo de la carne de cerdo. Estos animales, como sabemos, han sido a menudo atacados por epidemias muy dañinas (pestes, triquinosis, etc.), Moisés, incluye en el Levítico su prohibición. ¿Lo hace de «motu proprio» como medida preventiva, o por inspiración de Dios? Sin duda las dos cosas. Dios le inspira a Moisés de tal manera, que cuando decide la cuestión, ésta tiene un sentido de sacrificio u oblación, no muy diferente de nuestra abstinencia de los Viernes,

especialmente de Cuaresma. Es por tanto un sacrificio grato a Dios.

Para la ceremonia de la Circuncisión se llamaba a un oficiante que recibía el nombre de Mohel. No era propiamente un sacerdote, sino que era una especie de cirujano conocedor de la Ley, y acreditadamente piadoso. Después de una oración ritual, el Mohel circuncida al niño le impone el nombre propuesto por su padre y lo bendice; Jesús recibió su divino Nombre a propuesta de san José, según le había ordenado el ángel.

16.- Presentación:

Y cuando se cumplieron los días de la Purificación conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, según está escrito en la Ley del Señor que «todo varón primogénito sea consagrado al Señor» (Ex 13, 2), y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones. (Lc 2, 22-23).

COMENTARIO:

Ordenaba la ley a los padres, que presentaran al primogénito de la familia como señal de que reconocían su dominio soberano. El libro del Exodo nos dice además, que esta entrega alcanzaba también las primicias de los frutos y de los rebaños. Sin embargo, la consagración de los hijos varones podía ser rescatada mediante una ofrenda económica. El valor de este rescate, establecido en cinco siclos (una cantidad no muy alta, pero que exigía un sacrificio a las familias humildes), los habitantes de Jerusalén o sus alrededores, lo hacían efectivo en el Templo.

Ordenaba también la Ley, que la madre se presentara en el Templo cuarenta días después del nacimiento de un hijo varón, y que ofreciera un sacrificio, con el fin de librarse de una «impureza legal» que la tradición hebrea les atribuía. Evidentemente esta ley no debía ni podía obligar al Hijo de Dios y a su purísima Madre; pero se sometieron a ella con humildad, como a la observancia de todas las prescripciones que la ley, por la divina voluntad, imponía a su pueblo. En este sentido volvemos a insistir en el carácter de sacrificio que tenían estas prácticas.

17.- Profecía de Simeón:

Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría antes de ver el Ungido del Señor. Movido del Espíritu, vino al templo, y al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El, Simeón le tomó en sus brazos y bendiciendo a Dios, dijo: Ahora Señor puedes dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel.

Su padre y su madre estaban asombrados de la cosas que se decían de El. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones. (Lc 2, 25-35).

COMENTARIO:

Muchos comentaristas suponen a Simeón permanentemente en el Templo, esperando al Mesías. Sin embargo, notemos que en la narración de san Lucas, va allí movido del Espíritu Santo. También ha habido quien ha supuesto que era, o había sido, Sacerdote como Zacarías, el padre de Juan Bautista, pero no hay verdadera constancia de ello. Lo cierto es que tenía promesa divina de ver al Ungido antes de morir, y el evangelio da fe de su cumplimiento.

Simeón ve a la Sagrada Familia cuando ésta entra en el Templo. Probablemente en la puerta de la fachada sur, a la que se accedía a través de escalinatas que llevaban al Pórtico Real, porque era la entrada más lógica para alguien que viniera de Belén. El anciano, inspirado por Dios, los reconoce entre las muchas personas que vienen a la casa de Dios, probablemente con la misma finalidad que los padres de Jesús y pronuncia sus palabra proféticas: «... han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel ...»

José y María eran conscientes de quién era su hijo Jesús, pero no conocían lo que había de ocurrir en el futuro. Reciben con admiración y asombro la profecía de Simeón, y María queda especialmente conmovida por la «espada de dolor» que ha de herirla en algún momento de su vida, por causa de Jesús y su Misión redentora. María, nuestra Madre Dolorosa, habrá de ser testigo del atroz sufrimiento de su Hijo, en su Pasión y muerte, y le tendrá en sus

amorosos brazos cuando, descendido de la Cruz con la ayuda de José de Arimatea y Nicodemo, muestre en su cuerpo las tremendas llagas y la profunda herida de su Corazón traspasado. Este Hijo suyo, es ahora un niño de poco más de un mes, del que se anuncian grandes y admirables cosas, pero que nadie puede, ni siquiera imaginar, en qué forma tiene Dios planeado salvarnos de nuestros pecados. Simeón se lo dice a la Virgen María, inspirado por el Espíritu Santo, y ella, como dirá san Lucas en otras ocasiones, «guardará estas cosas en su corazón».

18.- Profecía de Ana:

Estaba también la profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanzada en días, que había vivido con su marido siete años desde su virginidad y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Como viniese en aquella misma hora, alabó también a Dios y hablaba de El a cuantos esperaban la redención de Jerusalén. (Lc 2, 36-38).

COMENTARIO:

San Lucas menciona aquí una profetisa. Una viuda consagrada a Dios que sin duda tenía este carisma profético, y que por los datos personales que aporta el evangelista, debía de ser suficientemente conocida por los contemporáneos de José y María. Recordemos que la Virgen fue seguramente la que informó de estos detalles al propio Lucas, cuando escribió su evangelio, estando en Jerusalén durante la prisión de san Pablo.

Ana reitera las predicciones de Simeón, y como dice el texto: «... hablaba de El a cuantos esperaban la redención de Jerusalén...». Así pues, de alguna manera, entre los pastores de Belén y estas profecías, el nacimiento del Mesías comenzó a ser público. ¿Hasta qué punto fue conocido por las gentes? Seguramente sólo entre los humildes, porque así quiso Dios que fuera en la mayoría de las veces, pero llegado el momento, también los sabios y poderosos tendrán conocimiento de El, y esto será la Epifanía. Esta glorificación, como veremos, será de corta duración, y nuevamente Jesús deberá ocultarse hasta el inicio de su Misión redentora.

19.- Transcurren dos años:

El Niño Jesús crecía y se desarrollaba, en el seno de su familia. María le enseñaba y le ayudaba en sus primeros pasos y en sus balbuceos infantiles. José, entretanto, fue encontrando donde ejercer su trabajo, incluso en Jerusalén. Allí entre las muchas construcciones, estaban las obras del Templo, no terminado aún. En ellas era necesario incorporar puertas, ventanas, y gran cantidad de elementos de madera y de hierro, en los que José pudo participar.

Transcurrieron dos años desde el nacimiento de Jesús.

COMENTARIO:

Transcurrieron dos años de vida cotidiana en Belén. José trabaja en su taller, y posiblemente en la cercana Jerusalén, mientras María cuida de la casa y del Niño Jesús. Estos dos años que se suponen, y que son una referencia fundamental en nuestra narración, se basan en la matanza de Inocentes que ordenará Herodes, y que afectó a todos los niños de dos años para abajo. Lo comentaremos en su momento, después de la adoración de los Magos, pero conviene advertirlo ahora. Es una de las cuestiones que entran en el ámbito de lo probable, según quedó explicado en el capítulo Presentación, y naturalmente se trata de un lapso de tiempo bastante aproximado.

A nosotros nos ha servido, junto con el viaje de María a Belén, como base de nuestro razonamiento que nos lleva a pensar que san José ha aceptado de buen grado establecerse en la ciudad de David. Para José, este cambio, aparte de la dificultad propia de toda mudanza, en realidad debía representar, como ya hemos dicho, una mejora en todos los ámbitos. En efecto, Nazaret era mucho más pequeño que Belén, y probablemente mucho más pobre. En cambio en Belén, la proximidad de la capital, Jerusalén, y las grandes obras que se estaban allí realizando, debían proporcionarle al santo Patriarca muchas oportunidades de desarrollar su trabajo.

Recordemos que en el punto narrativo 9, hemos comentado: «José es un carpintero muy bueno y un herrero magnífico. Ya hace años que se ha ganado una buena reputación en Nazaret y sus alrededores, y su ámbito de trabajo se extiende por la región llegando incluso a la cercana capital, Séforis», luego no iba a ser menos en su actual situación, a todas luces mejor. Existan tradiciones

sobre los trabajos de construcción del Templo, que describen a san José realizando una puerta de la muralla, nosotros sólo lo mencionamos, dentro del ámbito de lo que «es posible», pero puede imaginarse perfectamente así, porque en este u otro trabajo similar, pudo ciertamente haber intervenido.

Es bueno contemplar el trabajo profesional de san José. La Sagrada Familia es el modelo en el que debemos fijarnos para orientar nuestra propia vida familiar, y san José, como decimos, además de padre fue trabajador, y un trabajador sin duda cumplidor y competente como el que más. Pero este trabajo de san José no debe hacernos perder de vista su Patriarcado, y su dulce cercanía con el Hijo de Dios al que contempló junto a María, su esposa. «Ora et labora» dirá bastantes siglos más tarde la regla monástica de san Benito: San José fue el primero en darle cumplimiento.

Contemplemos ahora a La Virgen María en su vocación maternal: El Hijo de Dios, hecho Niño, débil e indefenso, como todos los recién nacidos, es cuidado, alimentado, limpiado y, sobre todo amado, por la más solícita de las madres. A veces se ha considerado si el Niño Jesús lloraba, o tenía las dificultades propias de todos los bebés en la lactancia (dolores, enfermedades, etc.) y no ha faltado quien ha creído que debía haberse librado de los males propios de nuestra naturaleza caída. Nada más erróneo. Jesús quiso asumir nuestra naturaleza en todo, excepto en el pecado. Y la asumió, incluso en aquellos males que padecemos por nuestra culpa original, llegando al mayor de estos males dando, en forma cruenta, su vida por nuestra redención.

En apoyo de esta afirmación, dice santo Tomás en la Suma Teológica: «... el Hijo de Dios no nació idealmente, como teniendo un cuerpo imaginario, sino teniendo un cuerpo verdadero ...» (Sum. III q.5, a.1), o también, en la cuestión catorce: «... Fue conveniente que el cuerpo asumido por el Hijo de Dios estuviese sometido a las debilidades y defectos humanos ... porque el Hijo de Dios, asumiendo la carne, vino al mundo para satisfacer por los pecados del género humano. Y uno satisface por los pecados de otro cuando echa sobre sí mismo la pena debida a los pecados de ese otro. Ahora bien, los defectos corporales a que nos referimos, es a saber: la muerte, el hambre y la sed y otros por el estilo, son pena del

pecado, introducido por Adán en el mundo, según Rom 5,12: *Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Por eso fue conveniente, en relación con el fin de la encarnación, que asumiese en nuestra carne las penalidades de esta naturaleza, en lugar nuestro, según Is 53,4: Verdaderamente se apropió nuestras enfermedades ...»*

Y así, con las carencias propias de un lactante, primero, y de un niño pequeño que balbucea y da sus primeros pasos, después, Jesús es guiado e instruido por su Santísima Madre. Y así, como decíamos al principio, transcurren dos años, probablemente los dos mejores años de la vida de la Sagrada Familia, porque además, estaban en su verdadero país, la Judea de sus antepasados.

20.- Adoración de los Magos:

Habiendo pues, nacido Jesús en Belén de Judá en los días del Rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos Magos, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén, y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde debía nacer el Cristo. Ellos le contestaron: En Belén de Judá, pues así fue escrito por el profeta «Y tú, Belén, en el país de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre las ciudades principales de Judá; pues de tí saldrá el príncipe que será el pastor de mi pueblo Israel» (Miq 5, 2).

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó diligentemente de ellos acerca del tiempo de la aparición de la estrella y, encaminándoles a Belén, les dijo: Id e informaos exactamente acerca de este niño, y, cuando le halléis, comunicádmelo, para que vaya también yo a adorarlo. Después de haber oído al rey, se fueron, y la estrella que habían visto en oriente les precedía, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo, y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra.

Advertidos en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino. (Mt 2, 1-12).

COMENTARIO:

Este pasaje del evangelio de san Mateo es una pieza fundamental para entender la infancia de Cristo y los acontecimientos que, como veremos después, obligaron a san José a desplazarse entre Belén y Nazaret. En efecto, con la adoración de los Magos, el

nacimiento del Mesías adquiere una repercusión universal: Unos sabios procedentes de países lejanos, países paganos de oriente, es decir «gentiles» según la denominación judía, tienen conocimiento del nacimiento de Jesús, Rey de los Judíos, y se desplazan para adorarlo.

Es un hecho realmente misterioso, obra de la divina Providencia, que humanamente no tiene explicación. Los relativistas y modernistas, que no suelen creer en la acción providencial de Dios sobre las narraciones bíblicas, consideran este pasaje un «Midrash», es decir, una epopeya aleccionadora que, según ellos, no tendría por qué ser histórica. Debemos advertir, no obstante, que esta consideración de «no histórico» del Midrash no es aceptable para los que sabemos de la inspiración divina de las Sagradas Escrituras: El Midrash relata un hecho real, pero se adapta la narración a una forma literaria específica, que es propia de los libros históricos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, algunas narraciones del Génesis y del Exodo. (Ver encíclica *Divino afflante Spiritu* de PIO XII, 1943).

Pero la Adoración de los Magos, de ningún modo debe considerarse un Midrash. Sirva este comentario para prevenir al lector contra los frecuentes ataques que la narración evangélica recibe en los medios escritos y audiovisuales. Sí es cierto que, a causa de las fantasías de los evangelios apócrifos, se han añadido datos que no se corresponden con la narración canónica y que han contribuido a esta apariencia exótica. Los Magos, no eran reyes, ni se sabe que fueran tres, ni tampoco constan sus nombres. Eran sabios estudiosos, y desde luego, aún siendo gentiles, tenían conocimiento de la historia del pueblo de Israel. Lo que sí hay que admitir, es que hubo una intervención providencial de Dios que, a través de lo que supieran o creyeran estos Magos, les hizo seguir un fenómeno que les llevó hasta Belén. Este fenómeno pudo ser un hecho natural, o ser también un hecho extraordinario; lo cierto es que les hizo emprender el viaje.

De la estrella de Belén también se han hecho muchas especulaciones, suponiéndola un cometa, o también una conjunción planetaria. Ciertamente esto es irrelevante si tenemos en cuenta lo extraordinario del hecho de que desde lejanas tierras, unos estu-

diosos del firmamento tuvieran conocimiento de que había nacido Jesús. Se les denomina Magos, porque estudiaban las estrellas - en aquellos tiempos no estaba delimitada como hoy la frontera entre la astronomía y la astrología- y dice el evangelio que venían de oriente. Muchos suponen que procedían de Persia.

Los Magos llegan a Jerusalén, guiados por el fenómeno que les ha servido de referencia (la estrella), y se dirigen a la máxima autoridad, el rey Herodes I, el Grande. Allí se les indica la cercana población de Belén y, además para mayor confirmación, la «estrella» señala igualmente allí. Pero esta visita al terrible tirano, al que tan cruel considera el historiador Flavio Josefo, traerá consecuencias graves: Provocará la matanza de inocentes, y obligará a san José a cambiar sus planes, abandonando para siempre su estancia en la tierra de Judá en la que, hace escasamente dos años se estableció con su santa Esposa, y donde había nacido Jesús.

Dice el evangelista que los Magos adoraron al Niño Jesús: «... entrando en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra ...» No deja de ser sorprendente esto tratándose de gentiles, pero si nos fijamos en el relato de la vida pública de Jesús, este hecho se producirá en multitud de ocasiones, en Fenicia, en la Decápolis, etc. La expansión de la Buena Nueva por la gentilidad fue una característica de la predicación de Jesucristo, y así fue con la Iglesia que vino a fundar. En el caso de los Magos, esto fue un hecho extraordinario, promovido por Dios, para mostrarnos la vocación universal de la Misión de Cristo.

21.- Huida a Egipto:

Después de su partida, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al Niño para matarlo.

Levantándose de noche, tomó al Niño y a su Madre y se retiró hacia Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: «De Egipto llamé a mi hijo». (Mt 2, 13-15).

COMENTARIO:

El ángel vuelve a advertir a José, en este caso del peligro que corre Jesús niño. La visita de los Magos, la Epifanía, ha trastocado por permisión divina, la estabilidad de la Sagrada Familia en Belén y deben huir al extranjero, fuera del alcance del tiránico rey. José, sin perder un instante, coge a su Familia y lo más imprescindible (seguramente un asno también, como hizo para llegar a Belén) y de noche emprende el camino hacia Egipto.

Egipto siempre fue tierra de emigración para los judíos, lo había sido en tiempos del Patriarca Jacob, y seguía siéndolo en tiempo de Jesús. Muchos judíos vivían en Egipto, y tendían a agruparse en pequeñas comunidades, como ocurre siempre con los emigrantes.

En el camino de Palestina a Egipto, unos 10 Kilómetros al norte de El Cairo, se halla el pequeño y silencioso lugar de Matarieh, junto a las ruinas de Heliópolis en la orilla derecha del Nilo. No es preciso, pues, atravesar la corriente del río. Era una región ya conocida por los judíos emigrantes de todos los tiempos. Allí se veneraba hace algunos años un sicomoro (especie de higuera, de gran tamaño) y no lejos se alza la Iglesia de la Sagrada Familia. Allí se supone se instaló José con María y el niño, durante el tiempo en que huyeron de Herodes. Sin embargo hoy, algunos comentaristas piensan que la Sagrada Familia no tuvo que llegar tan lejos, y se instaló más cerca de la frontera, en la actual franja de Gaza, en el límite correspondiente a la Jurisdicción de Herodes.

El viaje debió ser realmente penoso, nada comparable al desplazamiento a Belén. Antes viajaban agrupados en caravana, ahora van solos y de noche. Los apócrifos narran multitud de hechos fantásticos, refiriendo este viaje de la Sagrada Familia. Ya hemos advertido de la escasa o nula credibilidad de estas narraciones, pero lo que sí es cierto es que, para quien viajara solo por esta ruta, era un desplazamiento lleno de peligros. Más de doscientos kilómetros por el solitario desierto de Judea, expuestos a los ladrones y salteadores, san José debió sentir sobre sí el peso de la responsabilidad.

Su confianza en la divina Providencia debió alcanzar el más alto grado de lo que cabe esperar en un alma santa, y así, entre tremendas dificultades José llega con su Familia a su destino.

¿Cuánto tiempo permaneció la Sagrada Familia en Egipto? No es posible saberlo con precisión, pero no debió de ser mucho, porque Herodes murió poco después como veremos. No es probable que san José quisiera permanecer mucho tiempo en Egipto, una vez muerto el tirano, y seguramente no llegaron a vivir allí de una forma estable, como habían hecho en Belén. Es muy posible, por tanto, que esta permanencia fuera de tan sólo algunos meses.

22.- Inocentes:

Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y sus alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia se había informado de los magos. Entonces se cumplió la palabra del profeta Jeremías que dice: «Una voz se oye en Ramá, lamentación y gemido grande; es Raquel, que llora a sus hijos y no quiere ser consolada porque ya no existen (Jr 31, 15)». (Mt 2, 16-18).

Además de Jesús, también Juan el hijo de Zacarías, por la Gracia de Dios, escapó de la persecución de Herodes. Más tarde, siendo mayor de edad, se retiró al desierto viviendo con gran austeridad y consagrándose al Señor, a la espera de su misión de precursor del Mesías.

COMENTARIO:

La crueldad de Herodes el Grande es universalmente conocida y relatada por todos los comentaristas. La matanza de Inocentes es conocida solamente por el testimonio de san Mateo, pero no fue la única y ni siquiera la más cruel, pese a lo detestable del hecho. Uno de sus detractores más rigurosos fue el historiador judío, romano de adopción, Flavio Josefo, que en sus antigüedades judaicas define a Herodes como «el tirano más cruel que jamás haya gobernado un país».

Herodes se mostró implacable con todos sus enemigos, mandando asesinar a muchos, pero en su delirio sangriento atentó contra sus propios hijos. Dice Josefo: «Herodes no respetaba a nadie, ni siquiera a su propia familia... En la lista de sus asesinatos figu-

ran dos esposos de su hermana Salomé, su mujer Mariamme y sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Hizo ahogar a su cuñado en el Jordán y eliminó a su suegra Alejandra.... Cinco días antes de su muerte hizo aún asesinar a su hijo Antípater.»

En este cuadro genealógico de la Casa de Herodes, están marcadas sus víctimas dentro de la familia. Dice el historiador que en su testamento, dejó dictado que fueran asesinados los principales prohombres de Cesarea, donde tenía su residencia principal, a fin de ser llorado por muchos. Este acto demencial, que no fue cumplido, sirve para entender su grado de crueldad.

Como vemos, aunque la matanza de Inocentes, sólo es relatada por san Mateo, dentro del contexto de la vida del tirano queda como una más de sus crueldades. Una crueldad, que tratándose de unos cuantos niños humildes, de los alrededores de Jerusalén, es natural que no aparezca en las crónicas de la época, pero está absolutamente en consonancia con el carácter y las maneras del jefe de la casa de Herodes.

Sobre Juan Bautista y su padre, Zacarías, hay diversas tradiciones y algunas de ellas relatadas de forma un tanto fantástica en los Apócrifos. La tradición dice que Juan Bautista fue ocultado por santa Isabel y también que Zacarías fue asesinado por los soldados de Herodes.

El hecho evangélico de la matanza de Inocentes, que son *inmolidos* por odio a Cristo, es como una prefiguración de tantos niños, que a lo largo de la historia son maltratados o asesinados por odio contra Dios. Hoy más que nunca el mundo maltrata a los Inocentes, los corrompe, o los mata incluso antes de nacer. Jesús, a propósito del escándalo, especialmente de los niños, dirá: «Quien escandalizare a uno de estos pequeños, que creen en Mí, sería mejor para él que le fuera colgada al cuello una piedra de molino, de las que mueve un asno, y fuese sumergido en lo profundo del mar.» (Mt 18, 6). También de forma algo misteriosa, pero que demuestra una significativa predilección divina por la inocencia de los niños, dice poco después: «Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños; porque Yo os digo que sus ángeles en el cielo ven continuamente la cara de mi Padre celestial» (Mt 18, 10).

Estos niños Inocentes que murieron en lugar de Jesús, perseguidos por la vesania de Herodes, fueron los primeros mártires del Nuevo Testamento.

23.- Regreso a Nazaret:

Poco tiempo después, muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño. Levantándose, tomó al niño y a la madre y partió hacia la tierra de Israel.

Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, -sabiendo que había grandes matanzas,- temió ir allá y, advertido en sueños se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo dicho por los profetas: «Será Nazareno». (Mt 2, 19-23).

Así, José y María, con el Niño Jesús, fueron a vivir nuevamente en la casa que José tenía en Nazaret, donde vivió y trabajó durante la mayor parte de su vida. El Niño seguía creciendo, y cuando tuvo edad, comenzó a acudir regularmente a la Sinagoga. María le enseñaba y educaba en las cosas de Dios, en las que Jesús tenía, por su naturaleza, una disposición singular.

COMENTARIO:

José recibe nuevamente un aviso del ángel: Ha muerto Herodes. El hecho de que san José reciba la noticia por medio del ángel, nos hace pensar que tuvo realmente la revelación extraordinaria antes de que la noticia fuera conocida en Egipto (en aquel tiempo podían pasar meses). Por esto nos inclinamos a pensar que la Sagrada Familia estuvo poco tiempo allí, y volvió a su tierra enseguida. La estancia en Egipto pudo ser incluso de menos de un año.

Pero entonces ocurren grandes revueltas y matanzas en Judea. Herodes al morir, no sólo dejó mucho odio, sino también un reparto de reinos desigual. En Judea reinaba Arquelao, y debió sofocar una rebelión y envía tropas sobre Jerusalén. Hubo tres mil muertos. José, dice san Mateo, «*temió ir allá*» y decide regresar a Galilea, a su Nazaret de antes. Son sin duda decisiones de san José, al ser informado por el ángel; en efecto, éste le dice lo que ocurre (la muerte de Herodes, las revueltas de Jerusalén) y él decide ir con su Familia de nuevo a Nazaret.

Después de la muerte de Herodes El Grande, en Galilea gobernó otro de sus hijos, en este caso Herodes Antipas. Este, que debía ser muy joven entonces, es el mismo que seguirá en el poder en tiempo de la vida pública de Jesús. Es el que hizo degollar a san Juan Bautista, y el mismo que se burló de Jesús en la Pasión, remitiéndolo a Pilato, el Gobernador de Judea. Herodes Antipas era sólo Tetrarca de Galilea (y Perea) y nada sabía del nacimiento de Jesús. Arquelao no gobernaba en su territorio y por esto la Sagrada Familia quedaba a salvo en Nazaret.

Si lo pensamos con detenimiento, esta decisión debió dolerle humanamente a san José. Ya la huida a Egipto fue sin duda un gran contratiempo, y como ya hemos descrito, de una gran dureza; pero al volver del exilio José, sin duda quiso volver a Belén, por esto san Mateo menciona a Arquelao; y al no poder hacerlo ha de volver a Galilea, la tierra de colonización. Para el trabajo de san José, Nazaret representaba un estatus más modesto, pero de lo que no hay ninguna duda es de la fidelidad de san José, y su confianza absoluta en la Providencia. Por esto, al margen de sus planes, el santo Patriarca acepta siempre la voluntad de Dios.

En Nazaret se venera el taller de san José. Como casi todos los restos arqueológicos de este tipo, lo que se conserva es la parte subterránea de lo que fue la casa. Las casas de Nazaret, como la mayoría de las viviendas rurales de la época de Jesús, estaban edificadas sobre cuevas, naturales o excavadas, que resguardaban a sus habitantes. Allí vivió la Sagrada Familia hasta que Jesús cumplió los treinta años.

El niño Jesús tendría unos tres años cuando volvieron a Nazaret, y María debió seguir amorosamente con su instrucción y educación. Jesús las necesitó, como todos los niños, por las carencias que quiso asumir el Verbo encarnado haciéndose igual a nosotros. Hemos supuesto al Niño, no obstante, una disposición que hemos denominado «especial», pero que debió ser sin duda fruto de la trascendencia de su naturaleza divina que, aunque oculta, debió ser manifiesta ante la santidad eminente de sus padres. Llegado el momento, Jesús acudió lógicamente a la Sinagoga, y allí siguió creciendo en sabiduría ocultando su divinidad. En el punto narrativo 25 volveremos a tratar el tema a la luz de la Teología.

24.- En el Templo:

El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la Gracia de Dios estaba en El. Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, a cumplir el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo advirtieran.

Pensando que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya.

Con gran angustia recorrieron toda la ciudad y alrededores, preguntando entre los familiares que tanto José como María tenían allí. Ellos confiaban en Dios, sabiendo lo que el ángel Gabriel les había dicho, pero su sufrimiento era grande porque pasaba el tiempo y no le hallaban.

Al cabo de tres días le encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres le vieron, quedaron sorprendidos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y El les dijo: ¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía. (Lc 2, 40-50).

COMENTARIO:

Los judíos que vivían en Galilea, iban a Jerusalén todos los años a la fiesta de la Pascua. San José y María santísima lo hacían así, y Jesús debió ir con ellos ya desde bastante pequeño. De hecho aunque la Ley no obligaba a las mujeres ni a los niños, muchas esposas iban con sus maridos y ambos llevaban también a los hijos.

En realidad, las normas rabínicas consideraban que los niños sólo estaban obligados a partir de los doce años, edad que era considerada como de «uso de razón» para los deberes religiosos. Sin embargo se establecía que podían ser llevados a la fiesta todos los niños que fueran capaces de subir las gradas de la entrada del Templo o ser transportados a horcajadas sobre los hombros de sus padres.

El niño Jesús, en la narración tenía doce años, era su primera Pascua legal, pero en el contexto se adivina que no era la primera vez que hacía la peregrinación pascual, y así se ha considerado. Este episodio que narra san Lucas es realmente muy sorprendente; «les estaba sujeto» dirá san Lucas poco después, pero este abandono, que protagoniza Jesús, de la custodia de sus padres

para quedarse en el Templo, más bien parece indicar lo contrario ¿Qué sentido tiene este acto de aparente desobediencia? Ciertamente es un misterio.

En la narración evangélica, es la única vez que, siendo niño, se le ve actuar en su obra mesiánica, y seguramente debió ser la primera. El niño Jesús obra conscientemente como Hijo de Dios: «... es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre ...». Para no caer en un error cristológico, hay que advertir que Jesús es Dios y hombre desde el momento de su concepción en el seno de María, y desde este momento poseyó la ciencia beatífica. Pero de la misma manera que hemos admitido que como niño ha debido de aprender de su madre, también en el orden de la conciencia debió haber un despertar de su naturaleza humana. Este despertar en lo humano, debió a su vez misteriosamente, permitir a Jesús que su divinidad obrara en El como quien era: La segunda persona de la Santísima Trinidad. En el próximo punto narrativo estudiaremos el crecimiento de Jesús en sabiduría, edad y gracia, y su explicación teológica.

Lo cierto es que se queda en el Templo y se produce, por primera vez, una intervención pública de Jesús entre los doctores de la Ley, que como dice san Lucas: «quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas» ¿De qué hablaría Jesús? Pensemos para imaginarlo, en los comentarios que hizo en su vida pública cuando hablaba con Escribas y Doctores.

El evangelio describe con mucho detalle el momento en que san José y la Virgen María se dan cuenta de que Jesús no está con ellos. San Lucas habla de la caravana, y se advierte que, para un niño de doce años era normal que caminara con otros niños o con parientes. Por esto no le echan en falta hasta el anochecer, al final de la primera jornada.

San José y la Virgen María vuelven angustiados y buscan a Jesús en Jerusalén, por las casas de familiares y conocidos, y es fácil imaginar su sufrimiento ante la tardanza en hallarle. Por esto en la narración hemos mencionado cómo debieron confiar en Dios mientras pasaban los días.

Tras el hallazgo, en el Templo, el comentario de los padres de Jesús, y la respuesta de Este son para ser meditados. Es innegable que en las palabras de María hay un cariñoso reproche: «Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote», María sabe que Jesús es Dios, pero que aún así les está sujeto; parece, pues, que al menos por esta vez dicha sujeción no ha existido.

Las palabras de Jesús lo aclaran, pero hay que reconocer que sólo de forma parcial: «¿Por qué me buscabais?» dice en primer lugar. ¡Cómo no iban a buscarle! Por mucho que confiaran en la Providencia, por muy presentes que tuvieran las palabras del arcángel Gabriel, no por esto podían abdicar de su responsabilidad para con Jesús. Dice también que se ha ocupado de su Padre, como hemos mencionado, y ellos ciertamente lo sabían, pero sin duda no hasta este punto ¿Por qué pues, esta especie de lección? Es ciertamente un misterio, pero podemos pensar, que nuestro Señor sabía que san Lucas iba a relatar en hecho (todo el texto evangélico, existe por voluntad divina), y quiso que este hecho fuera un ejemplo para todos: para nosotros que lo contemplamos hoy, y también para José y María que lo vivieron y lo sufrieron.

Jesús les causó un sufrimiento, desde luego, pero no podemos dejar de pensar en la espada de dolor que le espera a la Virgen María en la Pasión, de la que es prefiguración esta pérdida. No en vano son tres días, los que se encuentra perdido el niño Jesús. Dice san Lucas que ellos no lo entendieron, como tampoco nosotros sabemos entenderlo, pero añadirá después: «*su madre conservaba todo esto en su corazón*».

25.- Vida oculta:

Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres. (Lc 2, 51-52).

José y María le llevaban a la sinagoga donde, oculta su sabiduría, compartía con los jóvenes de su edad, la instrucción en las cosas de Dios y de los hombres. Teniendo edad, comenzó Jesús a compartir el trabajo de artesano de su padre, aprendiendo con diligencia el oficio.

COMENTARIO:

Tras la celebración de la Pascua, han vuelto a su casa de Nazaret, y Jesús «les estaba sujeto» mientras crecía en sabiduría edad y gracia. Este crecimiento en sabiduría merece un comentario especial, tal como ya hemos apuntado en el punto narrativo anterior.

Jesús poseía, según la Teología escolástica, plasmada magníficamente por santo Tomás en la Suma Teológica, tres clases de ciencia además de la divina (Suma III, q.9):

- La ciencia beatífica
- La ciencia infusa
- La ciencia experimental adquirida

La primera, es la propia de los que están en la Bienaventuranza eterna. Los que mueren en Gracia de Dios alcanzan este estado, como sabemos, porque son incorporados a él por Cristo mismo. Jesús, en su naturaleza humana, poseyó esta clase de ciencia por definición; no podía ser de otra manera siendo El mismo quien la concede a los bienaventurados. Esta ciencia la poseyó nuestro Señor Jesucristo desde el primer instante de su concepción virginal, en el seno de María Santísima.

La segunda, la ciencia infusa, es la propia de los carismas que Dios concede a las almas elegidas. El alma elegida por excelencia desde toda la eternidad, no podía menos que poseerla. Siendo Dios, había de tener, aunque tal vez no le fuera necesaria siendo depositario de la ciencia divina, incluso esta ciencia infusa.

Finalmente existe lo que la teología denomina «ciencia experimental adquirida». Esta es la que Jesús iba adquiriendo en su maduración humana, desde niño hasta adulto. Primero su Santísima Madre, después, además, en la Sinagoga. Sin duda también san José le instruyó en el saber cotidiano y, como no, en el trabajo artesanal. Jesús, aprendía humanamente, y aunque de forma misteriosa ya poseía todos los conocimientos posibles, éstos quedaban ocultos a las personas que trataban con El.

Esta ciencia experimental, la define santo Tomás en la Suma Teológica, y la compara con las otras dos en la parte Tercera, cuestión doce.

«... Es claro que Cristo progresó en ciencia y en gracia, lo mismo que creció en edad, porque, a medida que crecía en edad, realizaba obras mayores, que revelaban una mayor sabiduría y gracia. Pero, en relación con el propio hábito científico, es evidente que el hábito de la ciencia infusa no aumentó en él, puesto que, ya desde el principio, tuvo plenamente toda la ciencia infusa. Y mucho menos pudo aumentar en él la ciencia bienaventurada. Y que la ciencia divina no puede aumentar, ya está dicho con anterioridad en la *Primera Parte* (q.14 a. 15 ad 2) ...»

«... pero, por parecer inaceptable que le falte a Cristo una operación natural de la inteligencia, como es la de obtener las especies inteligibles partiendo de las imágenes, operación que el hombre realiza naturalmente por medio del entendimiento agente, parece conveniente poner también en Cristo tal operación. Y de ahí se sigue que en el alma de Cristo hubo algún hábito científico que, a través de esta abstracción de las especies, pudo progresar, ya que el entendimiento agente, después de abstraer las primeras especies inteligibles de las imágenes, podía abstraer otras ...» (Suma III, q.12, a.2).

La sabiduría de Jesús sólo la conocían sus padres, y quedaba oculta a los demás. Excepcionalmente, como hemos visto en el punto narrativo anterior, se manifestaba de forma extraordinaria ante los hombres. Dios quiso que el Niño Jesús, con sólo doce años, manifestara su Sabiduría a los doctores de la Ley, pero habitualmente sin duda no era así. Podemos pensar no obstante, que humanamente Jesús tendría cualidades realmente excepcionales y un atractivo personal fuera de lo común. Tal se deduce de la simple lectura de los evangelios.

San José, por su parte, seguía ejerciendo su trabajo en Nazaret y las poblaciones de alrededor, al tiempo que, como hemos dicho, instruía a Jesús en el oficio. Jesús, sin ninguna duda, debía tener una gran facilidad para todas las disciplinas,

aunque por voluntad de Dios conviniera que no fuese excesivamente visible.

Algunos comentaristas creen que también debió ser un muchacho especialmente alegre, y esto claro está, sin menoscabo de ser además igualmente reflexivo. Esto último se puede deducir de la lectura del pasaje del Templo. Pero podemos contemplarle, con los ojos de la imaginación, jugando con otros niños de su edad. No se conocen muy bien los juegos de los niños de aquel tiempo, y en los pueblos de Galilea, pero no es difícil intuir que se trataría de juegos infantiles de grupo, como los que se han practicado en zonas rurales hasta hace no muchos años. También había al parecer juegos musicales. En el evangelio de san Mateo hay una mención a los juegos de niños que nos ilustra en este sentido: «¿A quién compararé esta raza? Es semejante a unos niños que, sentados en las plazas, se gritan unos a otros: Os hemos tocado la flauta y no habéis danzado. Os hemos cantado cantos lúgubres y no habéis llorado» (Mt. 11, 17 - 18).

26.- Jesús mayor de edad:

Siendo ya Jesús mayor de edad, le dijo un día su padre: -Jesús, hijo, en Judea ya no reina Herodes ni ningún descendiente suyo, podemos volver a Jerusalén, o a Belén a la casa de nuestros antepasados; Tú estarás más cerca de la Casa del Padre y podrás ocuparte de sus cosas- Jesús le respondió: -No conviene, padre, que adelantemos la hora; en Judea está Juan, en el desierto, preparando los caminos de Dios, ya vendrá el día en que el Padre me llame y entonces iré allí, pero ahora El nos quiere en Galilea- José no insistió, y Jesús, siguió sujeto a su padre junto a María, su madre, en Nazaret donde vivían.

José continuó su trabajo de carpintero en Nazaret y los alrededores, y Jesús le ayudaba con el vigor propio de su juventud.

COMENTARIO:

Después del episodio del Templo, María «conservaba todo esto en su corazón» y José, naturalmente, debió pensar en la Misión de Jesús, en el pueblo de Israel. En nuestro estudio hemos supuesto que san José era consciente de que Jesús nacía en Belén, precisamente porque iba a ser el Mesías, y se quedó a vivir allí de forma estable. Las circunstancias adversas, que Dios permitió

misteriosamente, le obligaron a emigrar a Egipto, y establecerse después en Nazaret, donde ya habían vivido antes de nacer Jesús. Todo esto es una suposición muy fundada, y pertenece al ámbito de lo probable.

En este punto narrativo hacemos una consideración, que tan sólo cabe en el ámbito de lo posible. En efecto, Jesús es mayor de edad y san José sabe que en Judea ya no se dan las circunstancias que les obligaron a emigrar, por esto hemos imaginado que pudo proponerle a Jesús el regreso a Judea, a Belén.

San José fue testigo, junto a María Santísima, de la conversación de Jesús con los Doctores de la Ley. Además, Jesús al ser preguntado por la causa de su permanencia en el Templo, afirmó muy claramente: «¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?». Ellos, dice el evangelista: «no entendieron lo que les decía», al menos de momento. Hemos supuesto, por tanto, que san José lo «guarda en su corazón» como hizo también María, y al ser Jesús mayor de edad le ofrece ir a Jerusalén para que pueda ocuparse «de las cosas del Padre»

Si no fue así, cierto es que pudo ser, porque resulta perfectamente coherente con lo narrado hasta este momento. También es coherente la respuesta que hemos atribuido a Jesús: Sabemos que Jesús inició su vida pública a los treinta años, edad que la Ley tenía prevista para ejercer como Doctor, pero no es esta la única razón. En efecto, Jesús supedita su acción Redentora a la voluntad del Padre, y le explica a san José que para esto Dios ha dispuesto la figura del Precursor.

Observemos que, si Jesús no ha cumplido los treinta años, tampoco los debe tener Juan Bautista. Hay comentaristas que creen que Juan comenzó su predicación también a los treinta años, pero nosotros hemos pensado que, probablemente, para ejercer de Precursor, el Bautista no tuvo que esperar tanto. En efecto, si leemos lo que los evangelistas describen de su predicación, se ve claramente que no ejerce propiamente de Doctor de la Ley, sino que predica la penitencia y la conversión, a la espera del Mesías. Jesús sí ejercerá de Doctor, y enseñará «su» doctrina, la del Padre Celestial que le ha enviado.

San Juan Bautista, por tanto, estaba en el desierto predicando, si bien no podemos saber con certeza si había comenzado a bautizar. Lo supondremos en el siguiente punto narrativo.

Pero Jesús continúa su vida oculta, obediente a san José y a su Madre, y comienza a ayudar en los trabajos del taller, en los que con el vigor propio de su juventud, puede empezar a suplir la natural fatiga de su padre, que también avanza en edad.

27.- Jesús habla con sus padres:

María, la madre de Jesús guardaba en su corazón todas las cosas que Jesús hacía y decía, y las compartía con su esposo, José. Jesús no hablaba siempre de las cosas del Padre, pero cuando estaban los tres juntos se ponían en manos de Dios y esperaban con fidelidad y confianza el pronto comienzo de su misión en la tierra. Jesús, en los momentos más íntimos les hablaba de la Misericordia de Dios y de la buena nueva que, muy pronto, comenzaría a predicar.

Entretanto en Judea Juan había comenzado a bautizar a orillas del Jordán, cerca de Jericó.

COMENTARIO:

Se denomina vida oculta a los aproximadamente 27 ó 28 años en los que Jesús estuvo en Nazaret, con José mientras vivió, y con su madre, María. Pero si algo es realmente oculto son las conversaciones privadas que pudo tener la Sagrada Familia: ¿de qué hablarían en lo más íntimo del hogar?

En el comentario del punto 9, cuando José y María esperaban el nacimiento de Jesús, aún en Nazaret, ya se apuntó esta comunicación entre los esposos en la intimidad del hogar. Ahora está con ellos Jesús, que es ya mayor de edad. Se abre ante nosotros un insondable misterio, que sólo con respeto y humildad podemos contemplar piadosamente.

El escritorista Juan Manuel Igártua, en su obra «El Misterio de Cristo» dedica a ello un breve comentario, que titula significativamente «Las conversaciones de Nazaret». Entresacamos algunos párrafos:

«La vida en Nazaret de Jesús, durante tantos años de vida privada, por llamarla así, ofrece un notable problema. El de las conversaciones familiares y su tema. Jesús vivió la vida del trabajo y la vida social del pequeño pueblo en su medida pensable. Pero, indudablemente, hubo de dedicar muchas horas de su vida al trato familiar ...»

«En un pueblo tan pequeño, y en el estado o situación humana de aquella época, hubo de tener diariamente tiempo de conversación familiar, principalmente terminada la labor diaria, antes del sueño, cuando la luz diurna había bajado y era necesario encender alguna lámpara, que no hace posible ningún trabajo importante. Ni había entonces entretenimientos posibles fuera de la conversación, ni son muy pensables en la vida familiar de Jesús, José y María ...»

«... ¿De qué hablaban en esta intimidad? ... ¿Qué podía tener interés de intimidad en aquella familia dedicada religiosamente a Dios plenamente, y sabiendo que Jesús no era meramente un hombre, un hijo de familia como cualquiera? No resulta fácil pensar en conversaciones de intimidad, que no tuvieran como fondo a Dios.»

«Pues siendo tal cantidad de horas de intimidad, siendo tales los interlocutores, ¿cuál podía ser el tema de conversación? En su vida pública Jesús dedicó todas sus palabras, que conocemos, a llevar a los demás al conocimiento mayor de Dios su Padre ¿Qué enseñó a José? ¿Qué enseñó, sobre todo, a María? No podemos hacer otra cosa que dejar la respuesta en sugerencia, que sirve para penetrar el corazón de María. Si conservaba todas las cosas de la infancia, cuando el Niño no hablaba, en su corazón (Lc 2, 19 - 51) ¿cómo no iba a estar pendiente de los labios de su Hijo en la intimidad personal de la vida familiar, mucho más que María de Betania.» Lo mismo podríamos decir de san José.

Hemos de suponer, no obstante, viendo el desarrollo de lo que hemos comentado hasta este punto, que José y María no tenían conocimiento previo de cómo iba a ser la Vida de Jesús, y en qué forma habría de consumir nuestra Redención. Por esto las conversaciones entre ambos esposos, antes de nacer Jesús, se basarían sobre todo en la confianza en Dios y su Providencia, que como hemos visto nunca les abandonó.

Al nacer Jesús, ellos debieron dedicarse durante un tiempo a la educación e instrucción de su santísimo Hijo. Hemos explicado ya algo de esto en los comentarios de los puntos 19 y 23. Pero Jesús creció en Sabiduría y edad, y llegado el momento El mismo podía instruir a sus padres, por la Ciencia Divina que poseía desde el momento de su Encarnación en el seno de María. ¿Empleó esta Sabiduría en dar a conocer a sus padres «toda» la Redención? No es imposible, pero tampoco tiene por qué ser así necesariamente. Cuando La Virgen María, años más tarde, fue testigo de los terribles sufrimientos de Jesús en su Pasión redentora, seguramente no sabía todo lo que iba a suceder. Dios quiso que su participación en dicha Pasión estuviera siempre fundamentada en la Esperanza, mientras *una espada de dolor* atravesaba su pecho. Tremendo misterio, absolutamente insondable, y que nos está vedado conocer en este mundo.

Entretanto, y mientras la Sagrada Familia reside en Nazaret, siguiendo los planes del Padre, Juan ha comenzado a Bautizar en la Perea, al otro lado del Jordán (ver mapa). No sabemos cuándo inició el bautismo penitencial el Precursor, pero es coherente pensar que cuando Jesús fue para ser bautizado, cumplidos ya los treinta años, el Bautista llevara ya mucho tiempo predicando y bautizando en el desierto.

28.- La última Pascua de José:

Cada año, por Pascua, iban a Jerusalén para celebrar el Sacrificio del cordero. En una ocasión, José se sintió desfallecer en el viaje. Nada dijo a María y a Jesús, pero ofreció su esfuerzo para la Misión que pronto iniciaría su hijo, el Hijo de Dios.

Al llegar a Jerusalén, su sufrimiento aumentó, pero se dispuso a celebrar la Pascua. Al final, María y Jesús, conociendo que llegaba la hora de su retorno al Padre, le recostaron en un lecho y se pusieron en oración, confortándole amorosamente.

COMENTARIO:

No hay ninguna tradición realmente fiable de cuándo murió el santo Patriarca, pero parece evidente que cuando Jesús inició su Vida pública José había fallecido ya.

Hay dos motivos para suponerlo:

San José no aparece en las bodas de Caná. Caná está cerca de Nazaret, a medio camino entre esta población y Séforis, que era la capital de Galilea en aquel tiempo. Los contrayentes de Caná podían ser parientes de la Virgen, o del propio san José, pero el evangelista dice claramente: *“La madre de Jesús estaba entre los invitados.”* (Jn 2, 1). San José, probablemente no estaba ya en el mundo.

En una de las veces en que Jesús vuelve a Nazaret, durante su Vida pública, es reconocido por algunos como: *“¿No es este el carpintero?”* (Mc 6, 3), y por otros como *“el hijo del carpintero”* (Mt 13). Esto permite suponer, aunque no de una forma terminante, que Jesús ejerció de carpintero El solo, después de algún tiempo de haber sido ayudante en el oficio, de su padre san José.

La muerte de San José pudo ser, muy posiblemente, en Nazaret, y atendido eso desde luego, por Jesús y María. No en vano es venerado como patrón de la buena muerte. Sin embargo hemos escogido una versión que se aparta de lo habitualmente contemplado: José muere en Jerusalén, durante la Pascua, y es enterrado allí.

Este episodio, como ya hemos advertido en la presentación, pertenece al ámbito de lo que tan sólo es posible. Ni siquiera podemos darlo como probable, porque no hay argumentos fidedignos para afirmarlo así. Se basa en una tradición, recogida por la obra «El santo de cada día» de EDELVIVES, y que fue confeccionada en 1947 bajo la supervisión de Fray Justo Pérez de Urbel. Según esta tradición, como hemos dicho, san José murió en Jerusalén durante una celebración de la Pascua.

Hay que reconocer que, aunque no tengamos información fidedigna, el hecho de que san José entregue su alma durante el sacrificio del Cordero pascual, como hará unos años después su hijo Jesús para redimirnos, puede ser motivo de piadosa contemplación. Se añadiría a ello el hecho de que José, al ser enterrado en Judea su tierra de origen, como corresponde a un santo Patriarca,

daría humanamente culminación a su misión de padre del Mesías. Pensemos que en Jerusalén se veneran algunas tumbas singulares en el valle del Cedrón, lugar en el que se supone fue también enterrado el rey David. Este es hoy venerado por los judíos en el monte Sión, en la parte baja del edificio del Cenáculo.

¿Por qué san José, descendiente del profético rey, no habría de tener igual honor siendo ambos ascendientes del Mesías? Podemos suponerlo piadosamente así aunque, en su humildad, el que fue padre de Jesús en la tierra, haya querido pasar desapercibido para la gloria del mundo.

En este opúsculo hemos supuesto que san José comienza a sentirse indispuerto durante el viaje a Jerusalén, pero que nada dice a su santa Esposa ni a Jesús. Es creíble que si José morirá durante la Pascua en Jerusalén, algún síntoma observase en el largo y duro viaje desde Galilea. La ascensión a la Ciudad Santa desde Jericó, es particularmente penosa por lo empinado del camino, que transcurre entre profundas quebradas. Al llegar, podemos suponer que celebrarían los Acimos como buenos judíos, y tal vez al final de la cena pascual se manifestó su dolencia y fue amorosamente atendido por Jesús y la Virgen Santísima.

Jesús conocía todas las cosas como se dice repetidamente en los evangelios: «... Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ...» (Mt. 19, 4). El sabía por tanto que su padre iba a entregar su alma a Dios, pero de la misma manera que nuestro Señor no suele hacer milagros innecesarios, tampoco parece razonable que tuviera que anunciar habitualmente, a su padre o a su santísima Madre, lo que iba a suceder. Por esto creemos que san José pudo guardar en su corazón los padecimientos que a él sí le anunciaban su próxima salida del mundo, ya que Jesús, que probablemente tendría algo más de veinte años, tampoco dijo nada. Transcurrida la celebración, sacrificado el cordero, José entra en agonía en los brazos de María y su divino Hijo. San José patrono de la buena muerte ¿Cómo no iba a ser así, el que entregaría su alma en tan sublime compañía?

No sabemos si esto ocurrió tal como lo describimos, y por tanto, tampoco podemos saber donde fue atendido el santo Patriarca

en sus últimas horas, pero probablemente tanto José como María Santísima tendrían parientes en Jerusalén, como ya hemos dicho en el punto 24, y pudo ser recostado en un lecho, aunque fuera una de las sencillas esteras que utilizaban para dormir los habitantes de las casas humildes.

29.- La santa muerte de José:

José entregó su alma a Dios, atendido corporal y espiritualmente por María, su esposa y por Jesús. Al día siguiente le enterraron en Jerusalén y estuvieron en oración unos días más, después de celebrada la Pascua. Jesús y María acudieron al Templo varias veces, para dar gracias al Padre por todo que, por medio de José, habían recibido, y finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el Seno de Abraham, cerca de Dios Padre.

COMENTARIO:

Ya hemos dicho que nada sabemos de las circunstancias de la muerte de san José, aunque hemos supuesto que se producía en Jerusalén con ocasión de la Pascua. Vamos pues a continuar con nuestra narración contemplativa, aunque dichas circunstancias serán lógicamente imaginadas dentro del contexto de lo que hemos denominado como posible.

Tanto la Beata Emmerich, como la Venerable de Agreda, contemplan la muerte de san José tras un período largo de vejez y atacado por dolorosa enfermedad. Esta narración no sería compatible con nuestro planteamiento, principalmente por dos razones.

En primer lugar, san José no podía ser tan anciano. Hemos supuesto que su marcha a la casa del Padre se producía cuando Jesús tiene alrededor de veinte años, porque parece probable que ejerció de carpintero antes de comenzar la vida pública (Mc 6, 3), aunque pudo ser también más tarde. En cualquier caso parece evidente, como ya hemos dicho, que san José no vivía cuando la Virgen María es invitada a las Bodas de Caná. Si san José tenía treinta años al ser desposado con María, y añadiendo un año que pudo transcurrir antes de la celebración de las nupcias más el tiempo del embarazo, san José tendría unos cincuenta y dos años cuando Jesús cumpliera veinte. Otras combinaciones posibles nos darían,

en el caso más desfavorable, diez años más. San José, por tanto, no podía ser un «anciano achacoso» como lo denomina la Venerable de Agreda.

En segundo lugar, una larga enfermedad sería incompatible con el viaje de la celebración pascual que nosotros hemos supuesto. José no habría podido emprender el camino. No vamos a «diagnosticar» la causa de la muerte de san José, pero en nuestra narración sólo es posible una agonía relativamente corta. Por esto hemos imaginado que san José se siente desfallecer en el camino, tal como podría ser, por ejemplo, en el caso de una dolencia cardiovascular, cuyo síntomas, hoy, se conocen bien. Somos conscientes de lo atrevido de tal afirmación, pero pensemos que se trata únicamente de una composición de lugar para la lectura contemplativa.

Tras la celebración pascual el estado de José se agrava, como ya vimos en el capítulo anterior. Es entonces cuando podemos situar la imagen del santo Patriarca atendido amorosamente por Jesús y María hasta expirar. Ante este misterio, las palabras sobran y toda consideración resulta vana. No añadiremos, por tanto, nada, al texto. «José entregó su alma a Dios, atendido corporal y espiritualmente por María, su esposa y por Jesús.»

Después podemos pensar en que san José sería enterrado en Jerusalén, incluso tal vez en el valle del Cedrón como dice la tradición, y que asistirían al sepelio además de Jesús y María, los parientes más o menos próximos que vivían en Judea y los que habrían venido de Galilea a celebrar la Pascua (Cleofás, María de Alfeo, y otros sin duda, que desconocemos).

Hemos supuesto en la narración, que Jesús y la Virgen María debieron prolongar algunos días su estancia en Jerusalén después del sepelio, y que debieron acudir al Templo a orar por él. Jesús, en su vida pública, aparece en muchas ocasiones en oración, unas veces solo y otras con sus discípulos (Mt. 1, 35; Lc. 5, 16; Lc. 6, 12; Jn. 17, 1-26; Mt. 26, 36). Jesús, Hijo del Padre y consubstancial con El, oraba en su vida terrena como nosotros. Así lo había querido Dios, y así lo contemplamos, a sabiendas de lo cerca del Altísimo que san José estaba ya después de su muerte. Recorde-

mos la cita que el Dr. Canals hacía de Suárez al afirmar que el santo Patriarca pertenece al **orden hipostático** al ser, junto a María, instrumento providencial de la Santísima Trinidad.

«... finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el Seno de Abraham, cerca de Dios Padre ...» Así pudo ser el regreso de Jesús y María a Nazaret. Sabemos que Jesús, en su vida pública, experimentó la tristeza humana. Dos veces dice el evangelio que lloró: una con la muerte de Lázaro, al que sin embargo resucita a continuación, y otra ante la ciudad de Jerusalén de la que predice su ruina; ¿cómo no había de llorar ante la muerte de san José, su padre en la tierra? Y sin embargo conoce su estado de Bienaventuranza, cerca del Padre, y sabe que pronto lo hará partícipe de su Redención.

El evangelio de san Mateo narra la resurrección de muchos santos en sus sepulturas, con motivo de la muerte y Resurrección de Jesús: «... y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron ...» (Mt 27, 52). No se sabe a qué santos se refiere san Mateo, pero si hay alguno que se puede dar por seguro, sin duda es san José. Jesús se apareció a sus discípulos en cuerpo glorioso, después de la Resurrección, y se tiene por cierto que antes que a nadie, nuestro Señor visitó a su Santísima Madre; podemos suponer por tanto, que José pudo participar en este encuentro. Vamos a contemplarlo brevemente.

La Sagrada Familia se reúne tras la Resurrección de Cristo. María está en el mundo, con su cuerpo mortal, mientras Jesús y su padre san José aparecen en cuerpo glorioso. Para María la espera tras la muerte de su esposo fue larga, antes ha tenido que sufrir la «espada de dolor» que le profetizó Simeón (Lc 2, 34 - 35). José, en cambio, aunque ha permanecido pendiente de la Redención de su Hijo (en el llamado seno de Abraham), lo cierto es que el valor absoluto de los tiempos está en manos de Dios. Para José podemos considerar que el encuentro es inmediato: «... en verdad te digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso ...» (Lc 23, 43). Con esta frase le promete Jesús el cielo «hoy mismo» al buen ladrón. ¡Cómo no había de ser así con su santísimo padre José, al que El mismo había dado sepultura!

30.- Jesús y María en Nazaret. Epílogo:

Jesús siguió trabajando en el taller de José, su padre, al que ya ayudaba desde hacía algún tiempo, y realizando trabajos en las poblaciones cercanas. María atendía como siempre la casa, y ambos seguían en oración, en manos del Padre, a la espera del momento en que Jesús iniciara la predicación de la Buena Nueva al pueblo de Dios. Así fue, hasta que Jesús cumplió la edad de treinta años. Entonces se despidió de María, su madre, y se encaminó hacia Judea y Perea, al otro lado del Jordán, para ser bautizado por Juan.

COMENTARIO:

Que Jesús ejerció en Nazaret el oficio de su padre durante algún tiempo, se deduce como ya se ha dicho, en (Mc 6, 3) cuando se dice de El: «... ¿no es este el carpintero? ...». San Mateo, en el mismo pasaje, le denomina el hijo del carpintero. Por esto se cree generalmente que Jesús ayudaba a su padre mientras vivía, y que los últimos años antes de iniciar su Misión ejerció El mismo el oficio, con el que podía ganarse el sustento.

María, siempre solícita, cuidaría de que a Jesús no le faltase nada, de la casa y los alimentos, como ya lo había hecho con su santo esposo José. Si como parece probable, Jesús realizó trabajos fuera de Nazaret, tal vez tuviera que ausentarse en alguna ocasión más de una jornada. Podemos contemplar entonces a la Virgen María, arreglando cuidadosamente la casa para cuando Jesús volviera, mientras oraba y meditaba en su interior. María esperaba el momento de la partida definitiva de su Santísimo Hijo, nuestro Redentor.

Y ese día llegó. Jesús tendría algo más de treinta años, y según la Antigua Ley, podía ejercer como Doctor. Dios tenía previsto desde la eternidad cuándo sería este momento, y quiso que también los requisitos legales fueran cumplidos. Ese día, Jesús se despidió amorosamente de María, a la que volverá a ver en Caná, y en gran parte de la vida pública, pero que con su partida queda sola en Nazaret, sin duda encomendando a Dios Padre la obra que su Hijo iba a comenzar.

Jesús se encaminó hacia el valle del Jordán, y cruzando por el vado de Salim y Enon (Ver mapa), se dirigió a la Perea, donde Juan bautizaba, al otro lado de Jericó.

EPILOGO:

Aquí empieza la vida pública de Jesús, y termina este pequeño trabajo dedicado a San José y la Sagrada Familia. La vida del santo Patriarca, oculta y humilde ante los hombres, adquiere tras la Redención, una dimensión infinita que lo sitúa, junto a la Virgen María Madre de Dios, en el ámbito de la Santísima Trinidad. Por esto no dudamos en denominarle, con el aval del Padre Solá y el Doctor Canals, con el título de **padre de Dios**.



**San José en su lecho de muerte,
atendido amorosamente por
Jesús y la Virgen Santísima**

APENDICES

APENDICE 1

De la estirpe de David



APENDICE 1: «de la estirpe de David»

José «de la estirpe de David», como explica san Lucas y demuestra san Mateo. Esta ascendencia davídica que recibe Cristo Jesús de su padre san José, había sido profetizado, especialmente por Isaías y Jeremías en los tiempos del destierro en Babilonia, y por esto la importancia de esta certificación. Pero ¿quién era este monarca, y qué importancia tuvo en la historia del pueblo de Dios en su asentamiento en la tierra de promisión?

La historia de la Redención, que se puede conocer en los Evangelios, constituye la culminación de toda la Biblia. Para ello, la acción providencial de Dios, le llevó a escogerse un pueblo del que había de nacer este Redentor, y así quiso Dios que llegara finalmente la Salvación al mundo. Este pueblo escogido que Dios formó de unos Patriarcas nómadas, que pastoreaban rebaños, por la intervención de su Providencia constituyó una gran nación.

Los Jueces:

Desde la llegada a la tierra de Canaán, finalizado su éxodo por el desierto, los israelitas eran regidos por líderes que dirigían al pueblo en los momentos difíciles. En estos momentos, que la Biblia atribuye indefectiblemente al olvido de Dios, y de los grandes favores recibidos de El en el desierto, el Señor promovía la aparición de estos líderes, que fueron denominados Jueces, que salvaban la supervivencia de Israel. Estos Jueces, ejercían la autoridad en nombre de Dios, al que se tenía como el verdadero Rey de Israel.

El último de los Jueces, considerado también como primer Profeta, fue Samuel, el discípulo de Helí, al que Dios llama por la noche a su profética vocación (1S 3, 2 - 10). Siendo ya anciano, delegó parte de su misión en sus hijos, pero estos no imitaron sus virtudes y los israelitas rechazaban su autoridad. Reunidos

los ancianos decidieron pedirle a Samuel que instituyera un rey; así lo hicieron para parecerse a los demás pueblos asentados en la región, y que les eran habitualmente hostiles.

Samuel se puso en oración, y Dios le inspiró lo siguiente: «Oye la voz de ese pueblo, que no te ha desechado a ti, sino a Mí, a fin que de no sea Yo quien reine sobre ellos». Dios le dice a Samuel que los reyes suelen tratar a sus súbditos con frecuentes abusos de poder y que, a menudo, los tiranizan. Pero Dios accede a que su pueblo sea gobernado por un rey. Entonces Samuel, unge a Saul, el que fue primer rey de Israel.

Los Reyes:

Saul, un hombre de origen humilde, de la tribu de Benjamín, comenzó una campaña militar con los filisteos, el pueblo que más hostilidad mostraba a Israel, y que incluso se había apoderado del Arca de la Alianza en tiempos de Helí. Los éxitos militares de Saul le llenaron de orgullo, y comenzó a desobedecer a Dios. En la Biblia se explica que Saul fue blando y contemporalizador con los adversarios, y su desobediencia le ocasiona ser rechazado por Dios. Samuel recibe el encargo de ungir un nuevo rey, el que será la verdadera cabeza de la dinastía de reyes de Israel: el rey David.

Este rey va a ser el más grande y, pese a su vida de moral desordenada, que disgustó en ocasiones a Dios, fue el más religioso y justo de todos los antiguos reyes de Israel. David es también excepcional como guerrero, gobernante, músico y poeta. Se le atribuye la autoría de muchos de los Salmos del Antiguo Testamento, lo que le da, además, un carácter profético propio de un ungido del Señor.

La historia de la elección de David es muy curiosa. Una vez más en la Biblia Dios elige al menor de los hermanos. Había dicho Dios a Samuel: «... *te envío a casa de Jesé el efratense, en Belén, pues he elegido entre sus hijos el rey que quiero ...*» Samuel cumplió el mandato de Dios y llevó una ternera para ofrecer en sacrificio. Al terminar la inmolación se ofreció un festín y fueron presentados los hijos de Jesé, hasta siete, y ninguno de ellos era

el elegido del Señor. Samuel preguntó a Jesé si eran todos sus hijos, y éste respondió: «Queda el más pequeño, que está cuidando los rebaños». Samuel le pidió que lo llamaran. Era un muchacho rubio y de muy buena presencia; Dios le dijo a Samuel: «Levántate y úngele, pues él es el rey que quiero»

David ungido por Samuel:

David es ungido por Samuel, pero no ejerce aún; no reinará hasta la muerte de Saul. David sigue cuidando los rebaños de su padre, aunque de vez en cuando les lleva la comida a sus hermanos, que combaten con el ejército de Saul.

La Biblia narra un singular combate que tiene con un gigantesco y fornido guerrero, armado con coraza de hierro y pesadas armas. Los filisteos habían retado a los israelitas a un duelo con este guerrero, llamado Goliat, y nadie osaba enfrentársele, a pesar de que Saul había ofrecido a su hija Mikol como esposa al que lograra derrotarlo. David llega al campamento, y solicita luchar con el gigantesco guerrero. Tras probar infructuosamente una armadura, finalmente decide entablar combate a pecho descubierto, armado con su cayado de pastor y una honda. Tras hacer confesión pública de su confianza en Yaveh, David derriba al guerrero con una certera piedra de la honda, y le corta la cabeza con su propia espada.

Este hecho le alcanzó a David un gran ascendiente sobre todo el pueblo, se incorporó a los ejércitos de Israel, después de tomar por esposa a Mikol, según la promesa de Saul.

La historia de David, en vida del rey Saul, es aún muy larga. Conviene saber, como resumen, que sus victorias estimularon los celos del rey, que pasó a perseguirlo; David tuvo que huir. La Biblia narra diversos episodios en los que David se esfuerza en pacificar a Saul, y de hecho lo consigue en algunas ocasiones, pero siempre se renuevan los celos del monarca. Finalmente el rey muere, suicidándose, en una derrota ante los filisteos.

David Rey:

Muerto Saul, siguiendo la voluntad de Dios que había sido

inspirada a Samuel, David volvió a Hebrón donde fue proclamado rey de Judá. Allí gobernó durante siete años hasta ser también ungido rey de Israel tras una lucha entre las tribus del norte y las de la alianza de Judá y Benjamín.

David gobernó el reino, después de la unificación, desde Hebrón, que fue considerada la capital, pero existía alguna resistencia, por parte de las tribus del norte en aceptarlo y por esto el rey decidió buscar un emplazamiento equidistante. La ciudad de los jebuseos, ubicada sobre el monte Sion era un buen lugar, y además, contigua al promontorio, que la tradición consideraba el lugar del sacrificio de Abraham (el monte Moriah). Este lugar, muy escarpado hacia el sur, servía para la defensa natural de la ciudad.

Tras tomar la ciudadela de Sión, allí, en lo alto del mismo montículo, estableció su palacio, y la ciudad de Jerusalén, en la falda del monte se convirtió en la nueva capital del reino. Una vez asentado el trono, hizo traer el Arca de la Alianza hasta el promontorio de Moriah, donde se instaló, con toda solemnidad el Tabernáculo, la tienda que hacía las veces de templo. Dice la Biblia, que el mismo David encabezó el cortejo ofreciéndole al Señor lo mejor de sus dotes musicales, de las que había dado ya muestras en tiempos de Saul, cantando y danzando en honor del Dios de Israel, mientras el Arca era transportada al Tabernáculo.

David no sólo consiguió unificar todas las tribus desde Jerusalén, sino que además extendió sus dominios más allá de Damasco en tierras de Aram (actualmente Siria). El reino de David llegó a ser el más temido del medio oriente y consiguió un tiempo de relativa paz con sus vecinos asirios y caldeos.

Un rey piadoso:

El rey se ocupó personalmente del culto a Yaveh, de honrarle, ofrecerle sacrificios y organizar a las familias sacerdotales, de la tribu de Leví, que debían servir el Tabernáculo. Él mismo redactó gran parte de los Salmos, prácticamente la mitad, componiendo además la música con que eran cantados. También organizó un triple coro de doscientos ochenta y ocho componentes,

de los que noventa y seis eran músicos y los otros ciento noventa y dos eran cantores. David, como ya se ha dicho, no sólo fue un gran guerrero y un monarca excepcional; fue además poeta y músico, y especialmente piadoso. Esta afirmación podrá sorprender viendo también su vida personal, que resultaría francamente escandalosa si hubiera que juzgarla a la luz del Evangelio. Esto necesita una breve aclaración:

La Ley de Moisés, que era bastante estricta en materia de moralidad, constituyó una norma de costumbres que corrigió en gran manera los abusos propios del paganismo. Sin embargo, hay que reconocer que la verdadera doctrina moral no tuvo su plenitud hasta la venida de Cristo. Y era natural que fuera así, Jesús vino a salvarnos del pecado, y mediante su sacrificio redentor hacernos hijos de Dios, pero además funda la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo. Sólo ella puede enseñar de forma infalible.

Jesús les recordó a sus discípulos que el matrimonio había sido instituido por Dios. Dice el Génesis en el capítulo 2: «... *dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne ...*» (Gn 2, 24). Preguntado por los judíos sobre la indisolubilidad del matrimonio, citará este pasaje del Génesis, dándole además vigencia por encima de la relajación de costumbres, que por influencia de los pueblos paganos habían experimentado.

Pues bien, en tiempo del Rey David las esposas eran repudiadas por los maridos, a veces un tanto arbitrariamente, y los poderosos tenían en ocasiones hijos extramatrimoniales tal como había ocurrido también en la época de los Patriarcas. Y esto no era agradable a Dios, y frecuentemente los Profetas reprimían en su nombre estos abusos. Pero David cometió además un pecado mayor, injustificable incluso en su tiempo: Tomó la esposa de un militar a su servicio, y envió a éste al frente de batalla con el fin de que fuese muerto, como así fue.

El rey, reconvenido por el profeta Natán, se arrepintió públicamente de sus pecados, y se sometió a la voluntad de Dios. Nació un hijo, fruto de su unión adulterina con la esposa del ofi-

cial, llamada Betsabé. Este hijo murió prematuramente. Después, sus hijos mayores lucharon entre sí, Amnon el primogénito, fue asesinado por Absalón, y éste fue muerto por otro hermano en un enfrentamiento bélico. Finalmente David nombró heredero a Salomón, que nació de Betsabé, cuando después del adulterio que Dios castigó, la tomó ya legalmente por esposa. Esta, que por causa del rey había quedado viuda, fue verdadera esposa de David y de ella nacieron varios hijos.

Muerte del rey David:

David, hacia el final de su vida, habiendo purgado sus pecados, quiso edificar un Templo al Señor, más digno que el Tabernáculo de lona que acogía al «Santo de los Santos» del monte Moriah. Inspirado por Dios, este proyecto lo puso en manos de su hijo Salomón, al que ungió, y le instó a construirlo durante su reinado.

El rey murió a los setenta y un años de edad, después de un reinado de cuarenta. Siete de estos años fue rey de Judá en Hebrón, y los otros treinta y tres en Jerusalén sobre todo Israel. Se dice fue sepultado en Sión, donde tenía su palacio, y que desde entonces fue llamada «Ciudad de David».

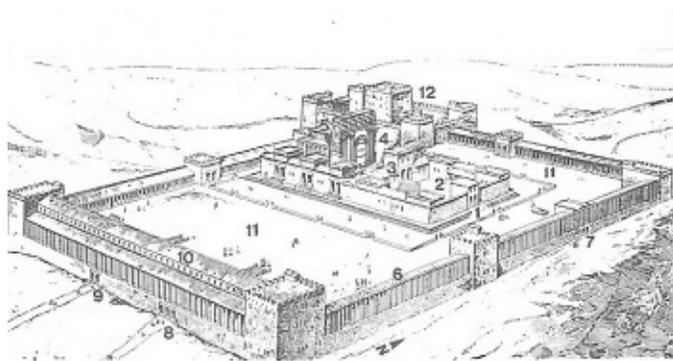
Esta tumba, tras la destrucción del año 70 se perdió, pero diez siglos más tarde, en el mismo lugar se erigiría una mansión palaciega que Jesús eligió como Cenáculo para la Santa Cena, y como sede de la primitiva Iglesia. Hoy, la comunidad judía de Jerusalén, que administra un grupo de viejos edificios, en una de cuyas dependencias se venera dicho Cenáculo, asegura haber rescatado la antigua tumba de rey David, que es venerada a la vez por judíos y cristianos, en la planta baja de esta estancia.

Este santo rey, en cuya descendencia depositó Dios sus promesas, fue magnánimo y fuerte, y providencialmente dispuesto para llevar a término la culminación del establecimiento de aquel pueblo, que nació de unos Patriarcas nómadas, y tras un duro cautiverio en Egipto, alcanzó aposentarse en la Tierra Prometida. Incluso sus pecados, descritos en el Libro de los Reyes, dan lugar a que su arrepentimiento pueda ser mostrado como mode-

lo de penitentes. Pero el Señor le concedió el don profético y le inspiró una gran parte de los Salmos, que muestran su devoción por el Mesías que había de venir, y por el cual ansiaba su alma «como la cierva sedienta por la fuente de las aguas». San Ignacio de Loyola, en su conocida «Oración a Jesús crucificado» le denomina claramente: «El santo Profeta David».

APENDICE 2

El Templo de Jerusalén



Templo de Herodes (años 20 a.C.-70 d.C.).

- | | |
|-----------------------------|----------------------------|
| 1. Puerta Hermosa. | 7. Puerta de las Ovejas. |
| 2. Patio de las Mujeres. | 8. Puerta Triple. |
| 3. Atrio de Israel. | 9. Puerta Doble. |
| 4. Atrio de los Sacerdotes. | 10. Pórtico. |
| 5. Santo de los Santos. | 11. Atrio de los Gentiles. |
| 6. Pórtico de Salomón. | 12. Torre Antonia. |

APENDICE 2: El Templo de Jerusalén

Cuando Salomón se dispuso a cumplir el encargo de David, su padre, el reino unificado de Israel gozaba de una gran prosperidad, recibiendo tributos de los pueblos cananeos anexionados. Ayudado económicamente por Hiram, el rey de Tiro, Salomón inició la construcción del gran Templo, que se realizó en tan sólo siete años. Hiram colaboró principalmente con el suministro de la madera del Líbano y lo que hoy llamaríamos la «logística», empleando una parte de su flota comercial.

El primer Templo:

El Templo de Salomón según la descripción de la Biblia, era un edificio orientado sobre un eje longitudinal en dirección Este-Oeste. El Tabernáculo propiamente dicho tenía unas dimensiones de 30 por 10 metros, y una altura de también diez metros. Como se advierte son dimensiones no muy grandes para un templo, pero hay que advertir que el culto propiamente dicho se realizaba en el exterior. Sólo los Sacerdotes y el rey penetraban en el Tabernáculo, mientras los fieles permanecían en los atrios exteriores, que flanqueados por los edificios porticados en que se albergaban los servicios del Templo, permitían asistir al pueblo a las oraciones y sacrificios.

El Tabernáculo disponía de una puerta inmensa, chapada en oro y de casi diez metros de altura, a la que se accedía por una grada flanqueada por dos columnas de bronce, que la Biblia denomina Jaquim y Boaz. Este edificio, de una riqueza extraordinaria, forrado interiormente de madera de cedro, incluso el suelo, contenía dos estancias: El «Santo», y el «Santo de los Santos»:

La primera, a la que accedían tan sólo los sacerdotes, se utilizaba para el culto. Contenía el candelabro de los siete brazos, la mesa con los panes de proposición y en el centro el llamado altar de los perfumes. El candelabro se utilizaba como símbolo del pueblo de Israel desde el tiempo de Exodo por el desierto, la mesa de los panes constituía una ofrenda sacerdotal, que se

renovaba periódicamente. Los panes eran consumidos por los sacerdotes, dentro del recinto sacro. en cuanto al altar de los perfumes, servía para quemar el incienso que se ofrecía a Yhaveh y venía a ser, en tamaño reducido, similar al altar de los holocaustos que en el atrio exterior servía para ofrecer los sacrificios de animales y frutos.

En cuanto al «Santo de los Santos» estaba permanentemente cubierto por un velo o cortina, y sólo entraba en él el Sumo Sacerdote y únicamente una vez al año. En su interior se guardaba la joya de Israel: El Arca de la Alianza. Este arca, construida en madera de acacia y con incrustaciones de metales preciosos, contenía como símbolo de la alianza de Israel con Dios, la vara de Aaron, un poco de maná del desierto, y las tablas de la Ley. Custodiar este precioso símbolo era para los israelitas una cuestión de vida o muerte, y fue una gran desgracia cuando fue capturada, en algunas ocasiones, por sus enemigos. Finalmente resultó destruida por las tropas de Nabucodonosor II en el año 597 a.C. junto con el precioso templo de Salomón, el primer templo.

Después del destierro de Babilonia, tras el regreso de los Judíos a su ciudad, se reconstruyó parcialmente, aunque sin la riqueza ni la suntuosidad de los tiempos del gran rey. Y así, aunque con muchas carencias, los judíos siguieron con el culto en el Templo hasta la llegada de los monarcas Seléucidas, en el tiempo de la helenización. El Templo siguió en pie, pero el culto fue prohibido hasta la liberación del yugo helénico que lograron los Macabeos.

El segundo Templo:

Tras la llegada de los romanos, y establecida la dinastía herodiana, el ambicioso Herodes el Grande se propuso derribar el viejo Templo y construir uno mucho mayor. No pudo tener la riqueza de los materiales preciosos del de Salomón, pero amplió la explanada o plataforma de Moriah

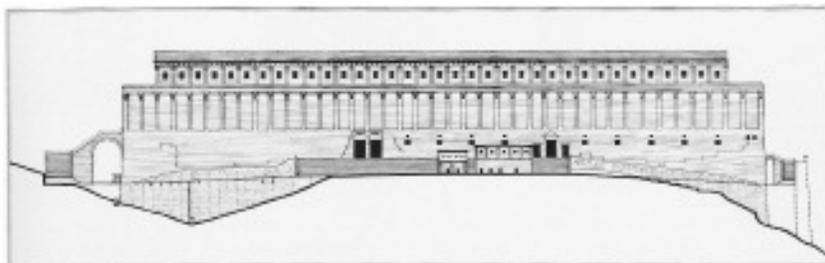
De hecho, Herodes realizó dos grandes obras en Jerusalén: en primer lugar la reconstrucción del Templo, y además un suntuoso e inmenso palacio. En realidad, además de su propio pala-

cio, Herodes construyó un gran complejo palaciego en la ciudad alta, en toda la colina de Sión. Allí estuvo la casa señorial que albergó el Cenáculo en tiempo de Jesús, junto a otras suntuosas edificaciones que ocupaban los altos cargos y las dignidades sacerdotales. También allí estuvo situado el palacio de Anás y Caifás que se describe en el Evangelio.

La reconstrucción del templo de Salomón, que como hemos explicado, se realizó después del regreso de Babilonia bajo el imperio de Ciro, era un pobre sustituto del edificio original. Herodes estaba decidido a que su Templo fuese, si no más rico, sí más grande que el de Salomón de la época gloriosa.



En primer lugar, realizó una gran proeza de ingeniería, al ampliar la explanada hasta una longitud de 500 metros, de norte a sur, y entre 300 y 350 de ancho, en la dimensión este - oeste. El muro de contención debía resistir grandes tensiones. Dos de sus esquinas colgaban sobre el valle y la plataforma estaba allí a más de 40 m. por encima de él. En la esquina del sureste hubo que sostener la plataforma con una serie de arcos, conocidos impropriamente como los establos de Salomón. Finalmente, Herodes, con el fin de asegurar la defensa del Templo, y por extensión, de la ciudad, construyó la impresionante Fortaleza Antonia que, para halagar a los romanos le dio el nombre en honor de Marco Antonio que le había dado el poder.



Ampliación y terraplenado de la explanada del Templo Contrafuertes de contención de la fachada sur

Este trabajo tuvo una duración algo desmesurada, debido precisamente a los delirios de grandeza de su promotor, Herodes el Grande. Como ya se ha dicho, empezó en el año 20 a. C. y que no estuvo totalmente terminado hasta más allá de la muerte y resurrección de Cristo. De hecho, el evangelio de san Juan relata un diálogo entre Jesús, y los judíos que había en el Templo cuando arrojó a los vendedores de él: «... *Le dijeron los judíos: Cuarenta y seis años se tardó en la construcción de este templo, ¿y tú lo vas a edificar en tres días? ...*» (Jn 2, 20). Alude la frase a la mención de Jesús a la «destrucción» del templo de su cuerpo, como explica el propio evangelista. La frase nos hace pensar que, en estas fechas, el Templo estaría ya muy acabado, pero consta por el historiador Josefo, que se siguió trabajando en él.

Como sabemos, poco duró este gran Templo, después de culminada su construcción. En el año 70, tras un crudelísimo asedio por las tropas del general Tito, que fue después emperador, resultó completamente destruido y arrasada la ciudad de Jerusalén.

Este es el Templo que conoció Jesús y que, probablemente, en el tiempo de san José y la Sagrada Familia estaría ya muy adelantado, al menos en sus construcciones principales. Allí fueron seguramente los desposorios, allí fue presentado el Niño Jesús y allí acudieron cada año a la celebración pascual.

INDICE DE PUNTOS COMENTADOS

<u>1.- José, hijo de Jacob</u>	Pág. 61
<u>2.- José, hijo de David</u>	Pág. 64
<u>3.- José, esposo de María</u>	Pág. 67
<u>4.- Isabel, prima de María, concibe un hijo</u>	Pág. 71
<u>5.- Y el Verbo se hizo carne</u>	Pág. 73
<u>6.- La Boda de José con María</u>	Pág. 75
<u>7.- El viaje a Ain Karem</u>	Pág. 78
<u>8.- A la vuelta de Ain Karem</u>	Pág. 81
<u>9.- José y María en Nazaret</u>	Pág. 83
<u>10.- Se anuncia un censo</u>	Pág. 85
<u>11.- El viaje a Belén</u>	Pág. 89
<u>12.- Angeles y pastores</u>	Pág. 92
<u>13.- Adoración de los pastores</u>	Pág. 92
<u>14.- Encuentran alojamiento en una casa</u>	Pág. 93
<u>15.- Circuncisión del Niño</u>	Pág. 96
<u>16.- Presentación</u>	Pág. 97
<u>17.- Profecía de Simeón</u>	Pág. 98
<u>18.- Profecía de Ana</u>	Pág. 99
<u>19.- Transcurren dos años</u>	Pág. 100
<u>20.- Adoración de los Magos</u>	Pág. 102

<u>21.- Huida a Egipto</u>	Pág. 104
<u>22.- Inocentes</u>	Pág. 106
<u>23.- Regreso a Nazaret</u>	Pág. 108
<u>24.- En el Templo</u>	Pág. 110
<u>25.- Vida oculta</u>	Pág. 112
<u>26.- Jesús mayor de edad</u>	Pág. 115
<u>27.- Jesús habla con sus padres</u>	Pág. 117
<u>28.- La última Pascua de José</u>	Pág. 119
<u>29.- La santa muerte de José</u>	Pág. 122
<u>30.- Jesús y María en Nazaret</u>	Pág. 125

NOTA:

Para cualquier consulta sobre el contenido de este libro existe una dirección de correo electrónico: san_jose@christusregnat.com

Utilice también esta dirección para contactar, si desea:

- Un CD ROM con el texto íntegro del libro, pero con imágenes en color y alta resolución, para PC
- Concertar una charla o conferencia.

Asimismo existe la página Web: www.christusregnat.com relacionada con este y otros trabajos del mismo autor.

En nuestro anterior libro, «Vida de Jesús, evangelios concordados», tuvimos ocasión de comentar, dentro del contexto evangélico, una pequeña parte de la vida de san José. En esta obra ya se contemplaron algunos de los episodios que definen la vida del santo; así, analizando los hechos en relación con las circunstancias de lugar y tiempo, ya se pudo intuir algo de la misión paternal que ejerció sobre Jesús, el Hijo de Dios. Ahora pretendemos ampliar esto, dedicándonos exclusivamente al santo Patriarca, especialmente en relación con la Sagrada Familia. Esta es la parte de la vida de san José de la que, realmente, podemos conocer algo. San José merece por sí mismo un estudio que nos permita acercarnos a su vida. Hoy, pasados veinte siglos, la Iglesia lo venera con más devoción que nunca, y su figura va siendo cada vez más gloriosa en el Pueblo de Dios.

Debemos advertir que, al igual que en la Vida de Jesús, la propuesta que hacemos es la lectura contemplativa. Los comentarios, aunque procuran ser rigurosos y documentados, en realidad van encaminados a la composición de lugar, que como hemos dicho anteriormente, propone san Ignacio en sus Ejercicios espirituales.